



REVISTA

ANTO
DE
BODAS

PQ2235
.B6
Q35

6
Q



1020026394



UANL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





60101
RICARDO CORACIA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CANTO DE BODAS

Núm. Clas. N
Núm. Autor 30274
Núm. Adq. -8-
Procedencia _____
Precio _____
Fecha _____
Clasificación 625
Catalogo _____



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA DE ~~EL~~ UNIVERSAL.

ENRIQUE GREVILLE

CANTO DE BODAS

VERSION CASTELLANA



MEXICO

EUSEBIO SANCHEZ, EDITOR.

Calle del Aguila número 12.

1898

099213

30274

843
G



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Pa 2235
D6
C35

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. E.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

CANTO DE BODAS.

J

El cielo palidece, las estrellas,
Ante el día declinan su fulgor,
Y al despertar, los pájaros cantando
Saludan á mi amor.

Albina abrió sus grandes ojos azules, risueños habitualmente como los de una niña, pero á la sazón algo sombríos por el vago estupor que le produjo aquel extraño despertar, en que ni reconocía la espaciosa habitación donde se encontraba medio á oscuras todavía, ni tampoco se daba cuenta de su persona.

La voz continuó su canto, y á los oídos de la joven llegaban con las palabras de aquel, los arpegios maravillosamente arrancados á un piano por los hábiles dedos de un consumado artista.

Noche de Junio pura y trasparente,
En que feliz logré mi amor ansiado,
¡Para siempre te oculta, á pesar mio,
El seno del pasado!

Calló la voz. Albina dirigió una mirada en torno suyo,

y avergonzada por haberse retrasado y temerosa de que la sorprendiesen todavía acostada, saltó precipitadamente sobre la alfombra, se vistió un finísimo peinador de blanca seda, adornado de encajes, y haciendo un precioso gesto lleno de mudas delicadezas, cubrió las almohadas con la colcha del desaliñado lecho nupcial, dándole así cierta apariencia de orden; después, recogiendo varios objetos de tocador que estaban esparcidos por la habitación, los hizo desaparecer prontamente y sin ruido, como si temiese ver entrar á alguien.

Sobre una butaca, graciosamente desplegado, veíase el vestido de raso blanco adornado de flores de azahar, sin una arruga, revelando en su limpieza la gracia y la elegancia nativas en quien lo había llevado. Cuando Albina dirigió hacia aquellos pliegues de seda una tierna mirada, el cantor prosiguió su canto en el aposento inmediato; su hermosa voz de barítono apasionada y sonora, vibraba bajo el elevado techo del primer piso, construido á la usanza de siglo XVIII.

Albina, embargada por un tranquilo éxtasis mezclado del delicioso sentimiento del triunfo, permanecía en pié, con los brazos abandonados á lo largo de su esbelto cuerpo.

¡Ella lo había querido, sí! Ella lo había querido y lo consiguió, aunque no sin trabajo.

La víspera, Albina Frédel, hija de Carlos Frédel, de la casa Frédel y Gamard, se había unido en matrimonio á Félix Armor, compositor de música, premiado en Roma, laureado en tres certámenes y autor de una obra notable que estaba próxima á ser representada en el teatro de la Opera Cómica.

Las melodías del joven músico habían cautivado el corazón de la joven cuando ésta aún no le conocía; mas desde que se trataron, el fué quien la amaba.

Félix Armor había estado enamorado de otras muchas mujeres sin haber pensado en casarse; pero ésta no era

una mujer, sino una deliciosa virgen de finísimos y rubios cabellos, cuyos infantiles ojos embellecían extraordinariamente su rostro, animada por una sonrisa de distinguida parisiense...

Nunca encontró otra que se le pareciese, y la amó con locura. Por eso se unió á ella, á pesar de la familia Frédel, que hubiera deseado un artista, en verdad, pero un artista más reposado, mejor establecido, acaso no tan joven, un pintor, por ejemplo. La boda tuvo lugar en una época en que los pintores hacían inverosímiles fortunas con pasmosa rapidez.

El éxito coronó las relaciones de Albina y Félix, gracias á la perseverancia de su amor; y así fué cómo la víspera por la tarde pudo llevársela al piso bajo de la casa que tenía en la isla de San Luis, y que era la admiración de todos sus amigos. Albina estaba, pues, en su casa; el rayo de sol matinal que se filtraba á través de las persianas, alumbraba su primer día de casada, y el cantor cuya voz la estremecía, era su marido.

Abrió suavemente las contraventanas de su alcoba y contempló el pequeño jardín tan bien arreglado, que merecía el nombre de parque, rodeado como estaba de altas casas revestidas de hiedra y abierto al horizonte por el extremo de la isla, donde los árboles del muelle parecían ser continuación del mismo.

Sobre la terraza terminaba el jardín por un encañado guarnecido de una glicina sembrada de increíble profusión de florecillas color lila pálido; una corpulenta acacia blanca sacudía dulcemente multitud de flores embalsamadas que caían en copiosa lluvia sobre dos ó tres canastillas de rosas abiertas, y en el fondo un estrecho confidente de junco parecía esperar la llegada de alguna enamorada pareja dispuesta á soñar. Albina, con una mirada, prometió al confidente frecuentes visitas. Este apartado rincón de paisaje parisién, que ya era un lujo por sí mismo, agradaba especialmente á su naturaleza de muchacha educada en la clase

me enriquecida de pronto, donde todo aspiraba al arte, pero sin poder prescindir por completo de lo que es caro, sólido y bien construido.

Apartose por fin de la ventana, dudando si ir á vestirse para presentarse ante su marido en traje de ama de casa, ó sí, por el contrario, haría mejor en ir á saludarle tal como estaba. A la verdad, él era quien debía venir... ¿Estaba tan ocupado que no le había oído abrir las ventanas? ¿Es que su marido podía ocuparse tan de mañana al día siguiente de la boda, en algo que no fuera su mujer?

Los dedos de Félix arrancaron al piano nuevos acordes y prosiguió de repente su canto. Esta vez Albina escuchó con toda la atención de su alma, apoyando el oído contra la puerta, en tanto que su corazón latía á impulsos de los celos que aquella música, su rival, casi le inspiraba.

La voz del cantor se dejaba oír impregnada de inefable dulzura.

Por fin es mía; ya para siempre
Vec logrado mi amor profundo...

¡Hoy vida mía, me considero
Dueño del mundo!

Mientras tú duermes, yo triste y solo
Voy entonando cantos de amor...

¡Quizá en tus sueños, bien de vi mida,
Sienta esos cantos tu corazón!

Despierta y mira mi soledad,
Abre tus ojos, alma de mi alma,

Sol de mis días... ¡vuelve á brillar!

En el momento que la última nota resonaba bajo los artesonados techos, la puerta se abrió, dando paso á Albina, que apareció con los ojos llenos de lágrimas de alegría, y en una actitud tan fascinadora como producto del raro maridaje en que el pudor de la niña se confunde con el ardiente amor de la mujer.

¿Es para mí? ¿Has hecho eso por mí? balbuceó la joven.

Su marido la estrechó en sus brazos, mirándose en aquellos puros ojos: donde las lágrimas temblaban cual gotas de celestial rocío; los rubios cabellos jugueteaban sobre el blanco peinador mezclados á los encajes y á las cintas, creando una armonía indecible; y Félix apuraba aquel manantial de copiosísima voluptuosidad, embriagándose á satisfacción con los goces ideales y materiales que sobre él á raudales derramaba este nuevo amor tan magníficamente revelado.

— ¡Sí, amor mío, sí, esposa mía, para ti lo he compuesto! ¡Es tu canto de bodas!

— ¿También las palabras?—preguntó Albina deslumbrada.

— También las palabras. Dormías tan profundamente esta mañana, estabas tan hermosa, tan adorable... ¡Oh, querida mía!

— ¡Vuelve á empezar!—dijo Albina conduciéndole hacia el piano.

Félix obedeció, y ella estuvo escuchando hasta el fin con silencio tan religioso como si asistiera al cumplimiento de un misterio sagrado.

Y éralo, en efecto: el misterio de la composición, ese algo divino é inexplicable al que todos estamos acostumbrados, pero que no es en sí menos que un milagro: la manera real y comprensible que el genio latente tiene de manifestarse al exterior. Concluido el canto, ella apoyó con timidez su mano sobre el brazo de Félix.

— ¿Entonces es para mí eso? ¿completamente para mí sola?

— En efecto—repuso él recreándose en la seriedad de la joven y en su oculta emoción.

— ¿Y lo escribirás?

— Cuando quieras...

— ¿Y me lo darás?

— ¡Cómo que es para ti!

En la intensidad de su alegría la joven apretó con fruición sus manos.

—¡Oh, qué feliz soy!—exclamó con voz solemne, entrecortada por un sollozo. Félix, jamás olvidaré esta hora, ¡Es la más hermosa de mi vida!

—¿La más hermosa?—repuso él gozándose al ver cómo se habría en su presencia aquella alma cual tierno capullo.

—Si, ayer sólo me has dado tu nombre; hoy me has dado tu genio.

La palabra genio es muy difícil de llevar, pero muy dulce de oír, y Félix la saboreó con tanto más deleite, cuanto la boca que la había pronunciado era la más querida para él. Tomó papel de música y se puso á escribir en seguida.

Albina le observaba con una curiosidad mezclada de cierta inquietud, lo mismo que si asistiese á una obra misteriosa.

Cien veces había copiado música sin que los signos le pareciesen cabalísticos; pero presenciar el nacimiento de la melodía, verla por vez primera fijarse en el papel bajo una forma apreciable para los demás, era un no se qué completamente nuevo y algo misterioso para ella.


Mientras examinaba aquellos ágiles dedos que escribían con rapidez difícil de seguir, no dejaba de mirar al compositor; y es que Félix estaba verdaderamente hermoso: su bien delineada cabellera de color bermejo perfectamente ensortijada, su barba cortada en punta, sus ojos de brillante y profunda mirada y su sonrisa que descubría unos dientes blancos como el ampo de la nieve, imprimían á su fisonomía algo de sensual. Pero cuando los ojos se inflamaban bajo el imperio de una emoción elevada, Félix vibraba de pies á cabeza como la cuerda de un instrumento al ser distendida, y aun la misma sonrisa se idealizaba en él.

Albina ponía sus ojos ya en el papel, ya en la cabeza dorada de su esposo con un deseo loco de abrazarla, porque aquellos cabellos la atraían como un imán; de buena gana lo hubiera hecho, mas no se atrevía.... y, á su pesar, inclinaba el rostro hacia el músico.

«No lo intentaré jamás,» se decía así misma. Otro sentimiento más profundo y más puro que la timidez la hizo ergirse, dejando escapar un tenue suspiro. «¿Qué pensará de mí? Una mujer, por mucho que ame á su marido, no debe....»

Félix se volvió rápidamente: había sentido también á su vez la atracción de aquel rostro tan próximo al suyo, y Albina recibió en el cuello el beso que había deseado dar. Temblorosa, casi despavorida, huyó diciendo: Voy á vestirme. Félix vaciló un punto; ¿debía alcanzarla ó proseguir la inspiración, completando así el acompañamiento todavía rudimentario?

Su resolución fué pronta. Arrojando la pluma corrió á la habitación donde Albina acababa de entrar, pero sólo halló una joven ama de casa, seria, ocupada en dar órdenes para el almuerzo, que debía ser excelente. Un poco contrariado volvió á su despacho y prosiguió la obra comenzada, la armonía del *Canto de Bodas*.



Mientras disponía las flores que debían colocarse junto á cada plato, Albina inspeccionaba el servicio del almuerzo dispuesto para cuatro personas en el comedor.

El agua brillaba al través del cristal de las botellas, proyectando pequeños arco iris sobre el límpido mantel, la vajilla de plata sin estrenar, marcada con sus iniciales; despedía fulgores semejantes á los de las piedras preciosas; la loza con sus variados cambiantes de colores, producía efecto magnífico en aquella espaciosa habitación, alumbrada entonces por un espléndido reflejo del sol.

¡Qué hermoso hubiera sido almorzar allí los dos solos por vez primera, aspirando el perfume de aquellas frutas, diestramente colocadas sobre las canastillas de Sajonia, lindísimos regalos de una anciana tía! Albina había acariciado durante tres semanas la idea de este almuerzo á solas; en esto fijaba su pensamiento, á la sazón que se le representaba el día de la boda confuso y agitado, al modo de una función de teatro en que debía, desempeñar un difícil papel del que ignoraba hasta la primera palabra; pero al día siguiente, ¡qué reposo, qué alegría!

Ella podría saborear su dicha frente á Félix que la dirigía una burlona sonrisa. . . Gustaba de su chanza inofensiva como de cuanto emanaba de él, y cuando bromeaba le parecía más sabio, más fuerte, más grande. . .

en una palabra, lo que debe ser un marido, siempre superior á su mujer en todo.

Había sufrido un cruel desencanto teniendo que renunciar á su ensueño. Los esposos Fredel manifestaron su propósito de almorzar con sus hijos al día siguiente de la boda. Esto era la cosa más natural del mundo. Ya que los novios habían renunciado á ausentarse el día de su enlace, ¿no era lógico que la primera comida de familia se verificase en su casa?

Albina no había encontrado nada que objetar, y Félix tampoco; nada más enojoso para un yerno que verse obligado á negar lo primero que se le pide; el almuerzo, pues se había dispuesto para cuatro, y Albina, elegantemente vestida, esperaba el campanillazo que debía indicar la llegada de sus padres.

Cuando el primer toque del *Angelus* resonó en el campanario de la iglesia de San Luis, sonó el timbre en el recibimiento, el criado abrió la puerta, y los padres de Albina entraron un poco molestados en la casa de su hija, que ya no era solamente hija suya sino también mujer de otro.

El señor Frédel estrechó ceremoniosamente la mano de su yerno, y depositó un beso en la frente de Albina; la señora de Frédel, ocultando su emoción bajo un aspecto grave, abrazó á «sus dos hijos,» y pasó á otra habitación para quitarse el sombrero.

El buen orden en que lo halló todo la impresionó favorablemente, pues temía ver reinar en aquella casa el espíritu desordenado que entre ciertas gentes se atribuye á los artistas.

—Tu doncella es cuidadosa—dijo lanzando una mirada investigadora.—Y bien, hija mía, ¿estás contenta de haberte casado?

—Soy muy dichosa, mamá—respondió Albina con idéntica calma.

Desde su infancia había aprehendido á reprimirse, ocultando sus impresiones bajo un aspecto de indiferencia. Pa-

ra la señora Frédel, educada en el seno del pueblo, donde las menores dificultades de la vida levantan griterías y réplicas sin cuento, esta frialdad era el *nec plus ultra* de la buena educación.

—El vestido te hace una arruga en la espalda, dijo la madre—hay que hacérselo ver á la modista.

Dirigió una rápida mirada en torno suyo, y como viese que la doncella había desaparecido, abrazó ávidamente á su hija, esta vez sin temor de ajarle el vestido.

—¿Has pensado siquiera un poco en mí?—preguntó por lo bajo mientras recibía las caricias de Albina.—¡Si supieras cuánto he llorado ayer tarde en tu antiguo cuarto cuando volvimos á casa!

—¡Pobre mamá mía!—exclamó la joven conmovida.—¡Cuánto diera por no verte apenada!... ¡Eso aminorará mi dicha, si eres razonable! Iré á visitarte á menudo, muy á menudo....

¡Oh! bien sé que hay que resignarse—dijo la señora—Frédel recobrando su sangre fría;—todos los padres pasau por ella; nosotros haremos como los demás. Pero sé galante con tu padre, el pobre tiene seguramente más tristeza que yo.

—La señora está servida—vino á decir la doncella.

Albina y su madre entraron en el salón donde los dos hombres estaban bastante turbados hablando de política á tontas y locas, pues la política les tenía en realidad sin cuidado, Pero cuando hace buen tiempo, y no hay por qué quejarse del barómetro, ¿de qué se puede hablar, si no se sabe qué decir?

—Papá—dijo graciosamente Albina—vas á ponerte á mi lado; abrázame, papá; hace poco me has abrazado como ayer en la iglesia, y eso no vale.

Su zalamería deshizo el hielo de aquella comida que de otra suerte hubiera sido intolerable. Félix la veía obrar con esa mezcla de curiosidad y amor, que era el verdadero secreto de su matrimonio. La adoraba, pero no por sus pren-

das morales, sino á causa de la delicadeza y lozanía de su cuerpo, así como también porque jamás había podido imaginarse de antemano lo que podría ser en esta nueva situación.

Todas las mujeres con quienes había mantenido relaciones le habían parecido más ó menos semejantes en sus manifestaciones de ternura, y sabía siempre desde luego lo que le dirían en tal ó cual circunstancia determinada de su vida común. Con Albina todo era imprevisto y por lo tanto delicioso. Demasiado joven aun para apreciar todo el encanto de aquella frescura, pues solo tenía veintisiete años, estaba ya bastante gastado para encontrar en ella un sabor particularmente excitante. Félix Armor era un joven desordenado. Nacido de la unión de dos honrados provincianos, había sacado desde la cuna ese no sé qué que hace al hombre ó á la mujer rebeldes á todo dominio y celosos de su libertad.

El padre de Félix había obtenido cierta posición ejerciendo la medicina en una ciudad de provincia; la dichosa casualidad de un trazado de ferrocarril le había dado la suerte al construirse una estación sobre terreno de su propiedad. El pobre hombre había muerto de sorpresa y de gozo, ó más bien, del repentino abandono de sus ocupaciones habituales, según acontece á menudo cuando la ociosidad sucede á una vida laboriosa. Su esposa no tardó en seguirle, y Félix, heredero de tantos bienes inesperados, había sido educado por unos y por otros, principalmente al lado de un tío solterón, amante apasionado de la música.

Félix Armor tenía, pues, que resentirse de la falta de dirección en su primera edad.

Sin su ambición no hubiera sido más que uno de tantos vagabundos; pero el deseo de ser igual, ya que no superior á los más fuertes, le mantuvo á la cabeza de sus clases. Más tarde supo combinar sus estudios con el amor de sus placeres, que era el otro aspecto de su naturaleza; tan pronto

con un exceso de trabajo, como un exceso de todo llegó á crearse una reputación.

Habia nacido músico; su feliz organización avaloró sus trabajos al añadir á su ciencia la originalidad, sin la cual en arte no es nada; sus encantos personales le granjeaban la estima de sus compañeros y la indulgencia de sus maestros. Todo le salía á maravilla, hasta lo que para otros hubiera sido una ruina; así que se hizo célebre cuando la mayor parte comienzan á procurar serlo.

Sus suegros, sentados á la mesa, le miraban con cierta extrañeza, pues parecía estar muy á gusto entre el lujo que su hija le había llevado. La fortuna del anciano doctor había recibido rudos golpes en las manos de un joven ambicioso de gloria y de placer, y las rentas contra el Estado, que constituían la dote de Albina, no estaban demás en aquella casa. La ropa blanca, la vajilla de maciza plata, la delicada cristalería, los muebles de valor, todo ello procedía de la casa Frédel, y era el resultado de veinticinco años de concienzudo y perseverante trabajo: el joven parecía no dudarle; pero allí donde el señor Frédel, contemplaba con cierto respeto los objetos pagados de su bolsillo, Félix Armor no ponía cuidado alguno.

Esta ligera nube se disipó sin embargo; pues cuando Armor se proponía agradar, agradaba, á pesar de toda prevención. Por lo demás, sus padres políticos sólo deseaban estar satisfechos y orgullosos de él no obstante cierta envidia natural contra el hombre que les había arrebatado su única hija. El almuerzo terminó, según era de esperar, muy alegremente.

Al ir á tomar el café en el jardín, la señora de Frédel, vió los papeles de música, recién escritos, esparcidos sobre el piano.

—¿Compuesto por tí?—dijo sonriendo con orgullo, mientras recorría con la mirada la hoja de papel cubierta de signos que para ella eran el más perfecto laberinto.—¿Es nuevo?—añadió.

—De esta mañana—respondió Armor mirando á su mujer.

—¿De esta mañana? *Canto de Bodas*... ¡Oh! cántanoslo! Félix fué á dirigirse hacia el piano, pero Albina se opuso diciéndole:

—¡No, te lo suplico!

—¿Por qué?—respondió á media voz, mirándola como á un niño caprichoso.

—No sé... no quisiera oírte cantar... en presencia de nadie... Al menos, no ahora. Una sonrisa de triunfo animó el rostro de Armor.

—Perdone usted, querida mamá—dijo graciosamente á la Sra. Frédel, que había observado esta breve escena con cierta inquietud;—Albina entiende que mi obra no es aún digna de ser presentada ante usted.

—¡Yo no he dicho eso!—exclamó la joven ruborizándose.

—Eso ú otra cosa, ¿qué más da?—dijo Armor con alguna impaciencia.—Después cantaré á usted todo lo que quiera, ahora vamos á tomar café.

No se habló más de música. la Sra. Frédel comprendió, aunque tarde, el delicado escrúpulo de su hija, y no pudo menos de aprobarlo en el fondo de su corazón. Al marcharse le dijo poniéndose el sombrero:

—Has emprendido buen camino, hija mía, sé reservada con tu marido, que por eso no ha de amarte menos, y sobre todo, guárdalo para ti sola.

Albina miró á su madre con asombro. ¿Para ella sola? Pero, en resumidas cuentas, ¿valían la pena de recomendarle eso?

—¿Queréis dar un paseo por el Bosque y comer luego con nosotros?—dijo tímidamente el señor Frédel con quien se había reunido en la antesala.

—¿Hoy? ¡Padre mío, no lo habéis pensado bien!—respondió Félix riendo.—¡Albina y yo no hemos tenido tiempo de cambiar dos palabras desde esta mañana! ¡Iremos á ce-

nar al gabinete, á solas, como dos enamorados.... que somos!

El señor Frédel sonrió, estrechó la mano de su yerno, abrazó á su hija y salió; el coche le esperaba á la puerta.

Cuando se hubo sentado junto á su mujer, después de ordenar al cochero que les condujese al Bosque, lanzó un profundo suspiro.

—¿Ves, María? no nos hagamos ilusiones, ya no tenemos hija.

En aquel instante pasaban bajo la terraza del jardín de Albínar

—¡Papá! gritó por encima de sus cabezas la joven— mamá, hasta la vista!

Su lindo rostro se destacaba entre las glicinas apacibles y orientes.

Los padres respondieron al saludo, luego el carruaje dió vuelta al muelle, y la radiante aparición se desvaneció como por encanto.

—Ya ves—dijo la Sra. Frédel—cómo es siempre nuestra hija. Es un trance difícil, amigo mío, pero ya verás cómo nos acostumbremos.

Sin embargo, devoraba las lágrimas bajo el velo de su sombrero, mientras su esposo examinaba atentamente las del otro lado del Sena, cual si tuviera el encargo de inspeccionar sus fachadas. Después dirigió á su marido una mirada furtiva, y viendo que continuaba con la cabeza vuelta, le tomó rápidamente la mano que tenía apoyada sobre la rodilla.

¡Esposa mía!—dijo por lo bajo sin cambiar de postura. De repente sacó el pañuelo del bolsillo, se enjugó los ojos preñados de lágrimas y volviéndose hacia ella:

—¡Qué necios somos!—dijo en medio de una carcajada, una carcajada de aquellas de cuando era obrero y joven.

III

—¿Por qué no me has dejado entonar el *Canto de Bodas* delante de tus padres?—preguntó Félix á su mujer.

Estaban ambos sentados en el estrecho confidente, bajo la acacia donde Albina se había prometido pasar tan buenos ratos.

—No lo sé—respondió ella sonrojándose—me parece que es mio.... y en fin.... no tendría el mismo gusto en oírlo si otros lo conociesen....

—¡Ansiosa!—dijo Armor riendo.—¿Entonces lo quieres para ti sola, exclusivamente para ti sola?

Albina hizo un enérgico gesto afirmativo.

—¿Y si es una bella composición?....

—¡Es una obra maestra!—interrumpió ella con un acento de convicción profunda.

—¿Impedirás al público que goce de sus bellezas?

—¡Ciertamente!

—¿Sin pesares?

—¡Ni remordimientos! Hay cosas tan bellas que las guarda uno en secreto para sí, hay cosas que se dicen á una persona y á nadie se repite.... ese canto es una de ellas.

—¿Y jamás consentirás que alguien tenga conocimiento de ella?—continuó Félix.

Experimentaba un placer exquisito viendo el pasajero ruber teñir de carmín, á cada palabra, el cutis finísimo y aterciopelado de la joven.

—¿Jamás...? ¡Oh, sí!

—¿Y cuándo?

—¡Cuando hayamos muerto!-- dijo con solemnidad Albina, cuyo precioso rostro se animó extraordinariamente bajo el pensamiento de la prosperidad.

Félix se echó á reír.

—¡Cuando hayamos muerto! ¡Donosa idea!-- dijo con aquel tono jocoso que ella amaba tanto.—¿De qué nos serviría entonces?

—Se lo legaremos en testamento á...

—¿Nuestros hijos?—interrumpió Armor completando el pensamiento.

—¡A nuestros hijos!--repitió valerosamente Albina;—ellos lo publicarán y el mundo entero dirá entonces: «¡lo ha hecho para su mujer, ved cuánto la amaba!»

—Una vez muertos, no comprendo el placer que todo eso pueda causarnos!-- dijo filosóficamente el joven artista.

—¡Oh, sí! el placer de haber sabido durante nuestra vida...

—¿El placer que nos proporcionaría después de muertos?—exclamó Félix.—¡Ah, querida mía! seamos dichosos en vida, que es lo más cierto; ¿quieres? ¿Con que no he de cantar á nadie tu *Canto de Bodas*?

—¡No!

—¿Ni lo he de imprimir?

—¡Mucho menos!

—Está bien, señora, seréis servida--dijo, é imprimió un beso sobre aquella frente que hacia él se inclinaba; quiso luego bajar de la frente á los labios, pero ella se retiró instantáneamente.

—¿Me lo prohibes? ¡Pues no estamos casados!

—Aquí no--respondió la joven.

—Bien, sea. Vamos á pasear de incógnito en una lancha, ¿accedes?

—¡Oh, sí!--respondió Albina palmoteando alegremente--Mamá no ha querido llevarme nunca.

—Será tu primera escapatoria de mujer casada. ¡Esto vale más que leer una mala novela, vamos!

Estos felices días, los primeros del matrimonio, ¡qué rápidos pasan! y sin embargo, ¡qué largos parecen!

Al cabo de una semana, Albina se sorprendió de ver cómo había pasado el tiempo mientras ella soñaba.

Lo avanzado de la estación les dispensaba de hacer visitas; por lo menos habían tenido la calculada satisfacción de dejar tarjetas en las casas de los ausentes, ó de los que fingían estarlo.

El momento de realizarse el matrimonio, al día siguiente de haber obtenido un primer premio, fué maquiavélicamente escogido por Armor. Había querido que asistiese mucha gente á la ceremonia, todo París artístico, de quien él se creía amigo, pero la perspectiva de tener que cumplir, acompañado de su mujer, con todas aquellas personas, maldita la gracia que le hacia. Su respeto hacia Albina no le permitía ya frecuentar buen número de casas en que había sido recibido cuando soltero; así que, á la entrada del invierno, le sería muy fácil dejar enfriarse las relaciones que consideraba inútiles ó perjudiciales.

Félix y Albina hablaron en un principio de ir á pasar algunas semanas en Auvernia, durante los grandes calores, antes de reunirse en Etrepat con sus padres, quienes les habían ofrecido hospitalidad en su quinta, si querían pasar allí con ellos la estación de moda; pero el tiempo había refrescado y esto proporcionó á Albina un pretexto excelente para no salir de París.

Sus padres no se hallaban bien sin ella. El señor Frédel había adelgazado notablemente; su mujer, más dueña de sí misma, fingía estar despreocupada; pero Albina que la conocía bien, adivinaba en ciertas arrugas repentinamente formadas en los extremos de la boca, el peso abrumador de un oculto pesar.

Permanecieron, pues, en París; Félix, en el fondo, estaba muy satisfecho, pues era de aquellos para quienes el

asalto del Boulevard de los Italianos es moral y materialmente elástico, y nunca se elevaba más que cuando pisaba aquel betún, trabajaba con entusiasmo; su partitura avanzaba con rapidez. Seguro de tenerla concluida para la época prefijada, gozaba sin rebozo las delicias de su trabajo.

La presencia de Albina en su vida, añadía un nuevo fermento á su imaginación, pues no se podía dejar que se complacía en mostrar ante sus ojos todos los recursos de su talento. Ella lo admiraba tan candorosamente y con tal regocijo, que Félix hallaba mil ocasiones de proporcionarle un nuevo motivo de orgullo.

Por su parte, Albina descansaba tranquila en la plenitud de su dicha. Las advertencias agrídulces que nunca faltan á una novia, no habían hallado justificación alguna, porque no había marido más ordeñado ni más exacto que Félix, ninguno hubiera sabido desplegar en sus relaciones matrimoniales más gracias ni más atenciones.

La adoraba, no como á sus antiguas queridas, sino con cierta religiosidad; así que, era para él objeto de admiración por sus delicadas observaciones, recto espíritu, exquisito tacto y esmerada educación; de esta suerte amaba hasta el diminuto ceño formado por las sedosas cejas de Albina, cuando dejaba escapar una expresión algo viva, y se reprochaba con toda sinceridad el no saber utilizar convenientemente tal susceptibilidad, que estaba muy lejos de tener por gazmonería.



DIRECCIÓN GENERAL DE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO TELLES
CALLE DE LOS MONTAÑES, MÉXICO

IV

Todo Etretat miraba la puesta del sol. Desde los pescadores, cubiertos con sus gorros de lana y agrupados ante el viejo barracón, donde interrogan al barómetro para saber qué tiempo hará el siguiente día, hasta los más elevados personajes de la colonia veraniega, sentados en la terraza del Casino, nadie había tenido valor ó pereza suficiente para permanecer encerrado en casa una tarde tan deliciosa.

El oleaje se quebraba contra los guijarros de la playa, pero con tal medida y gracia, que parecía no querer disgustar á las personas que pagaban con largueza su estancia en aquel punto, que si temiese que, de importunarlas, no volvieran al siguiente año.

El sol antes de traspasar el horizonte, despedía intermitentes reflejos escapados por entre nubes de vistosos colores. La escarpada costa, alumbrada por los fulgores rojizos de crepúsculo, semejaba una fantástica decoración, sin dejar por eso de mostrar gallardamente su grandeza real y positiva. En una palabra, aquella era una de esas tardes á pedir de boca, para que los parisienses se persuadieran de haber gozado á satisfacción, los encantos de la naturaleza.

La señora Frédel contemplaba el mar desde el balcón de un hotel próximo donde estaba de visita. Su esposo, después de un paseo de veinte minutos, se había ido á la sala de billar, donde se oía el choque de las bolas diestramente dirigidas.

Félix y Albina, sentados uno al lado del otro, gozaban el silencio del bello panorama que la tarde les ofrecía: Albina, con el sentimiento de ver á cada instante interponerse entre ella y los postreros rayos del sol la silueta de algún transeunte; Armor, con la beata satisfacción que producen un buen cigarro, una temperatura deliciosa y la ida de ser el héroe del momento.

Era en efecto la celebridad de aquella colonia, el que se presentaba discretamente en las reuniones, el que se sentía objeto de todas las miradas, fijas en él cuando pasaba.

En efecto, miraban mucho á este joven vencedor, tan hermoso con la boina blanca que había adoptado para sus paseos matutinos. Sus cabellos y su barba de oro, la viva expresión de su rostro y la negrura de sus ojos formaban un conjunto inolvidable. Ya se pasease con un amigo, ya se pasease en público por la tarde, elegantemente vestido, llevando á su linda esposa del brazo, estaba seguro de llamar la atención; y á la verdad que no era indiferente á este lisonjero estímulo de su amor propio.

—¿No tienes frío?—dijo á Albina con solicitud.

—No, gracias—respondió sonriendo;—estoy muy bien.

Félix levantó al cielo la mirada y comenzó á reflexionar. Desde por la mañana resonaba en sus oídos una frase escuchada al azar tras de unos árboles, cuando pasaba con su mujer por una sombría alameda.

—¡Qué linda pareja! ¡El Alba y el Día!

—¿Quién es el Día?—había preguntado una voz de hombre.

—Pues él; ¡no le encuentra usted bastante resplandeciente? Ella, en cambio, con sus pálidos cabellos semeja á la Aurora, dispuesta á abrir á Febo la puerta.... todas las puertas.

El eco de las demás palabras se había perdido en la espesura, mezclado con una risa algo forzada. Albina nada oyó, estaba su imaginación distraída. Aunque Félix miró entre el ramaje, no vió á nadie. El timbre de la voz y de la risa que

quedó impreso en sus oídos: «¡Parecen el Día y el Alba!» Semejante frase cantaba de por sí en su cerebro, vagaba en torno suyo como una imperceptible guirnalda de delicadas florecillas.

—¡Haré una canción!—pensó, para darse un motivo de ceder á esta obsesión.

De repente, la misma voz resonó ante él, á pocos pasos de distancia, entre un grupo que acababa de detenerse, y Félix se levantó de improviso como para buscar la persona que había hablado, sin preocuparse de lo que semejante movimiento pudiera tener de particular.

Había dos mujeres: la una vulgar, con cuyo traje de indefinibles colores parecía la imagen perfecta de la banal neutralidad; la otra, alta, esbelta, vestida con elegancia; era morena, de cabellos naturalmente negros, pero con un riquísimo tinte á caoba, gracias á los procedimientos de la química; sus azules ojos despedían miradas investigadoras y casi malignas. Hablaba y reía mostrando unos dientes correctísimos. Félix la escuchaba como hipnotizado; era de aquella mujer la voz que le venía persiguiendo desde por la mañana. Y, sin embargo, nada tenía de particularmente dulce: el timbre era más bien metálico, aunque existía en el modo de pronunciar las palabras y en la especie de canto de sus inflexiones, un atractivo singular, quizás malsonoro, pero poderoso.

—¡Qué voz tan desagradable!—dijo Albina por lo bajo en el momento que su marido se volvía hacia ella.

Félix nada respondió, turbado como estaba, y avanzó dos pasos.

—¡Armor, Armor, venga usted!—exclamó una de las jóvenes que rodeaban á la recién venida;—la señora de Berrioz quiere que le sea usted presentado.

Félix acudió, saludó, y vió que le tendían una hermosa mano, enguantada, algo varonil, pero perfectamente modelada; esta mano estrechó con vigoroso ardor la suya.

—Ardía en deseos de conocer á usted, caballero—dijo

la señora de Berrioz;—bendita la casualidad que nos reúne.

Félix contestó con más vehemencia quizás de la conveniente, y de improviso:

—¿Canta usted, señora? le preguntó mirándola con profunda atención.

—¿Quién le ha dicho á usted eso?—exclamó sonriendo. Tenía la boca algo grande y su sonrisa era cruel.

—Lo he inferido del timbre de su voz.

—¡Yal tiene usted oído de músico. Pues bien, si canto, pero poco y sólo para mí.

Una protesta se elevó en derredor suyo, en la cual tomó parte Félix. Experimentaba, sin embargo, una vaga molestia sin saber por qué, acaso por tener á su mujer sola tan cerca. Cuando observó que Albina no le miraba, se tranquilizó, y después de cambiar algunas palabras más, volvió á reunirse con su mujer.

—¿Te has dejado presentar?—le dijo con cierto acento de fastidio.—¿Quién es esa mujer?

—Lo ignoro por completo—respondió con sinceridad,—canta, según parece, pero debe ser una aficionada, pues jamás he visto su nombre en parte alguna..... Después de todo, yo no sé lo que pasa en provincias.

El afectado desdén de esta frase tranquilizó á Albina, en cuyos labios se dibujaba una ligera sonrisa. Después de un breve silencio replicó:

—Esa mujer no parece tener un gusto perfecto. No me agrada.

—Ni á mi tampoco—dijo Félix, sonrojándose á impulsos de semejante mentira.

El cielo estaba á la sazón sombrío; las tornasoladas nubes habían tomado un color ceniciento y la atmósfera había refrescado, como acontece frecuentemente á esta hora.

—Tengo frío—dijo Albina—vámonos.

—Ve con tu madre—dijo Armor, no sin titubear;—tengo necesidad de ver á Desroches, que no ha venido aún, porque hoy come fuera. Pronto nos reuniremos.

Albina le miró con extrañeza. Desde que se casaron, era la primera vez que le proponía una cosa semejante; hasta entonces, más bien le había encontrado algo déspota en los cuidados que le tributaba. Una infinita tristeza le parecía que caía del cielo sobre su cabeza, una de esas tristezas injustificadas, pero invencibles, que sólo sienten los espíritus delicados y sensibles.

—Bueno—dijo—voy á buscar á mamá.

El tono de su voz era tan abrumador, que hizo estremecer á Félix.

—¿Estás mala?—le preguntó con interés.

—¿Yo? no por cierto—respondió sobreponiéndose á su dolor.

El titubeó. Si Albina le hubiese mirado ó dicho una sólo la palabra, no hubiera tenido valor para retirarse; pero ella misma calificaba de niñería la extraña sensación de que era presa, y con verdadera sinceridad le dirigió una sonrisa al partir.

—Espera—le dijo volviéndose hacia ella—te acompañaré hasta el lado de tu madre.

Pocos pasos les separaban de la puerta del hotel, en cuyo umbral Albina dijo á su marido:

—Ve con tus amigos, pero no vuelvas tarde.

Se lanzó una tierna mirada al apretarse amorosamente la mano, como tenían por costumbre cuando se separaban en la calle.

—Di, Albina, ¿quieres que te acompañe hasta arriba? Poco tardaré en ello.

—No, no; prefiero que vuelvas más pronto. Adiós.

Albina desapareció por los pasillos y Félix volvió á la terraza.

La señora Frédel se había marchado hacia diez minutos en dirección á su hotel. Como su marido estaría en el billar hasta las diez, y su hija con Armor, se hallaba sola, y la necesidad de melancolía que asalta con frecuencia á las mujeres

cuando la juventud las abandona, la había impulsado á volver á su casa para saborear allí sus impresiones.

Albina se retiró al punto, rehusando la tasa de té que le ofrecían; se hallaba preocupada. Por vez primera en su vida iba á encontrarse sola, al oscurecer, en un camino agreste, donde podría entregarse cómodamente á sus reflexiones.

Sin decir nada á nadie atravesó el pueblo, pasando á espaldas del Casino. La música, que acababa de empezar, le pareció vulgar y grosera, como el olor que despedían las cocinas, como la gritaría de los criados en aquella calle, por donde los bañistas pasan raras veces. Estaba deseosa de alejarse, y apretó el paso por no oír más aquellos desagradables ruidos.

Un poco más lejos, Albina encontró algunas familias de pescadores que volvían á sus viviendas. Las mujeres llevaban sus pequeñuelos á la espalda, mientras que los mayorcitos caminaban asidos á sus sayas; los hombres marchaban lentamente balanceándose por la costumbre contraída en los barcos. . . . El corazón de Albina se encogió al pensar cuánto debían sufrir aquellas pobres mujeres cuando sus maridos se hicieran á la mar en noches de temporal.

Dió vuelta á la última casa, y quedó completamente sola. La noche caía rápidamente, dejando que las estrellas cubriesen el cielo con su pálido fulgor; el viento era templado y apacible. Comenzó á subir con lentitud el áspero camino que iba de la playa al chalet.

Según subía, sus ideas se aclaraban y los sentimientos de su alma adquirían mayor elevación; como en revuelto torbellino creyó ver las escorias de sus ideas caer en el fondo del valle de Eretat.

La humareda y los ruidos quedaban á sus pies, en tanto que el purísimo fulgor de las estrellas la invitaba á experimentar sentimientos de dulce consuelo.

Habiendo llegado, sin encontrar á nadie, al sendero

que se deslizaba entre las cercas de dos jardines, se volvió para mirar al horizonte.

Purísimo entonces, con un ligero tinte grana y oro, ofrecía á la vista inagotable profundidad, donde el alma podía abismarse y perderse. Ni una vela se descubría á lo lejos; nada humano latía en los senos de aquella naturaleza muda y elocuente á la par.

La mirada de Albina se posó un punto sobre la playa, donde las luces del casino, visto de lejos, formaban un núcleo rojizo y humeante; pero bien pronto la apartó para llevarla de nuevo á los abismos insondables del firmamento.

Parecía como que del fondo del cielo llegaba hasta ella una melancólica dulzura, y gruesas lágrimas empañaron sus pupilas.

¡Cuántas veces habiase deleitado, en compañía de su marido, contemplando estos esplendores vespertinos! ¡De dos meses á esta parte, durante esa hora en que soñolienta y perezosa declina la tarde, no se habían separado jamás; juntos iban siempre, apretados el uno contra el otro, silenciosos quizás, pero embelesados con su mutuo amor! ¿Por qué se hallaba sola aquella tarde, á la entrada de aquel camino, ya sombrío, y pronto enteramente negro?

Sin temores pueriles paseó una mirada por la desierta alameda; era animosa y estaba acostumbrada á no temer de la obscuridad. ¿Por qué entonces se sobrecogía al penetrar entre sombras? Cobró valor y continuó resuelta su camino por medio de las malezas del sendero.

A poca distancia se encontraba el chalet, y, sin embargo, las copas de los árboles vecinos formaban, al aproximarse, una bóveda que parecía hallarse prolongada indefinidamente; bajo este verde dosel, que conservaba el calor del día, ya extinto, despedía la tierra tibio ambiente, y por entre el apretado ramaje veíase el brillar nítido de las estrellas. Albina se calmó al contacto de aquel suavísimo ambiente, ¡estaba tan cerca el chalet! Y dentro de una hora, ó dos á lo sumo, Félix volvería.

Detúvose á la puerta del jardín, algrándose de hallarse ya en su casa, y sirtiendo á la vez ver que desaparecía tan pronto el momento de libertad absoluta que tan dulce había imaginado y que, sin embargo, no le había proporcionado placer alguno. No pudo analizar las sensaciones de este paseo, vagas y melancólicas.... Empujó la puerta y entró en el salón donde la señora de Frédel estaba leyendo.

—¿Sola?—le dijo su madre con cierto asombro.

—Sí, Félix tenía que ver á alguien... Fui á buscarte, pero ya te habías ido.

Más bien que hablar parecía que deliraba; la señora Frédel tuvo miedo.

—¿No te ha ocurrido nada?

—¡No, mamá!

Albina hizo un esfuerzo para dominarse. Su linda risa resonó en el salón.

—¿Parezco acaso un espectro, que así me miras con ojos de espanto?—repuso abrazando á su madre.

—No, precisamente; pero es extraño que tu marido te haya dejado venir sola.... ¿Estáis enojados?

La voz de la señora Frédel temblaba; se había inclinado un poco hacia delante, como esperando ansiosa la respuesta.

—¡Oh, mamá! ¡que ocurrencia! ¡Y á propósito de que hubiéramos podido enojarnos?

Albina reía sin cesar, y la inquietud de su madre comenzó á calmarse. Después de todo, nada extraordinario tenía el hecho.

—Eso sucede....

—¿Qué, mamá?

—Que hay enojos entre los que se aman.... En fin, ya lo verás por tí misma.

Albina se sentó, apoyó el codo sobre la mesa, la cabeza en su mano, y mirando á su madre con cierta gravedad, le dijo:

—Mamá... perdona mi pregunta... ¿soy tan ignorante!... ¿Acaso te has enojado alguna vez con mi padre?

Un rubor pasajero invadió momentáneamente el semblante de la señora Frédel.

—Si y no. Jamás hemos tenido cuestiones propiamente dichas, sólo yo tenía el carácter un poco duro.

—¡Oh mamá, tú que eres tan dulce!

—Ahora, que en otro tiempo no. Pero tu padre tenía una manera de decirme: «Bueno, será lo que quieras,» que me dejaba helada. Yo comprendía que el me daba razón precisamente á causa de lo absurdo de mis ideas, porque lo prefería todo á disputar con una persona tan poco razonable.

—¿Entonces...?—dijo Albina sin apartar la mirada de su madre.

—Entonces aprendí á no tener ideas ridículas. Al principio quería explicaciones, y me hubiera peleado con mucho gusto, si el hubiese querido. Después, me ha avergonzado todo esto.... No, jamás hemos reñido, lo que se llama propiamente reñir.

Una expresión de apacible alegría y de tierno orgullo se dibujó en el semblante de la señora Frédel.

—¿Por qué, pues, has supuesto que Félix y yo hubiéramos podido reñir?—replicó Albina.

La madre dudó antes de responder.

—No es lo mismo: tú te pareces á tu padre; mas tu marido es otro hombre muy diferente.

—Es muy bueno; con dificultad habrá otro mejor—dijo la joven en tono de cierta autoridad.

—Es muy bueno, lo sé; pero tiene un carácter vivo y vehemente; hay que tener con él paciencia y dulzura á la vez que firmeza. Y, sobre todo, no llores en su presencia... Nada hay que fastidie á los hombres tanto como ver llorar á sus mujeres.

Albina sintió que el corazón se le oprimía. ¿Por qué hablaba su madre de estas cosas precisamente aquella tar-

de en que se hallaba tan nerviosa? La señora Frédel comprendió la expresión del rostro de su hija, súbitamente entristecido.

—Ven, hija mía—le dijo tendiéndole la mano.—Perdóname; quizás soy ave de mal agüero; ¡sé siempre dichosa, alma mía! Una mujer casada desde hace dos meses y medio no necesita en verdad de las chochaces de una vieja como yo.

Levantóse Albina, y fué á besar los húmedos ojos que amorosamente la contemplaban.

—¡Te amo demasiado!—le dijo su madre sonriendo;—y, cuando se ama demasiado, se teme. Mira, tu padre viene.

—¿No ha vuelto Félix?—preguntó el señor Frédel después de haber abrazado á ambas.

—No, papá. ¿No le has visto?

—Al contrario, le he visto ir acompañado por la alameda de los Tamariscos; me he figurado que quería pasar por el jardín de Desroches... Se habrá detenido á hablar con él... Buenas noches, niña; voy á acostarme, que ya son las diez.

Albina entró en su habitación, se desnudó, despidió á su doncella y apagó la lámpara; después, en vez de acostarse, se puso un peinador y fué á sentarse al balcón.

La luna brillaba desde el zenit, despidiendo diáfanos rayos de plateada luz; merced á su tranquilo fulgor, las sombras no eran muy oscuras. La fachada de la quinta, tapizada de rosas color té, parecía una mansión de hadas en un país encantado. Desde el sitio en que Albina estaba sentada, no se veía el Casino, oculto por un bosquecillo de árboles. El paisaje presentaba á estas horas un aspecto encantador.

Albina, con la cabeza inclinada sobre el pecho, meditaba. ¡Su vida había sido tan hermosa hasta entonces! Dichosa cuando joven, no menos que de niña, había dejado pasar su existencia, apacible y tranquila, sin sobresaltos ni zozobras. ¿Sucedería siempre lo mismo? La víspera había

ra contestado afirmativamente; en aquel instante no se atrevía á tanto, y, sin embargo, nada había cambiado.

El eco de un piano dejóse sentir entre la arboleda, y Albina se estremeció, porque le parecía conocer la ejecución... ¿No era su marido quien tocaba? Sonrió á impulsos de esta idea. ¡Le amaba tanto, que creía verle y oírle por todas partes! Era el prelude de una de las melodías de Armor; terminada la introducción, dejóse oír un canto lleno de fogoso entusiasmo; una voz de mujer, más bella que simpática, más apasionada que suave, pero admirable, al servicio de un alma de artista.

Albina sintió una impresión desagradable, pero no pudo menos de hacer justicia al talento de la que cantaba, y la música de Armor era tan bella, tan expresiva, tan melodiosa!.....

El pensamiento de que su marido era el autor de aquella obra maestra la invadió por completo; su alma fué presa de un éxtasis de alegría y de amor tan vívido, que, apoyándose sobre el balcón, cubrió su rostro con las manos como para dirigir al cielo una plegaria. Si, ella se sentía profundamente dichosa al considerarse unida á semejante artista por los estrechos vínculos de un recíproco amor.

Calló el piano. Sus últimos ecos fueron ahogados por una nutrida salva de entusiastas aplausos; luego todo quedó en silencio, y Albina, que había levantado la cabeza, continuó meditabunda.

Un porvenir lejano se extendía hasta ella, lejano como el horizonte, confuso por los vapores bañados de pálida luz, desprendida de los rayos de la luna. Aun encanecidos ambos por la edad, Félix continuaría siempre hermoso con la hermosura del sabio, siendo reclamado en los principales teatros por la entusiasmada muchedumbre; veía todo un pueblo alzarse ante este asombroso genio, aplaudiéndole con verdadero frenesí... Y ella, su mujer, orgullosa y res-

petada, llevaría sobre su envejecido rostro el reflejo de la gloria, lo mismo que en su corazón, siempre joven.

Los gruesos granos de arena crugieron bajo los pasos de alguien, y su nombre pronunciado en voz baja la hizo estremecer.

—¡Qué hermosa eres, Albina; no te muevas!

Felix la contemplaba desde el jardín, á pocos pasos de distancia. Ella se ruborizó cual si hubiese caldo en salta.

—Estaba esperándote —dijo, también muy en voz baja.

El chalet dormía; sólo las rosas, cual grandes ojos abiertos, les miraban.

—¿No estabas triste? di, amor mío.

—No. Alguien ha cantado la *Adorada*, allá lejos, y he estado escuchando... Estaba contigo mientras te hallabas ausente.

Se había inclinado sobre la barandilla y le miraba con ojos llenos de inefable ternura. Félix arrancó una rama de rosas y se la tiró; las flores quedaron enganchadas entre los hierros del balcón; Albina las cogió y aspiró con deleite su perfume.

—¡No puedes figurarte cuán linda estás! —continuó Félix. —Pareces una aparición fantástica de rara belleza.

«De repente su sombrero vino á caer al lado de Albina como un sombrío pajarraco.

—¿Qué haces? —preguntó la joven.

—Tregar, para llegar hasta tí por el balcón, segun conviene á los que se aman.

—Ten cuidado de no pincharte con los rosales —le dijo Albina algo inquieta por ésta resolución, pero muy satisfecha en el fondo.

Ligero y fuerte, Felix terminó su ascensión, y, sin preocuparse de las conveniencias, tomó á su mujer en los brazos.

—¡Ay, Felix, si nos vieran!

—¡Bah! ¿quién quieres que nos vea á estas horas?

Albina no pensó ya en preguntarle dónde había pasado el rato.

V.

Al día siguiente, en el almuerzo, Armor anunció su plan de hacer, en compañía de Albina, una excursión por la costa.

—Albina, prepara nuestras maletas; llevaremos los impermeables, y de este modo podremos ir hasta Holanda siguiendo el litoral; pero tranquilícese vd., mamá; —dijo volviéndose á la señora Frédel —no iremos tan lejos.

—¡Qué idea! —exclamó el padre; —apenas habéis llegado y ya vais á partir.

—Soy «un ave de paso» —repuso Armor citando una de sus canciones, —ya se irán ustedes acostumbrando. Pero volveré de buen grado.

Albina sonreía durante este diálogo, pues se hallaba muy lejos de sospechar la verdad. Tal vez hubiera estado menos alegre, sabiendo que su marido, la víspera, en casa de Desroches, había acompañado al piano á la hermosa señora Berrioz, quien había cantado la «Adorada», probándole, cuando menos, que sabia apreciar su talento de compositor. Como la señora Berrioz sólo permanecería allí cuatro, ó cinco dias, se había tratado de organizar varias excursiones, en las que Félix debía tomar parte. Por de pronto, deslumbrado por la hermosa voz y acaso por los ojos de la cantante, no había hecho objeción alguna; pero mejor pensado, mientras franqueaba la distancia que mediaba

petada, llevaría sobre su envejecido rostro el reflejo de la gloria, lo mismo que en su corazón, siempre joven.

Los gruesos granos de arena crugieron bajo los pasos de alguien, y su nombre pronunciado en voz baja la hizo estremecer.

—¡Qué hermosa eres, Albina; no te muevas!

Felix la contemplaba desde el jardín, á pocos pasos de distancia. Ella se ruborizó cual si hubiese caldo en salta.

—Estaba esperándote —dijo, también muy en voz baja.

El chalet dormía; sólo las rosas, cual grandes ojos abiertos, les miraban.

—¿No estabas triste? di, amor mío.

—No. Alguien ha cantado la *Adorada*, allá lejos, y he estado escuchando... Estaba contigo mientras te hallabas ausente.

Se había inclinado sobre la barandilla y le miraba con ojos llenos de inefable ternura. Félix arrancó una rama de rosas y se la tiró; las flores quedaron enganchadas entre los hierros del balcón; Albina las cogió y aspiró con deleite su perfume.

—¡No puedes figurarte cuán linda estás! —continuó Félix. —Pareces una aparición fantástica de rara belleza.

«De repente su sombrero vino á caer al lado de Albina como un sombrío pajarraco.

—¿Qué haces? —preguntó la joven.

—Tregar, para llegar hasta tí por el balcón, segun conviene á los que se aman.

—Ten cuidado de no pincharte con los rosales —le dijo Albina algo inquieta por ésta resolución, pero muy satisfecha en el fondo.

Ligero y fuerte, Felix terminó su ascensión, y, sin preocuparse de las conveniencias, tomó á su mujer en los brazos.

—¡Ay, Felix, si nos vieran!

—¡Bah! ¿quién quieres que nos vea á estas horas?

Albina no pensó ya en preguntarle dónde había pasado el rato.

V.

Al día siguiente, en el almuerzo, Armor anunció su plan de hacer, en compañía de Albina, una excursión por la costa.

—Albina, prepara nuestras maletas; llevaremos los impermeables, y de este modo podremos ir hasta Holanda siguiendo el litoral; pero tranquilícese vd., mamá; —dijo volviéndose á la señora Frédel —no iremos tan lejos.

—¡Qué idea! —exclamó el padre; —apenas habéis llegado y ya vais á partir.

—Soy «un ave de paso» —repuso Armor citando una de sus canciones, —ya se irán ustedes acostumbrando. Pero volveré de buen grado.

Albina sonreía durante este diálogo, pues se hallaba muy lejos de sospechar la verdad. Tal vez hubiera estado menos alegre, sabiendo que su marido, la víspera, en casa de Desroches, había acompañado al piano á la hermosa señora Berrioz, quien había cantado la «Adorada», probándole, cuando menos, que sabia apreciar su talento de compositor. Como la señora Berrioz sólo permanecería allí cuatro, ó cinco dias, se había tratado de organizar varias excursiones, en las que Félix debía tomar parte. Por de pronto, deslumbrado por la hermosa voz y acaso por los ojos de la cantante, no había hecho objeción alguna; pero mejor pensado, mientras franqueaba la distancia que mediaba

entre la casa de Desroches y el chalet Frédel, se resolvió á no poner á Albina en contacto con la Berrioz.

Preguntando el por qué, probablemente ne hubiera sabido dar la razón, si bién en el fondo de su alma existía cierta piedad por Albina, que no tenía talla suficiente para luchar con semejante rival.

Armor conocía bien á las mujeres, á ciertas mujeres, al menos, pues de la suya lo ignoraba casi todo; sus conocimientos versaban sobre esa clase especial de mujeres, que se encuentra en lo que se ha dado en llamar mundo artístico.

Lindas á menudo, elegantes casi siempre, atrevidas si D faltar á las conveniencias, con cierto tinte de algún arte, pintura ó música, habían con el aplomo del que tiene profundos conocimientos artísticos; siempre casadas, aunque el marido no esté necesariamente presente, ni siquiera vivo, se las encuentra en salas distinguidas, cuya dueña las recibe con cierta familiaridad, como si antiguas relaciones debieran excusar, ante las demás visitas, la presencia de estas mujeres, no siempre irreprochables.

Y en efecto, son parientas ó antiguas compañeras de colegio las que os demuestran tanto efecto. ¿Cómo deshacerse de ellas sin pasar la plaza de cruel? Por otra parte, ellas se agarran bien, son amables, prestan algunos favores, y os hacen tal cual pequeño obsequio. ¿Qué sería de ellas si dejaran de ser vistas?

Estas mujeres se encuentran en todas partes que tengan ocasión de exhibirse: en los estrenos, en las carreras, donde apuestan discretamente—á veces con fruto—en los bailes, ferias y rifas caritativas; rodeadas por completo de hombres, sobre todo, jóvenes.

A esta especie de mujeres pertenecía la Berrioz, y por esto, Armor, juzgándose más comprometido de lo que quería, tomó el partido de huir prudentemente para evitar una presentación entre ella y Albina, que se haría esperar mucho en casa de Desroches.

Desroches, el autor de la obra cuya partitura estaba encomendada á Félix, era una figura original, uno de esos hombres que conocen á todo el mundo, y todo el mundo los conoce.

De mediana estatura, ojos vivos, sonrisa algo burlona, cabellos grises, bigote negro aún y aspecto escéptico sin excluir la generosidad, tal era Desroches, físicamente considerado.

En lo moral, era todo un poeta. Le gustaba cuanto pudiese proporcionarle un goso ideal ó material: las mujeres lindas, los festines, los caballos, la música y los buenos versos. Cosa rara, nada le hacía sentir la naturaleza, aunque poeta. Cantaba el amor como nadie; y no descubría nada en un paisaje.

—Verde sobre azul—decía con desdén cuando se le interpelaba;—no le querría vd. para forrar una butaca, y sin embargo, le pasma porque hasta en la naturaleza. Habitaba en Etratat durante la estación yeraniega, porque había mucha gente. En el fondo, acaso era menos insensible de lo que aparentaba. Según decían, alguien le había sorprendido cierta noche en su jardín mirando las estrellas, pero él jamás lo había confesado.

Desroches había estado casado y ya no lo estaba. ¿Era viudo, ó su mujer le había abandonado? No se le hablaba de ello nunca, y las opiniones, en este punto, eran contradictorias. Su madre había vivido con él mucho tiempo, lo que le permitió recibir en su casa á los amigos con sus mujeres; cuando aquélla murió, una primavera, él había recibido, según costumbre, en el invierno próximo, y las visitas habían vuelto sin profundizar la cuestión de conveniencias.

Recibía á hombres de las más diversas clases sociales; allí se encontraban miembros de familias que habían reinado tiempos atrás en Francia, revolucionarios furibundos, ya que no convencidos, literatos y pintores; se cultivaba sobre todo la música, pues Desroches había escrito los libre-

os de las óperas representadas desde hacia veinte años. Los artistas jóvenes llevaban de buen grado á sus mujeres, que eran tratadas por Desroches con una galantería cortés y muy delicada, pues empleando las formas del respeto más perfecto, evitaba ese aire paternal que permite la familiaridad.

En Etratrat era su casa el punto de reunión, lo más á menudo, con objeto de dar veladas musicales, y ni un ejecutante, ni una cantante, habian pasado por allí sin entrar en la pieza, que servía á la vez de salón, de estudio de sala de fumar y de billar. Los que allí entraban, no siempre volvian, pues, á menos de ser amigos de la casa, no eran invitados más que por una sola vez. Desroches declaraba que esta era la mejor manera de librarse de los importunos. Armor estaba, pues, casi seguro de no encontrar, á su vuelta, á Berrioz en esta casa, á donde Albina le acompañaba con gusto.

Cuando Albina y Félix volvieron, la Berrioz habia ya, en efecto, salido de Etratrat; los recién casados continuaron su vida como de ordinario, y este pequeño incidente pareció no dejar huella alguna.

VI

Habian pasado veinte meses; Albina no era mujer recién casada, sino una mujer en la plenitud de su distinguida hermosura. El invierno, que entonces comenzaba, se ofrecía lleno de felices promesas para los jóvenes esposos; la partitura de Armor, después de haber sufrido las inevitables oscilaciones de toda obra dramática, iba á ser por fin representada, y en los últimos días de Mayo esperaba Albina el nacimiento de su primer hijo.

Los ensayos de la *Reina Aurora* habian comenzado y marchaban muy bien; sólo el tercer acto inquietaba al autor.

—Hay algo que me fastidia—decía á Desroches—y es el aire del tenor, después de su matrimonio; no acaba de gustarme ... Desearia otra cosa ... Una melodía más apasionada, más ... ¿No podrias componer otras frases?

—¡Ah! querido mío, esas ú otras, es lo mismo, si tú no puedes hacerme otra música. Ponte en el caso de ese muchacho: se ha casado la víspera con la mujer que adora ... ¡Qué diablo, tú has pasado por ello! A ti te corresponde buscar lo que falta. Yo ya soy un viejo, tú en cambio eres joven.

Desroches se reía y miraba á Albina, en cuyos labios se dibujaba una sonrisa algo amarga. Tenia miedo de estas alusiones á su dicha; le parecían una profanación; en ciertos

momentos hubiera deseado estar casada desde hace veinte años, para que nadie se acordase.

Los inconvenientes de la gloria le parecían ahora casi más evidentes que las ventajas; la campanilla agitada incessantemente, las actrices que venía á solicitar un papel ó modificaciones del que desempeñaban

¡Oh! esas mujeres tan compuestas que venían antes del almuerzo, y permanecían dos horas en el salón, retardando la comida y dejando una tal persistencia de fuertes perfumes, que era preciso abrir las ventanas antes de sentarse á la mesa, se le hacían insoportables. Tenía muchas ganas de ver representar la *Reina Aurora*, pero acaso tenía más de que todo esto concluyera para volver de nuevo á su vida ordinaria.

Se acordó, por fin, que Armor diese en casa de Desroches, una audición del tercer acto de su ópera cómica, con objeto de zanjar la cuestión del tenor. Félix quería quedar tranquilo sobre este punto. Si el aria actual podía servir, no había más que hablar.

Fué una reunión muy interesante; era preciso un público bastante considerable, pues la opinión de una docena de amigos íntimos, no podía prevalecer. Se invitaron al efecto unas cincuenta personas, y éstas solicitaron invitaciones para otras tantas; cuando los artistas fueron á casa de Desroches, el vasto salón estaba literalmente ocupado.

Armor tocaba el piano. Albina hizo colocar una silla junto á la puerta que comunicaba con el resto de la habitación; temiendo las miradas, trataba de evitarlas. La acompañó su madre, y algunos amigos en pie le servían á modo de pantalla contra la curiosidad.

El preludeo del tercer acto y el primer trozo fueron muy bien acogidos; un coro de mujeres, que venía después, alcanzó un éxito prodigioso. Albina escuchaba con las manos cruzadas, en esa posición característica de las mujeres que están próximas á ser madres.

Conocía aquellos trozos: cien veces los había oído to-

car ó cantar á Félix ó á sus intérpretes; pero en aquel salón, ante un público escogido, la música adquiría un no sé qué de misteriosa novedad; era bello, conmovedor el observar las impresiones de aquellos semblantes inteligentes, ansiosos de experimentar nuevas emociones.

Por fin, Lorty entonó el aria de que Félix no estaba contento. Era éste un cantor consumado, un hombre cuyo talento y cuyo gusto artístico marchaban á la par. Cantó lo mejor que pudo, procurando comunicar al auditorio un entusiasmo que en realidad él no sentía.

A medida que avanzaba el canto, muestras de indiferencia ó de cortés fastidio reemplazaban en aquellos semblantes á las primeras señales de profunda atención; algunas mujeres cambiaron varias palabras en voz baja, cubriéndose el rostro con sus abanicos; algunos hombres que se mantenían en pie se recostaron contra la pared con aire resignado. Albina sintió helársele el corazón; en vano trataba de engañarse á sí misma: era un fracaso.

Terminada el aria, los aplausos resonaron, sin embargo. ¿No se aplaude siempre en un salón, á pesar del íntimo descontento de cada cual? Per lo demás, el tenor merecía toda clase de elogios, tanto por su mérito personal, como por la manera con que había defendido la obra del compositor, que era también su amigo. Armor, subyugado por la música, engañado por su excitación nerviosa, acaso también queriéndose hacer ilusiones, parecía no observar las impresiones del auditorio. El dúo que siguió era una de las páginas más bellas que había escrito en su vida; como venía después de un trozo mediano, el éxito fué asombroso. Albina, que no escuchaba ya la música, ocupada únicamente en seguir la expresión de las fisonomías, sintió conmoverse todo su ser. La corriente magnética se había restablecido entre el público y el compositor; el fin de la audición fué un triunfo.

Cuando el murmullo se calmó un poco, mientras las señoras se dejaban conducir al *buffet*, Armor, rodeado de

sus mejores amigos, les suplicó que le dijese francamente su opinión. Albina, permaneciendo en su puesto, escuchaba la conversación llena de ansiedad.

— Sois muy galantes— exclamó Félix con impaciencia, y os doy las gracias;— pero el aria del tenor, veamos, hablad francamente... ¿puede pasar?

Un abrumador silencio sucedió á esta pregunta; cada cual esperaba que otro hablase, y ninguno quería expresar su pensamiento.

— Está juzgado— exclamó Desroches.— ¿Lo ves, querido mío? desde el momento que nada se dice, es que no agrada. Voy, según creo, á expresar la opinión de todo el mundo. En una obra ordinaria, esta aria sentaría muy bien; hay más de ciento, en el repertorio moderno, que no se la merecen. Pero para una obra de primer orden como la *Reina Aurora*, no está á la altura que debe, no, en verdad.

— ¡Es cierto!— balbuceó tímidamente una voz.

Los demás callaban: nadie se da prisa á crearse un enemigo; ¿y quién no tiene presente la historia del arzobispo de Granada?

— ¡Ya lo sé!— dijo Armor— apretando ligeramente los dientes.

Se acercó al piano, nervioso, atormentado, humillado, y, sin embargo, sabiendo que esta humillación se la debía á sí mismo. Albina le miraba con el corazón oprimido, sufriendo aun más que él.

— ¡Es preciso otra cosa!— continuó Armor á media voz; (el grupo de amigos le había seguido, reforzado por varios artistas que habían entrado en el salón)— ¡Es preciso!... ¡Yo bien lo sé!... ¡Pero jamás he podido componer dos veces seguidas la música de una misma situación!

— ¿Cómo de una misma situación?— dijo Desroches.

— Félix continuó, encendido el rostro por cierta cólera interior.

— ¡Bien sé lo que digo!... ¡El aria que hace falta, he-la aquí!

Se sentó bruscamente al piano, y... Albina cerró los ojos con una emoción á la vez deliciosa y en alto grado mortificadora... Félix acababa de entonar el CANTO DE BODAS.

Desde las primeras notas, todo el mundo acudió presuroso, y Lorty el primero; los concurrentes se hallaban esparcidos en pie, y al entrar se empujaban ligeramente unos á otros á fin de aproximarse; las sillas diseminadas en desorden se oponían á que la gente penetrara demasiado, y el respeto hacia esta maravillosa música era tan grande, que nadie osaba removerlas de su sitio; hubo quien por abrir paso levantó una silla próxima á caer, conservándola en alto hasta la terminación de la primera estrofa. Armor estaba tan hermoso, que las mujeres más le miraban que le oían. Pálido, la brilladora mirada perdida en esa sombra misteriosa adonde miran los que cantan con el alma, su patético rostro realzado por la blancura de la pechera y lo negro del traje, cantaba, no ya como otras veces para su mujer, sino para todo un pueblo... ¿quién sabe? ¡acaso para la posteridad! No era ya un epitalamio, era la marcha triunfal de un joven conquistador.

Cuando concluyó, mientras que el eco de su voz vibraba todavía bajo el alto techo, gritos de entusiasmo estallaron por todas partes; se empujaban queriendo entrar á la fuerza, y el piano se vió rodeado por una masa compacta de personas, cuyos ajados trajes revelaban, no menos que sus ojos embriagados por la pasión del arte, el afán con que se habían apresurado á escuchar aquel divino canto.

— ¡Más, más!...— gritaban todos. Desroches asió á Félix por la solapa del frac, sacudiéndole maquinalmente.

— ¡Esa es una obra de arte! ¡Qué palabras tan en carácter! ¡Muy superiores á las mías! ¿Quién te lo ha compuesto?

— Yo— respondió Armor con orgullo.

Los aplausos comenzaron de nuevo, más frenéticos si cabe. Era uno de esos entusiasmos que no estallan más que entre artistas ó gentes de un gusto refinado. Diríase que

una especie de locura se apoderó en aquel instante del público.

—¡Bravo!—gritó una voz de mujer sonora y metálica cuando la calma comenzaba á restablecerse.

Félix dió principio á la segunda estrofa; su voz habia tomado una sonoridad y una ternura peregrinas; todo su ser se agigantaba en medio de este maravilloso triunfo. ¿Era la alegría de ver á su marido tan frenéticamente aclamado, ó bien la tristeza de ver profanado ese canto hecho para ella sola, nacido al calor de la embriaguez que su amor habia producido en su esposo, y cuyo secreto quiso guardar? Lo cierto es que Albina sufría como si hubiera perdido parte de su pudor, violentamente arrancado; escuchaba sin embargo, impregnada de tantos sentimientos confusos que no podía analizar, y se creyó transportada por esta música divina á un mundo en que todo era más grande y más hermoso que sobre la tierra: todo, hasta el dolor.

—¿Qué es eso?—preguntó Desroches jadeante.

—Mi *Canto de Bodas*—respondió el joven compositor.

—¿Y nos habías ocultado una maravilla como ésa!

—Pertenece á mi mujer y queremos guardarla para nosotros...—dijo Félix como presa de un remordimiento.

Volvió la cabeza hacia el sitio que ocupaba Albina; todas las miradas siguieron la suya..... Ella ya no estaba allí.

—No tienes derecho para ocultar una obra maestra—exclamó con tono doctoral Desroches;—y además, es precisamente lo que hace falta á tu ópera. Luego..... es cosa convenida.

—¿Lo elevará usted un poco para mí?—dijo Lorty sonriendo.—¡No creo haber cantado nunca nada tan bello!

Deslumbrado Félix, se dejó llevar por la corriente. Jamás habia alcanzado semejante ovación. Bebió hasta la embriaguez el néctar del éxito, hecho para desvanecer las almas juveniles, según dice un sabio.

Saliendo de entre la multitud, la señora de Berrioz llegó hasta él tendiéndole la mano con ojos siempre sonrientes.

—Ha faltado usted á la palabra de acompañarnos—dijo sonriendo—pero no soy rencorosa. Ved, antes bien, habia suplicado á Desroches que me invitase para esta noche.

Félix estrechó esta mano con las demás, sin parar en ello demasiado su atención; en esta hora dichosa, embriagadora, se sentía dueño del universo, y se creia obligado á mostrarse como príncipe.

La concurrencia se despedía; buscó á su mujer, que se hallaba en una habitación retirada con la señora Frézel, la cual no habia dicho gran cosa.

—¿Estás cansada?—dijo Félix con cierta compunción.

—No, no mucho. ¿Podemos marchar?

—Sí, ciertamente.

Albina abrazó á su madre.

—Saludarás á papá en mi nombre, ¿no es verdad?

Al bajar la escalera, dijo Armor á su mujer:

—¿Estás contenta?

Albina le miró cara á cara; la luz del gas alumbraba de lleno su precioso rostro, algo adelgazado, donde brillaban dos ojos llenos de honor y de verdad.

—¿Que si estoy contenta? ¡Sí!—repuso con firmeza. Armor no dudó lo que habia costado aquel «sí»

Ha llegado el día solemne, el día de la representación. El reloj marca las once y media. En este momento, Lorty acaba el *Canto de Bodas* en medio de atronadores vítores; después el dúo, luego el final, y Lorty revelará al público los nombres de los dos amigos, Desroches y Armor. ¿Pero, quién piensa en Desroches? Su antigua reputación de poeta no está completamente eclipsada por el esplendor de este astro naciente que se llama Armor? Albina, cómodamente recostada sobre su asiento, muy debilitada, percibe con vaguedad todas estas cosas entre el tic tac, medio ahogado del reloj, y el ruido de los chispeantes tizones de la chimenea; en esta fría noche de últimos de Marzo, no ha querido asistir á la representación; ¡su corazón, de un tiempo á esta parte late con tal violencia, siente tan débil la vida del nuevo sér que lleva en sus entrañas! Tuvo miedo de ver estallar su corazón, ó de que se rompiese el hilo que une la existencia del hijo á la de la madre. Ha rehusado la compañía de la señora Frédel, obligándola á que acompañase á su esposo en este glorioso estreno.

¿El éxito? Nadie lo duda. Armor es de los elegidos, uno de esos felices mortales á quienes todo sonríe, que son célebres, por decirlo así, antes de haber producido nada, cuyo nombre está en todas las bocas y resuena en todos los oídos. Lo difícil luego, es conservar honrosamente tal reputación. Pero en este momento, ni Félix ni su mujer se preocupan

del porvenir. Les basta el presente para ocupar su pensamiento.

La habitación estaba tranquila; aquella habitación alta de techo y espaciosa donde los cortinajes caen á lo largo de las ventanas formando majestuosos pliegues. La entabladura blanca, adornada con dorados relieves, despide alegres fulgores durante el día; por la noche, al resplandor de una lámpara, parece alargarse, abriéndose en un cielo indefinido donde Albina no está segura de ver brillar las estrellas. En aquella cámara nupcial, donde jamás el rodar de un coche hizo retemblar los cristales de una araña ó las arandelas sobre el metal de un candelabro, Albina, en su delirio, ve agitarse los robustos miembros de un niño.

El invierno próximo no estará sola: tendrá junto á sí la cuna, blanca todavía y que bien pronto se adornará con cintas rosa ó azul, que han de saludar la llegada de la niña ó del niño. Tendrá, durante las tardes de invierno, esa dulce compañía de la infancia, tan absorbente, tan déspota, que no tolera ni distracciones ni desfallecimientos. ¡Oh! no, ella no encontrará entonces demasiado grande la habitación, como esta noche.

Albina pasó mucho tiempo sola en este invierno. ¡Estaba Félix tan absorto con sus ensayos! Sin embargo, no se ensaya de noche, y á no ser por las visitas de su madre, hubiera pasado también sola la mayor parte de las noches. Pero hay que frecuentar la sociedad, dejarse ver, hacer que los amigos se ocupen de uno, disponer la crítica, conquistar la prensa. Es preciso que el nombre del compositor aparezca con frecuencia en los periódicos; y ¿cómo conseguirlo, no siendo muy galante con aquellos de quienes tales cosas dependen?

Albina era muy razonable, y haciéndose cargo de ello, jamás dejó escapar de sus labios una queja; pero ahora sabe, ó cree saber, cuántos sinsabores tiene la vida de la mujer de un compositor.

Antes de haber renunciado á frecuentar la sociedad

con Félix, pudo apercibirse de la política indiferencia con que la mayor parte de las señoras la acogían, mientras que se apresuraban á rodear á su marido. ¿Qué era ella? Una mujer linda, amable y rica, lo cual ciertamente, no es de desdeñar en una sociedad en que todos esperan ir mucho los unos á casa de los otros; pero ella no era más que una mujer, mientras su marido, no sólo era hombre, sino el hombre de moda.

Casada con otro cualquiera, Albina hubiese atraído sobre sí la atención á causa de su hermosura: el esplendor de la gloria de su esposo la arrojaba en la obscura zona que se ve alrededor de los puntos luminosos. Nunca había tenido demasiada afición á los éxitos de sociedad; pero á veces se decía que, á no ser por la dicha que daba á Félix en la vida íntima, hubiera sido la quinta rueda de su carroza triunfal.

—Todo se arreglará—le decía su madre, que adivinaba sus pensamientos íntimos.

Apenas hablaban, durante las largas visitas que se hacían. Mutuamente ocupadas en alguna obra de aguja, por lo común, alguna pieza perteneciente á la canastilla del espedado infante, gozaban en silencio de la satisfacción de estar juntas. Rara vez era Félix el objeto de sus conversaciones; fiel á los primeros sentimientos de su vida de mujer, Albina guardaba para sí las impresiones de su alma, amaba demasiado á Félix para hablar de él. Pero la madre, cuya ternura reforzaba la penetración, no perdía ni uno de los matices de su vida común, al punto que hubiera podido decir, sin equivocarse, cuál día había estado Armor de mal temple, y cuál otro había reanimado con su alegría el interior, algo sombrío en invierno, de la casa de la isla de San Luis. En los ojos de su hija, en el tono de la voz y en la sonrisa, conocía si el cielo de los recién casados había estado gris ó azul, después de su última entrevista.

—Todo se arreglará—decía la Sra. Frédel, sin que Albina le preguntase á qué respondían estas palabras de consuelo.

Lo que se arreglaría eran los pequeños disgustos, los múltiples choques de la vida en común, exagerados por la nerviosa susceptibilidad de artista que poseía Armor. Sin duda eso se arreglaría. Y luego, cuando el niño hubiese nacido, multitud de cosas que antes atormentaban á Albina, ni siquiera la preocuparían.

El reloj había dado las doce, luego la media... Albina, muy fatigada intentó levantarse de su asiento; pero el esfuerzo era demasiado violento para ella. ¿Llamaría á su doncella? Sin duda esto era fácil; pero hacia dos horas que la había despedido, diciéndole que nada necesitaba. Se acomodó lo mejor que pudo en el sillón, resignándose á esperar.

¿Qué habría experimentado el público oyendo el *Canto de Bodas*? Albina recordaba sus impresiones del día siguiente á su boda, su despertar, el estremecimiento que había recorrido todo su ser á la voz de su marido, bajo el influjo de sus amorosas palabras.

¿Y todo el mundo lo oía! Los hombres... ¿Qué pensarían los hombres? Se sabía que aquel canto había sido hecho para ella... Cubrió con sus manos el encendido rostro, turbada, avergonzada, y sin embargo, orgullosa. Se había sacrificado el día en que Félix hizo público este misterio de su dicha; había sufrido más de lo que él podría nunca imaginarse; pero esto no tenía ya remedio. ¿A qué pensarlo más? Sólo debía pensar ahora en la gloria de la obra y en el triunfo del autor. ¿No lo hubiera sacrificado todo por dar á su esposo un éxito más brillante! ¿Qué importaba, pues, que el *Canto de Bodas* anduviese desde aquel día de boca en boca? Aquello sería para Armor el himno de su apoteosis.

Un sonido vibrante se escapó del reloj. ¿La una? No; la una y media. Nada tenía de extraño que Albina estuviera tan cansada. Sus ojos no querían cerrarse; en vano lo intentaba, un vago molestar, cierta agonía la retenía despierta á su pesar.

— ¡Con tal que nada le haya ocurrido! — pensó. — Han debido cenar en casa de Desroches... ¡Está lejos su casa!

Cada minuto aumentaba su molestar.

— Debo acostarme — se dijo; — no le agradará verme aquí á hora tan avanzada... Debi pensar que cenaría.....

La cena de Félix estaba en el comedor, sobre una mesita fácil de transportar. Ella había hecho preparar algunos manjares fríos de los que su marido prefería, una botella de añejo vino y varias frutas raras de aquella estación.

— Debi pensar... — se repitió la joven, como reprendiéndose por su aturdimiento. ¿Acaso un compositor puede ir á cenar la noche de estreno con su mujer?

— ¡Oh! — exclamó dolorosamente Albina, despechada por lo que llamaba su necedad.

Hizo un supremo esfuerzo, y se puso en pie. Quería acostarse al punto para no ser sorprendida en este flagrante delito de simpleza. Como sus vacilantes piernas apenas la sostenían, se afianzó al respaldo de una silla, dirigiéndose hacia el hecho.

Tenía que pasar por delante de la puerta del salón, á cuyo opuesto ángulo, en el lejano comedor, apercibió, merced al vago resplandor de la lámpara á media luz, la mesa preparada. Puntos luminosos escapados de la cristalería y de la vajilla, brillaban aquí y allá en la oscura sombra. ¡Qué alto era el techo, qué sombras estaban las paredes, y qué sola Albina!

Cerró la puerta.

— El invierno próximo — dijo entre dientes — el niño estará ahí... El aislamiento, la idea del abandono, cayeron repentinamente sobre su fingido valor y lo aniquilaron. Un raudal impetuoso de lágrimas brotó de sus ojos con tal fuerza, que caían sobre el peinador. Se sentó en una silla que halló á mano, y medio ahogada por los sollozos, comenzó á llorar en alta voz como una niña. Toda la amargura de los últimos meses, toda la tristeza de su embarazo abandonado por su esposo, le atormentaban á la vez, como si jamás las

hubiese experimentado, sucumbiendo á carga tan pesada para sus débiles fuerzas.

De repente oyó ruido en el recibimiento, se abrió la puerta, y Félix entro en la alcoba.

Albina levantose azorada; pero no sin que él tuviese tiempo de observar su postración.

— ¿Qué ocurre? — dijo bruscamente.

— ¡Es tan tarde!

— ¿Tarde? ¡Las dos! ¡Un día de estreno! ¡No era cosa de dejar á mis amigos!

— Temí que te hubiera ocurrido algo, — dijo Albina.

Por un esfuerzo sobrehumano, apareció tranquila.

— ¿Y la representación?

— ¡Un éxito loco! todo ha marchado perfectamente....

Y el *Canto de Bodas*, ¡ah, el *Canto de Bodas* era cantado en los boulevares á la salida! Felizmente, me he reservado el derecho de propiedad. ¡Nada, una mina de oro!

Estaba febril y hablaba muy de prisa. Su arrugada pechera le daba cierto aire de desaliño que no agradó á Albina.

— No me has abrazado — le dijo con ternura.

Entonces la dió un estrecho abrazo.

— ¡Ea! — dijo soltándola, — ¿Estás contenta?

Albina experimentada una extraña impresión, cual si el hombre que tenía delante no fuese Armor; tan diferente lo hallaba.

— ¿Qué hacías en esta silla? — replicó mirando en derredor, y por qué no te has acostado? Aquí hay una atmósfera muy cargada. Y dirigiéndose hacia la ventana, descorrió los cortinas, la abrió de par en par, respirando con ansia el ambiente helado de la madrugada. Su mujer le miraba.

— ¡Ah! — exclamó — esto consuela al menos.

Impresionada por el frío, Albina tosió. Félix cerró la ventana de mal modo, después la puerta, y volvió junto á la chimenea.

De un puntapie esparció los tizones é hizo brotar un resto de llama.

—¡Vamos— dijo— no irias á constiparte por tan poca cosa! ¡Aunque viviendo encerrada como un caracol no es extraño que te resiries por nada!

En su febril actividad se paseaba automáticamente por el salón.

—¿Y los artistas?— preguntó su mujer —siempre con igual dulzura.

—¿Los artistas?— muy bien, Lorty admirablemente. Todo ha marchado á maravilla.

Armor comenzó á desnudarse, sin pensar en Albina.

—¿Por qué no te has acostado? ¿vas á permanecer en pie toda la noche?

—¡Le han embriagado! pensó Albina aterrada.

No en razón á que le temiese, sino ante la idea de que su marido, su ídolo, pudiera haberse dejado arrastrar hasta la embriaguez, sufrió un desencanto espantoso en sus sentimientos de muchacha educada con esmero.

—¿Vienes?— dijo Armor acomodándose en el lecho con cierta expresión beatífica.

—Al instante; pero tengo que arreglar muchas cosas aún; ¡duerme!....

Murmuró dos ó tres palabras; luego, cediendo á la fatiga, quedó dormido.

Albina permaneció inmóvil á los pies de la cama, mirando con los ojos desmesuradamente abiertos, á su marido. Estaba hermoso, pero la expresión de su rostro no era lo que ella había amado en otro tiempo; en el abandono de su casi embriaguez, el aspecto sensual de su fisonomía se acentuaba demasiado.

—¡Esposo mio, mi querido esposo!— dijo á media voz Albina juntando las manos.

Ya no era este el grito de la adoración triunfante, sino el de la más profunda lástima.

Las lágrimas retenidas un tiempo, brotaron con más

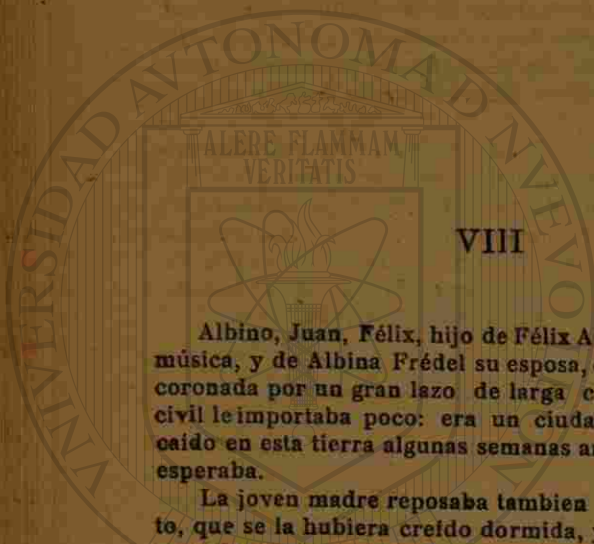
uerza; apoyada en los hierros de la cama, le miraba sollozando. Aquella noche llevaba entre sus garras parte de la existencia de Albina, de su dichosa vida algo se había escapado para no volver más, lo comprendía, y por eso lloraba.

Un movimiento sentido en su seno le recordó de pronto todos los goces que aún debía esperar, y todos los deberes que la quedaban por cumplir. ¡Había olvidado al niño, á su compañero, á su amigo, á su hijo, en una palabra! Dió vuelta al lecho, y por el lado contrario, sin rozar siquiera á Félix que dormía, se acostó bajo el mismo abrigo, y sin embargo, tan lejos de él aquella noche, como si el Océano les separase.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

SISTEMA GENERAL DE BIBLIOTECAS



Albino, Juan, Félix, hijo de Félix Armor, compositor de música, y de Albina Frédel su esposa, dormía en su cuna, coronada por un gran lazo de larga cinta azul. Su estado civil le importaba poco: era un ciudadano del empireo, caído en esta tierra algunas semanas antes de lo que se le esperaba.

La joven madre reposaba también muy tranquila, tanto, que se la hubiera creído dormida, y, en la sombra proyectada por la pantalla, murmuraba muy bajito, sin que el eco traspasara sus entreabiertos labios:

—¡Juanito mío, hermoso de mi vida, hijo mío!

Dejó escapar un débil suspiro. La Sra. Frédel se levantó ligera de la butaca en donde dormitaba, gracias á la calma de aquel cuarto, tan lleno de agitación poco antes.

—¿Quieres algo? preguntó con una voz llena de ternura y de ansiedad.

Albina posó en ella una mirada suplicante, que envolvió terribles cuestiones y mudas agonias; la pobre mujer no pudo menos de estremecerse.

—Quisiera vivir—dijo lentamente Albina—para que mi hijo no quede huérfano.

—¡Y vivirás!—respondió la señora Frédel con acento de profunda convicción. (Quizás era esta la primera vez que mentía en su vida con tanto aplomo)—¡Vivirás ciertamen-

te! Dentro de dos ó tres días estarás buena, el médico lo dice.

Albina, siempre inmóvil, sus manos de cera extendidas sobre la blanca sábana, continuó con la misma voz debilitada, casi imperceptible:

— Si yo no viviera, le llevarías contigo para educarle. ¿No es cierto, mamá, di?

Insistió sobre la palabra *di*; este pequeño esfuerzo la dejó sin habla y sin aliento. Su madre le humedeció la frente con agua de colonia y le hizo respirar un cordial. Albina abrió de nuevo los ojos, y dirigió á su madre la misma suplicante mirada.

—Te lo prometo—dijo sencillamente.—¡Duerme!

Albina cerró los ojos. Sería, en efecto, bien triste dejar la vida en el instante mismo en que un hijo nos une á ella tan fuertemente; pero si mamá tomaba bajo su custodia al niño, el mal no sería muy grande. Un dulce entorpecimiento de sus miembros se apoderaba de ella, y por fin, el sueño bienhechor cortó el hilo de sus reflexiones.

Habiendo salido antes de las diez de la mañana, Armor estaba lejos de suponer lo que había pasado en su casa. Después del medio día fueron á preguntar por él á casa de Desroches, donde debía encontrarse almorzando, según dejó dicho al salir; pero Desroches no le había visto. Demasiado prudente para descubrir á nadie, el poeta dió una explicación cualquiera al criado; y él mismo fué en busca de su colaborador.

Desroches no olvidó jamás aquel día de Abril, pesado y sofocante. Fastidiado desde luego por tener que correr tras el imprudente Armor, que al urdir su escapada olvidó prevenirle el papel que hacía representar, á medida que el día avanzaba ponase más inquieto y aún furioso. Había ido por todas partes donde creía verosímil encontrar al músico; á medida que se agrandaba el círculo de sus investigaciones, su imaginación sobreexcitada le inspiraba caminos absurdos

y ridículos. Había tropezado con cría los burlones y con crías descaradas.

Por fin, á eso de las seis, después de haber agotado la lista, tanto de los amigos de Armor como de las mujeres en cuyas casas había tenido alguna probabilidad de encontrarle; en el momento que, perplejo, aburrido hasta más no poder, permanecía en la puerta de donde acababa de salir, buscando en su memoria una dirección nueva que dar al cochero, un nombre estalló en su cerebro, como una detonación.

—¡Ah, la buscona!—dijo casi en voz alta.—Y que no haya yo pensado en ella!

Dió las señas de la Sra. Berrioz y montó en el coche.

La Berrioz había salido á las once con un caballero que fué á buscarla.

—Muy bien—dijo Desroches.—Cuando ese señor vuelva, le dará usted esto; ¿sabe usted su nombre?

El portero le miró sin responder, con aire suspicaz.

Desroches sacó de su cartera uno de los sobres que llevaba siempre dispuestos, é introdujo una tarjeta, en la cual acababa de escribir con lápiz: «Desde el mediodía tu mujer está muriéndose.» Miró la hora en su reloj, la escribió exactamente, puso sus iniciales, cerró el sobre y se lo entregó al portero.

—No pone el nombre?—hizo observar aquél.

—Eso no le hace. Es para el caballero de esta mañana; si usted sabe su nombre, póngalo usted mismo. Hé aquí un duro por la comisión. Desroches subió de nuevo al carruaje, se hizo conducir á su casa, y permaneció durante cinco minutos con la cabeza reclinada sobre los almohadones de su diván, preguntándose qué haría; por último, se le ocurrió la idea de enviar á saber de Albina sin presentarse él mismo; y así fué cómo supo el nacimiento de Juan, al propio tiempo que Albina vivía aún, y que Félix no había vuelto.

Cuando Armor saltó del coche para ayudar á bajarse á la Berrioz, estaba en el estado de ánimo en que se encuen-

tra quien ha cometido una sandez. La entrevista de aquella tarde, de la cual se había prometido tantos placeres, no le dió ninguno, después de dos ó tres meses que hubo vencido la débil resistencia de la cantante, pudo asegurarse que ni era buena ni tenía un espíritu elevado. Lo que le había atraído hacia ella, era más bien cierta perversidad culta que una atracción, ni siquiera material. Le hubiera causado asombro oír decir que era él el seducido, y, sin embargo, nada más exacto.

En el misterio de las entrevistas furtivas, en los pocos recordamientos que agitaban el corazón de Armor, infiel por vez primera á la mujer con quien se había casado, existía cierta apariencia de amor, suficiente para que el joven hubiera podido engañarse, con alguna buena voluntad. Pero en el largo día de un almuerzo campestre, la mesa de la posada, la claridad viva del sol á través de las verdes hojas, el grosero mantel, los toscos vasos de vino, todos estos detalles, encantadores cuando se está enamorado, le habían impresionado malamente á causa de su áspera disonancia, con el atavío demasiado charro y los bastos perfumes de la Berrioz.

Allí se le había mostrado tal cual era, llena de afeites, con un cinismo disfrazado de franqueza, con instintos de mujerzuela hipócritamente disfrazada de señora, y el disgusto se apoderó de él antes de que llegase la hora de conducirla á su casa.

Ella también, cansada de su capricho, le halló fatuo con sus cabellos de oro, necio con su presunción de artista, y fastidioso con su eterna preocupación de sí mismo y de su obra. Un día entero, hay que confesarlo, era demasiado. No se deben aventurar tales riesgos.

Estában, pues, abrumados el uno del otro, cuando Félix recibió de manos del portero el lacónico billete de Desroches.

—Dispéñeme usted—dijo después de haberlo abierto,

en tanto que la sangre se le agolpaba á la cabeza. Negocio urgente.

ó La saludó con el sombrero y subió al carruaje dando órdenes al cochero.

—¿Qué hay?—dijo la Berrioz con ademán altivo, juzgando poco política esta manera de despedirse.

—Cuestión de vida ó de muerte—le dijo por la ventanilla en el momento de partir el coche.

Ella le miró alejarse un instante, luego se encogió de hombros y entró en su casa.

IX

Había bastante distancia desde la avenida de Villiers hasta el fin de la isla de San Luis; otro que Félix, hubiera agotado todos los matices del remordimiento mientras que el carruaje le conducía. El joven compositor sólo experimentaba cólera é impaciencia.

Encontraba estúpido haber elegido para su paseo campestre un momento en que su mujer podía estar en peligro. Se acordaba de que la vispera se hallaba silenciosa y triste; pero había atribuido su silencio á algún pequeño enojo.

Nadie sabe con qué facilidad se persuade un marido de que su mujer se enoja sin razón, precisamente cuando oculta un pesar profundo y á menudo irremediable. ¡Es tan cómodo achacar á defectos de carácter el dolor de las heridas que uno causa con ligereza, por egoísmo inconsciente!

Albina no era de las que menos número de heridas de esta clase pueden contar; pero nunca mostraba resentimiento. En los primeros tiempos de su matrimonio, cuando Armor había traspasado el límite que se puede permitir en cuestión de mal humor en la vida ordinaria, volvía en sí, chancéandose un poco para ocultar su embarazo. Acogido siempre con tierna sonrisa y afables palabras, había concluido por imaginarse que su mujer no paraba mientes en tales pequñeces, y poco á poco había dejado de disculparse.

—Cada cual tiene sus defectos,—pensaba alentándose en

esta idea;—Albina misma, ¿no tenía los suyos? Tendencia algo romántica, disposición á preocuparse de él, de lo que hacía, de dónde iba, de quién se encontraba.... Félix había querido ver en ello el deseo de mezclarse demasiado en su vida.

Al casarse, amaba con sinceridad y por completo á su mujer; pero nunca se había preguntado si la amaría siempre y si á nadie amaría más que á ella. Semejante pregunta le hubiera parecido enteramente indiscreta: ¿á qué atormentarse por lo venidero, cuando tantas cosas imprevisitas, buenas ó malas, vienen á cruzarse en nuestros más firmes propósitos? Armor era de los que viven al día, salvo en aquello que se relacionaba con su obra, por la cual estaba celosamente apasionado.

Volvió, pues, á casa furioso contra todo el mundo, y aun consigo mismo. Si Albina se sentía mal, ¿por qué le había dejado marchar aquella mañana? ¿No podía hablarle francamente y decirle que su presencia era indispensable en la casa? ¿El mal no sobreviene tan repentino! ¿Se había encontrado en peligro su vida en dos horas? ¿Siempre tan disimulada y misteriosa! Había observado en ella más de una vez silencios que no presagiaban nada bueno.... Olvidaba, involuntariamente ó no, la ansiosa pregunta hecha á las nueve y media de la mañana por Albina, acostada aún cuando él había venido á buscar el reloj y el dinero para marcharse.

—¿Es indispensable ese almuerzo, amigo mío? ¿No podrías dejarlo para otro día?

Félix había contestado con dureza algunas palabras que pusieron término á la discusión. Hostigado por el incentivo de la cita, no pudo observar ni el abatimiento de su mujer, ni la manera como le dijo:

—Voy á mandar llamar á mamá.

Antes bien, se alegró pensando en aquella señora Frédel, siempre dispuesta á reemplazarle cuando se ausentaba por el día. ¡Jamás vió suegra tan complaciente! Y se fué en-

cantado, abrazando con ternura á su mujer, pues la amaba tanto, que si hubiera sido necesario volverse á unir á ella, lo habría hecho. ¿Por ventura no fastidian todas las mujeres más ó menos con el tiempo? Albina no le fastidiaba todavía tanto como cualquiera de las mujeres que había conocido. Pudiera decirse que jamás encontró alguna tal dulce é inteligente.

Volvió á casa desatinado, cual si le persiguiese una legión de mosquitos. ¡Con tal que el niño viviera!.....

Otro pensamiento se deslizó en la mente del compositor. ¡Con tal de que todo hubiese terminado sin tener necesidad de presenciar torturas que no había de poder remediar....

Abrió con su llave precipitadamente, cual si fuese un ladrón. Ningún ruido se percibía en la casa, que parecía estar desierta.... Titubeó un momento, antes de pasar en puntitas al salón.... Allí, tampoco nada. Prestó atención hacia la alcoba, y sólo percibió esos ruidos inapreciables que se sienten de noche.

Una sombra pasó delante de él como visión infernal y se le erizaron los cabellos. ¿Se habría muerto sin abrazarle?

Entonces comprendió que amaba sinceramente á aquella mujer con quien se había casado no hacía dos años aún. ¡Qué abismo entre aquella noche de Junio tan embriagadora, y este día de Abril lleno de terror y de silencio!

No pudiendo esperar más, abrió la puerta del cuarto sin hacer ruido, y en la penumbra del dosel vió en su presencia la faz trágica y descolorida de su mujer que tenía los ojos cerrados.

La señora Frédel se levantó bruscamente, mirándole de un modo extraño para él. Más que aquella madre complaciente, parecía un juez inexorable.

Mudo de terror permaneció enclavado junto á la puerta, cuando un vagido ligero, entre conmovedor y cómico,

partió de la cuna en que no había reparado. Al mismo tiempo Albina abrió los ojos y le miró.

Atravesó la habitación sin tropezar en los desarreglados muebles, y se puso de rodillas junto á su mujer murmurando:

¡Perdón!

Albina quiso levantar la mano, pero no pudo. Dulcemente, y con una voz más tenue que un suspiro dijo:

—Bésame.

Félix se levantó y posó en la frente de Albina un respetuoso beso. Ella cerró los ojos y dijo:

—Un niño.

La señora Frédel llamó á Félix la atención tocándole en el brazo, y le indicó la cuna en que su hijo dormía. Su hijo, el pequeñuelo arrugado, rojo ... No era hermoso, pero al cabo era varón.

—Vivirá —dijo en voz baja la señora Frédel. —Los ojos de Armor interrogaron á los de su suegra, expresando las palabras que no se atrevía á pronunciar:

—¿Y ella?

La señora Frédel hizo con gravedad un signo afirmativo. Luego, mirando á su hija que había vuelto á cerrar los ojos con una expresión más dulce y tranquila, dijo á Armor:

—Ven.

La siguió hasta la sala; entornó la puerta, y fijando los ojos en el lecho, que desde allí se veía, habló en voz baja con gravedad, pero sin cólera.

—Está en peligro desde el medio día. Yo estuve presente. Pean y Verneuil la han asistido. Creo que la salvarán. El niño vivirá probablemente. Es de ocho meses poco más ó menos. Los médicos volverán esta noche. Le darán de comer. Sobre todo, ninguna emoción, ni ningún ruido. Mi marido va á venir con la nodriza.

Le hizo otra seña con la cabeza, penetrando en la habitación, cerrando la puerta tras sí. Armor quedó helado de espanto.

¿Era su suegra aquella mujer anciana que le hablaba como á un extraño, y de la cual no reconocía ni el semblante ni la voz, ni los modales? ¿Sería víctima de una monstruosa pesadilla?

La habitación próxima había vuelto á quedar sumida en el más profundo silencio, y sus oídos se llenaban nuevamente de extraños ruidos; las sombras de la noche caían sobre el jardín, oscureciendo los ángulos del salón ...

—¡Qué diablo! —dijo Armor — ¡Soy un hombre, veamos!

Hubiera querido que sus pasos resonasen, dar pruebas de existencia, romper algo para oír ruido ...

Sintió deseos vehementísimos de echar á correr huyendo hasta encontrarse con las luces y el tumulto de la población.

Dió un paso más y vió una luz en el comedor, cuya puerta estaba abierta. Penetró allí y miró con asombro á una criada que en aquel momento ponía el cubierto sobre la mesa.

—¿Quién es usted? —le preguntó.

—La doncella de la señora Frédel —respondió la muchacha. —¿No me conoce el señorito?

Félix hizo un signo indefinible con la cabeza.

No reconocía nada, ni aun á sí mismo. Un extraño ruido se percibió en el recibimiento; era el timbre, cubierto con un trapo para disminuir la fuerza de su sonido. La joven corrió á abrir, seguida de Félix.

El señor Frédel entró acompañado de una mujer. Al ver á su yerno le tendió la mano, y Armor, conmovido, se abrazó á él. Verdaderamente tenía necesidad [de dar una muestra de simpatía. Con eso, siquiera podrían explicarse.

Pero el momento oportuno aún no había llegado. El señor Frédel cambió en voz baja algunas palabras con la doncella de Albina, que apareció á la puerta del tocador, y la nodriza entró por fin en aquella pieza para no volver á salir. Pasado un largo rato la doméstica apareció de nuevo diciendo:

— La señora cree que todo irá bien, y me encarga le dé á usted las gracias.

Frédel se dirigió hacia su yerno, y resumiendo todo su pensamiento, dijo:

— No habrá sido sin trabajo. ¡siempre! ... ¿Y dónde estabas tú, que acabas de llegar, según me han dicho?

Habían entrado en el comedor, adonde el criado trafa la humeante sopera.

En aquella tibia atmósfera, en medio del ordinario bienestar, Armor se repuso é hizo los honores de la casa.

Después de librarse de toda sorpresa mediante la prudente pregunta: ¿No le ha dicho á usted nada Desroches? inventó sin demora una historia bastante plausible.

Lorty estaba mal de la garganta—lo cual era verdad—se temía tener que interrumpir las representaciones de la *Reina Aurora*. En el boulevard había encontrado á un amigo que le habló de un tenor notable, aunque solamente conocido en provincias; se puso en su busca yendo á Maison-Laffitte, donde perdió el día buscando unas señas inseguras ... ¡Qué desgracia en tal circunstancia!

El señor Frédel escuchaba distraído, como hombre preocupado, mas Félix pudo comprender que la historia no le parecía inverosímil, y que su preocupación reconocía otra causa. Por sacarle de ella le interrogó á su vez, y se hizo contar todos los detalles de aquel terrible día. ¡Albina era bien constituida, no había ninguna lesión grave que temer, pero estaba tan débil y había sufrido tanto! Su vida pendía de un hilo.

— Ha sido también una verdadera desgracia, que no se te haya pedido encontrar! Hasta las dos no ha cesado de preguntar por tí, diciendo: «¿Y mi marido?» con una voz que nos partía el corazón. Después no ha preguntado ya nada... estaba como muerta. El pequeño ha nacido á las cuatro.

Armor escuchaba: las dos, las cuatro... Precisamente cuando se paseaba á orillas del Sena con aquella mujer lla-

mativa, escualida, casi perversa, cuyas miras estrechas y personalísimas no podían menos de irritarle, pues aunque egoísta, detestaba á los que lo eran. Y tué por estar con aquella criatura por lo que había dejado que Albina estuviese llamándole dos horas ... «Después no ha preguntado ya nada...» Pero sentía, pensaba. ¿Qué habría pensado de él? ¡Oh, cuánto hubiese deseado poder ir á pedirle perdón, á escucharle que le amaba siempre, que no le guardaba rencor.

Los dos hombres habían quedado silenciosos, uno frente á otro, absortos en sus meditaciones. Félix deseaba alguna distracción: aquel silencio y aquella inmovilidad le pesaban cual montañas, y sin embargo, por nada del mundo hubiera propuesto á su suegro que pasase al salón.

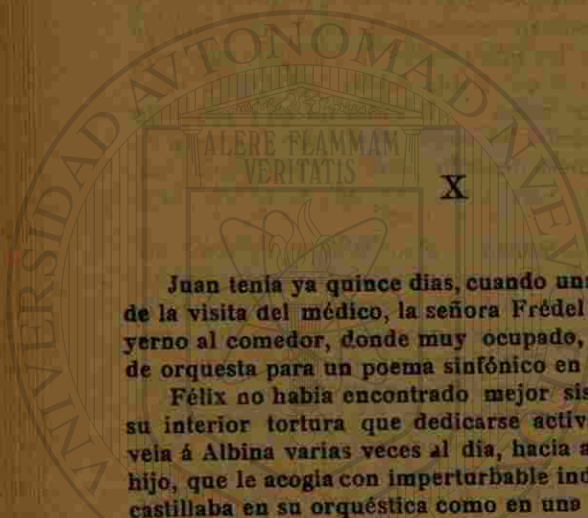
Los médicos llegaron por fin; penetraron en el cuarto de Albina con impenetrable aspecto, y sólo permanecieron un instante. Su opinión era tranquilizadora, salvo la terrible debilidad, contra la cual apenas podían hacer otra cosa que ayudar á la naturaleza, si es que ésta quierda poner algo de su parte.

— Conozco eso—dijo entre dientes Frédel, cuando la puerta se cerró tras de aquellos;—esperar y tener paciencia, tener paciencia y esperar... y decir que ni con dinero ni con trabajo... Volvió las bocamangas de su levita extendiendo las manos con un antiguo gesto de obrero, y masculló un juramento. Luego dirigiéndose á Armor:

— Quisiera uno romper algo en su satánica rutina á ver si después esto iba mejor... Hacer sufrir á las mujeres, ¡hermosa invección! ¡Qué ruin es la naturaleza!

Miró á Félix con aire de reto, y viendo en su semblante que éste no tenía ganas de contradecirle, le apretó las manos casi triturándoselas, mientras decía:

— ¡Pobre chica!



Juan tenía ya quince días, cuando una mañana, después de la visita del médico, la señora Frédel fué á buscar á su yerno al comedor, donde muy ocupado, recopilaba partes de orquesta para un poema sinfónico en que trabajaba.

Félix no había encontrado mejor sistema de combatir su interior tortura que dedicarse activamente al trabajo; veía á Albina varias veces al día, hacía algunas visitas á su hijo, que le acogía con imperturbable indiferencia, y se encastillaba en su orquestrica como en una fortaleza.

Salía á eso de las cuatro, volvía á las siete, comía con su suegro y á veces con su suegra, y hal'aba de esta suerte miserable su existencia. Comprendía, sin embargo, quedadas las circunstancias, cualquier otro modo de vivir sería inconveniente, y tascaba el freno en silencio.

No había vuelto á ver á la Berrioz, que por su parte tampoco dió señales de vida. Por Desroches y por la prensa supo ella el nacimiento del niño.

—Yerno—dijo la señora Frédel.

Otras veces le había llamado Félix; el compositor vió en este cambio el rompimiento de las hostilidades y la miró con aire agresivo.

—Yerno—replicó la madre de Albina;—no tengo intención de promover un escándalo, siendo completamente inútil que nos digamos cosas desagradables; pero es necesario que oigas lo que tengo que decirte.

Había tomado un tono de autoridad muy diferente de su ordinario afecto. La antigua hija del pueblo reaparecía con su sencillez de lenguaje un tanto brusco, enemiga de los largos rodeos que ordena la cortés adquirida.

—Sé dónde has pasado el día en que mi hija estaba moribunda; ese día y muchos otros....

—¿Ha hecho usted que me espíen?—interrumpió Félix con tono burlón.

Ella hizo con la cabeza un signo negativo.

—¡No merecía la pena, te ocultabas tan poco! Por lo demás, se sabe cuanto se desea saber con sólo proponerse, y á veces se llega á saber más de lo que se quiere. En una palabra, sé...

—¡Todo!—interrumpió su yerno con el mismo tono de burla.

—No me incomode usted, señor Armor—replicó la madre de Albina con calma—y evite los malos modos. Lo sé todo, en efecto; pero lo que le parecerá á usted más extraño, es, que ni mi hija ni mi marido saben nada, porque no deben saberlo. Mi hija, porque sucumbiría; y en cuanto á mi marido, nada le he dicho porque le rompería á usted la cabeza.

—¿Y me la romperá si vuelvo á las andadas?—preguntó Armor irónicamente.

—Mientras Albina viva, no; pero si llega á morir no respondo de nada.

—¡Ya estoy advertido!—exclamó Félix—¡emprende usted mal camino para hacer de mí un buen marido, señora! Tengo mala cabeza, ya lo sabe usted.

—Ya está usted advertido, es cuanto tenía que decirle.

—¡Vaya una escena original!—dijo Armor pugnando por reír; en las tragedias se maldice, pero esto ni siquiera ¡es una comedia.

—Caballero—repuso la señora Frédel irguiéndose con una dignidad natural, que extinguió la risa en los labios de su yerno;—no somos personas del gran mundo, sino

obreros enriquecidos; pero usted ha encontrado á nuestra hija buena para casarse con ella y á nuestro dinero bastante honradamente ganado para ir con nuestra hija. Debe usted pues, respetarnos, porque si usted me falta, no soy yo la perjudicada, sino usted mismo.

Armor bajó la cabeza mordiéndose el bigote. No era realmente malo, sino muy egoísta.

—Queremos á nuestra hija, caballero;— y su voz, ante⁵ fuerte, temblaba entonces.—La queremos mucho más que vd.

Félix quiso interrumpirla pero ella le miró y tuvo que callarse.

—Sólo la queremos á ella, y suplico á vd. que nunca le hable de esta aventura. Pero si algún día supiese por cualquiera algo que pudiera herirla. . . . tendríamos el divorcio. volvería á nuestra casa con su hijo.

—¡Me gusta!— exclamó Félix.

—Volverá á nuestro lado con ó sin divorcio cuando quiera— repitió tranquilamente la señora Frédel— y todo el mundo le dará la razón. Si usted la quiere procure que se encuentre bien aquí; yo no se lo he de impedir, lo juro. Ya está fuera de peligro; vd. es quien debe evitar cualquier recaída. Ahora bien, es preciso que ignore lo que le he dicho á vd. y lo que vd. me ha respondido, pues quiere mucho á su madre, y le guardaría rencor, lo cual me asusta.

La señora Frédel se fué al cuarto de Albina. Armor, vencido, desechado, cogió el sombrero y salió á pasear su mal humor. A cosa de las cinco, en lo alto de la calle de Taitbout, encontró á Desroches que le tomó del brazo conduciéndole hasta el boulevard Haussmann. Hacía quince días que no se habían visto.

—¡Vamos, Félix—dijo Desroches—ya sabes que no soy un puritano, pero qué diablo!

—¡Ah! ¿vas tú también á aburrirme?— repuso el músico; bastante he aguantado de mi suegra . . .

—No sé lo que habrá podido decirte tu suegra; pero lo que yo tengo que reprocharte es no haberte sabido conducir de modo que tu mujer no llegase á saber nada. . . . Tu aventura corre por todo París y no faltará algún alma caritativa que se encargue de contársela.

—¿Y qué quieres que le haga?—dijo Armor con aspereza, tratando de evadirse; pero Desroches estrechó su brazo.

—¿Tienes una mujer deliciosa y vas á perder la vergüenza con ese penco de la Berrioz?—continuó el poeta.

—¡Tú eres quien me ha presentado!—interrumpió Félix.

—¡Pero no es para engañar á tu mujer con ella!—respondió Desroches.—Ya conoces mis opiniones. ¡Yo respeto el hogar! Sí, puedes reírte, pero me es lo mismo. Respeto á las mujeres virtuosas, felices, confiadas; y la tuya. . . . ¡la tuya me da lástima! ¡A los dos años! . . .

—¿Has concluido?—dijo reposadamente Félix deteniéndose.

—Sí, he concluido; es decir, no, tengo que decirte una palabra. ¿Has abandonado á tu mujer? Pues ten cuidado, no encuentre quien la conste. Buenas tardes.

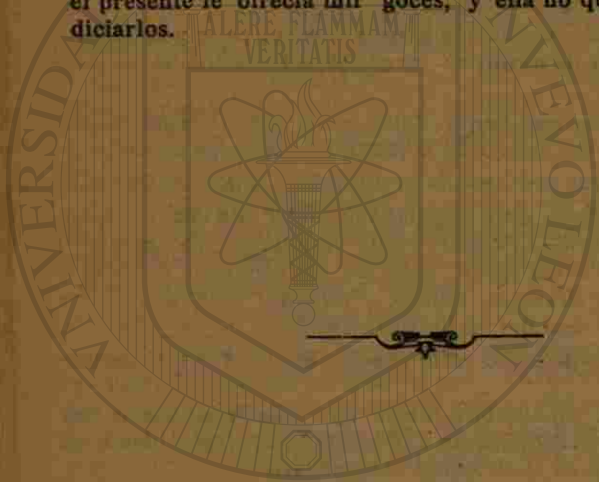
Armor quedó como clavado en tierra: ¡no había pensado en eso! Luego, haciendo un gesto deliberado:

—¿Albina?—se dijo.—¡No tengo nada que temer! Pobre muchacha, es demasiado prudente, . . .

Sin embargo, el resultado de esta doble reprimenda le hizo reflexionar. Amaba todavía bastante á su mujer para hacerse ilusiones sobre sus propios sentimientos, y además, ¡estaba tan linda, tan conmovedora con su palidez y su ternura de joven madre.

Comenzó un nuevo aprendizaje de joven marido para con su Albina y supo lo encantador que era hacerse perdonar, no la infidelidad, que esto ignoraba su mujer, sino la negligencia con que tanto le había hecho sufrir.

Con los templados días de Mayo, con la frescura de las nuevas hojas, con el nacimiento de las rosas en las canastillas del jardín, Albina se sentía animada de otra vida. No volvió á recordar el pasado más que como un vago sueño, el presente le ofrecía mil gozes, y ella no quería desperdiciarlos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE

XI

Cuando una joven vuelve á entrar en sociedad después de la consagración de la maternidad, parece ocupar o posición en medio de sus amigas que la reciben con mayor simpatía, y le guardan mil consideraciones, estableciéndose entre ella y las demás la masonería de las madres, cuyo inagotable asunto de conversación es el niño. La esposa de Félix Armor experimentó todo esto en mayor grado de lo que esperaba. Su aparición en las tertulias de sus amigas fué saludada con sentidas frases y delicadas atenciones, que agradeció sobremanera, pues lo que le había faltado hasta entonces en sociedad era un poco de calor en los cumplidos que recibía: alentada de esta suerte, se atrevió á mostrarse tal como era, y pocos la conocían: espiritual á veces, inteligente y buena siempre.

Fué la mujer de moda en aquel invierno, la que todo el mundo visitaba y quería tener en sus reuniones ó á su mesa.

Armor se sintió orgulloso de semejante éxito, así como de la belleza de su mujer, realzada por el reflejo de la felicidad que en ella se revelaba; estuvo mejor dispuesto á mostrarse amable, y una nueva luna de miel brilló en su casa.

La benevolencia de Félix acaso se hubiera nublado conociendo una de las causas del favor tributado á su esposa.

El misterio de la trágica jornada que había señalado el nacimiento de Juanito era del dominio público. ¿Quién lo divulgó? Nunca se sabe cómo tales cosas se descubren; aquél que se creía único depositario de un secreto peligroso permanece en silencio para descubrirlo por un exceso de sabias precauciones.

Buena parte del interés tributado á la mujer de Armor procedía de conocerse por todo el contraste entre el peligro que ella y su hijo habían corrido y el asuato en que Félix se ocupó aquel día.

Junito iba creciendo. Era un niño delicioso, algo débil aún, pero de una belleza inmaterial, que encantaba á su madre, mientras las amigas cambiaban entre sí á espaldas de ella miradas llenas de compasión.

Hay niños que parecen nacidos para morir, no enseguida, sino después de haber resumido en una florecencia cortísima todos los goces que pueden procurarse tan pequeños. Juan era uno de ellos. Apenas tenía algunas semanas, cuando ya conocía á su madre y le sonreía. A los seis meses reía á carcajadas, intentando palmotear con sus manitas cuando veía que su padre se acercaba.

La inmaterialidad de Juan no estaba en la transparencia de su color ni en la delicadeza de su cutiz; residía en su mirada inteligente, en las revelaciones de su sonrisa, en el cariñoso llamamiento de sus manitas extendidas y en la indelible triteza que se apoderaba de su infantil fisonomía cuando era llevado lejos de su madre. Casi nunca lloraba, pero cuando lo hacía, no eran gritos, sino ahogados sollozos lo que dejaba escapar su pecho, sacudido por el dolor como el de un hombre.

A medida que crecía, este aspecto personal, tan diferente de la vulgaridad de todos los niños, se acentuó cada vez más. A los dieciocho meses Juan Armor era alguien con quien su madre podía ya hacerse entender.

Albina le adoraba, esta pasión la absorbía por completo; sin duda que amaba tiernamente á su marido, pero según

Juanito avanzaba en edad, era más y más su constante preocupacion.

El temor de una muerte precoz la perseguía á todas horas.

—Es demasiado hermoso para que se logre—decía, mirándole con los ojos arrasados en lágrimas.

De noche permanecía inmóvil ante la cuna espionando su débil respiración, cual si temiese que aquel tierno espíritu pudiera escaparse sin apercibirlo. Se inclinaba temerosa por entre las cortinas. Juan dormía tranquilamente. Entonces tocaba su cerrada manita, y sintiéndola templada, se tranquilizaba.

Tales son las angustias que afloran profundamente el amor en el corazón de las madres. Juan, desde que le habían destetado, tenía la costumbre de ver á su madre sobre él cuando despertaba.

Costó algún trabajo separarle del seno de la nodriza, por la cual sólo sentía, no obstante, una afección relativa, pues amaba instintivamente á su madre por encima de todo. Aprovechando la ocasión de haber estado malo, fué como Albina le llevó á su habitación.

Tentado de murmurar en un principio, Félix no dijo nada, sin embargo. En efecto, un niño que no lloraba podía apenas incomodarle. Lo que le fastidiaba sobre todo era la lamparilla en el cuarto, sombrío hasta entonces; pero como tenía buen dormir, se acostumbró pronto. Además, iban á salir para Etrepat, donde podía arreglar su vida de otro modo.

Excitábale, cuando por casualidad despertaba, ver á Albina en pie junto á la cuna, ó sentada en la butaca, teniendo en brazos al niño, enteramente despierto, pero callado. La idea de hallarse muy á sus anchas en tanto que su mujer pasaba tan malas noches, le ponía de mal humor.

—¿Qué! ¿No puede dormir en su cama ese chico?—preguntó más de una vez de mal talante. Albina le respondía

con una sonrisa y posaba un dedo sobre sus labios. El niño volvía la cabeza rápidamente diciendo con voz clara:

—¡Papá!

¿Qué responder á semejante lenguaje? Armor se callaba y reanudaba su interrumpido sueño.

En aquellas largas noches de silencio que ambos pasaban desvelados, el uno contra el corazón del otro, solos, por decirlo así, en la inmensidad que parecía rodearlos más allá de la cerrada habitación, Albina y su hijo se amaron entrañablemente.

Habíanse posesionado uno de otro mediante ese amor peligroso que anula á los demás. La madre amaba quizás demasiado á su hijo, pero este amaba seguramente demasiado á su madre, pues llegó á no poder vivir un instante sin ella. Diríase que arrancado antes y con antes del seno materno, se asía á él fuertemente para recuperar las semanas de vida interior que le habían sido robadas y que le faltaban siempre.

En Entretat hallaron una vida más apacible; reserváronse para sí el cuarto del balcón por donde Félix había subido al venir de casa de Desroches, y el padre tomó otro cuarto.

Fé un estío delicioso. Juan se tendía sobre el césped como una flor de invernadero expuesta al sol, y que adquiere de improviso fuerza y color, sin perder nada de su delicadísimo encanto. Su padre estaba orgulloso, porque era el niño mimado, la maravilla de la playa, y su cotidiana aparición trataba en derredor suyo á todas las mujeres jóvenes ó viejas; las muchachas estaban locas por él, y al cogerle, tenían modales de mamás enteramente cómicos.

¡Feliz Armor! ¡Todo le sonreía! ¡Primero él mismo, luego su música! Su mujer y su hijo venían á completar la triunfal guirnalda que ceñía su cabeza. ¡Feliz Armor! Trabajaba, además, con ardor y se conducía de modo ejemplarísimo.

¿Se sabe cómo el diablo se desliza en una alma perfec-

tamente tranquila y le sugiere la tentación? ¿Por qué un hombre que escribe un poema sinfónico y que reina en todos los corazones á causa de la doble cualidad de músico y padre de un niño hermoso como el sol, es víctima de la idea de ir á Dieppe á pasar una semana? ¿Por qué se encuentra con una linda muchacha, antigua conocida, aunque perfectamente olvidada, lo cual le presta el encanto de lo imprevisto, unido al recuerdo de un agradabilísimo pasado?

Así fué cómo Armor fué por segunda vez infiel á su mujer sin la más leve sombra de disculpa.

¿Experimentó algún escrúpulo de conciencia? No. Sólo sentía remordimientos cuando la aventura terminaba mal. Era uno de esos hombres que no ven la falta más que si se vuelve en desventaja propia.

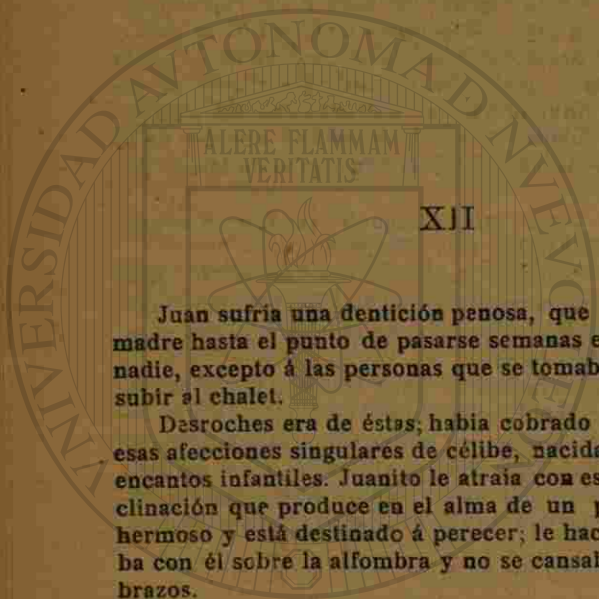
Por lo demás, se mostraba buen marido, buen padre, ¿qué otra cosa se le podía exigir? Por naturaleza, tenía necesidad de la adoración de una mujer. Enferma, debilitada, teniendo apenas fuerza para vivir, Albina le había perdido por vez primera antes del nacimiento de Juan; esta vez, su amor apasionado por el hijo fué lo que le arrebató á su esposo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA DE BODAS



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA MUSEO HISTÓRICO
"ALFONSO MARTÍNEZ"
CALLE DE LA UNIÓN, MEXICO



Juan sufría una dentición penosa, que preocupó á su madre hasta el punto de pasarse semanas enteras sin ver á nadie, excepto á las personas que se tomaban el trabajo de subir al chalet.

Desroches era de éstos; había cobrado al niño una de esas afecciones singulares de cèlibe, nacidas al calor de los encantos infantiles. Juanito le atraía con esa especie de inclinación que produce en el alma de un poeta cuanto es hermoso y está destinado á perecer; le hacia charlar, rodaba con él sobre la alfombra y no se cansaba de tenerle en brazos.

Desroches queria también á Albina; antes la había encontrado algo gazmoña y reservada; el silencio de la joven le parecia una muda reconvencción; pero conociéndola mejor, la juzgaba muy pura y algo tímida; su afecto se convirtió en amistad al verla indulgente con ciertas pequeñas debilidades, por las cuales no creyó que pasaria.

Una tarde fué á buscarla al chalet después de comer. Ella había hecho que sus padres asistiesen á la representación de una comedia festiva, desempeñada por buenos actores, y completamente sola, paseaba por el salón con su hijo en brazos á fin de dormirle.

La pieza estaba sin luz, pero todavia penetraba mucha claridad por una de las ventanas, que se hallaba abierta de

par en par. Albina iba y venia á lo largo de la estancia, ligera como una sombra, llevando al niño en sus brazos y cantándole á media voz una de esas melodias propias para arrullar á las criaturas; de cuando en cuando se paraba creyendo que Juanito se había dormido. Con su delicada y ya armoniosa voz, el niño comenzaba entonces la canción, y Albina, volviendo á marchar, la continuaba, muy cansada, pero resuelta á no dejarle en la cuna hasta que estuviera completamente dormido. ¡Había sufrido tanto aquel día!

Los criados estaban comiendo en la cocina. Como el chalet se encontraba abierto, Desroches penetra por él hasta el salón, en cuya puerta llamó. Albina nada oyó y prosiguió su canto. Desroches entreabrió la puerta. Ella, que se volvía en aquel momento, le apercibió.

—Entre usted—le dió á entender con un movimiento de cabeza.

—¿Sola?—dijo entrando con cautela.

—Sí. Va á quedarse dormido, siéntese usted.

Desroches tomó asiento sobre el poyo de la ventana, y Albina comenzó de nuevo el canto por lo bajo; de tiempo en tiempo sus vestidos rozaban el traje del poeta.

—¿Dónde está Armor?

—Ha comido aquí. Está en el Casino según creo. Papá y mamá también han ido; dicen que es una cosa muy divertida.

Hablaba tan bajo que Desroches no le hubiera oído á no estar acostumbrado á su voz.

De repente el niño, que parecia dormido, se enderezó sobre el brazo de su madre y miró al poeta. Sin duda le reconocía, porque se recostó de nuevo sonriente y cerró los ojos. Desroches experimentaba una extraña emoción, cierto anudamiento de garganta, cual si sintiera ganas de llorar. En aquel momento reinaba en el salón un profundo silencio, sólo interrumpido por el ligero rozamiento del vestido de Albina.

Por último, se sentó junto á él con muchas precauciones en una silla pequeña.

—¿Le va usted á tener así toda la noche?—dijo Desroches como en broma, pero con temblorosa voz.

—No, dentro de poco le subiré.

—¿Pero no usted misma, pesa mucho!

—Yo misma. Cuando la niñera le coge, no sé cómo se las compone que siempre despierta.

Juan se movió. Albina le mecía un poco sobre sus rodillas, apoyándole la cabeza en el brazo derecho, mientras dejaba descansar el izquierdo tendido á lo largo de su cuerpo.

—¿Quería usted hablar con Félix?—repuso al cabo de un instante.

Desroches se mordió el bigote antes de responder.

—No—dijo por fin.—A quien deseo hablar es á usted.

Albina le miro sorprendida.

—Tengo que pedirle un favor—añadió para tranquilizarla.—Me ocurre una cosa ridícula.

Juan lanzó un ligero grito sin despertar....

—Continúe usted—dijo Albina—voy á cantar para que no oiga su voz; y continuó la canción dulce y monótona con tan débil voz que sólo su hijo, acostumbrado á ella, podía oírla á través de su sueño.

—¿Una cosa ridícula!—añadió Desroches.—Tengo una hermana en provincias, de más edad que yo, y la dió la idea de casarse á los treinta y nueve años. Naturalmente tuvo una hija, eso no podía faltarle. Ahora ha quedado viuda; el médico la mandó cambiar de aires y me lo ha escrito. ¿Qué debía yo hacer? Le he dicho que se venga, y está á punto de llegar con su hija. ¿Qué quiere usted que haga con ellas? ¿Me van á fastidiar... y se escandalizarán de mí! Pero, en fin, hay que resignarse.

—Usted es muy bueno—dijo Albina sin dejar de cantar.

Desroches continuó su relato. Era cosa (bien particular

hablar acompañado de aquella imperceptible melodía; pero no dejaba de tener, al propio tiempo, un indecible encanto.

Casi era noche cerrada.

—La madre no es molesta, enferma, siempre en casa, y además su luto.... La niña tiene catorce años.... He pensado también, que tal vez usted apenas sale; este año... no sé si se le ha visto diez veces por la playa.

—No puedo—dijo con sencillez Albina.

—Si; ya lo sé; y puesto que vd. no puede salir, la muchacha vendría... Es simpática, y le gustan los niños.... ¡Si á Juan le fuere simpática, sería una famosa niñera! Y por do ó tres semanas.... Vamos, eso me sería muy conveniente, porque, créalo vd., no sé qué hacerme.

—Enviemela vd.—dijo Albina sonriendo.

Ya no se veía, pero Desroches adivinó su sonrisa.

—Vamos, voy á subirle—añadió, reuniendo todas sus fuerzas para poder levantarse con el niño, pero estaba tan cansada, que tuvo que intentarlo por tres veces.

—¡Ea!—dijo Desroches—vd. no puede... démele.

Y le cogió con tal destreza, subiéndole la escalera que el niño no se apercibió de nada. La niñera esperaba en lo alto con una luz.

Desroches colocó á Juanito en la cuna.

—¡Qué hermoso es!—dijo Albina mirándole extasiada.

—¡Encantador!—replicó el poeta enderezándose.—No comprendo cómo puede vd. tenerle por espacio de dos horas.... Solamente de haberle subido me duelen los riñones.

—¡Es porque usted no es su madre!—dijo la joven con una sonrisa de triunfo.

Desroches miró en torno suyo aquella habitación tranquila, á donde nunca había ido; por la ventana entreabierta se distinguía el mar y el reflejo de las luces de la ciudad. En el interior había un dulce aroma, una tranquilidad y una pureza inefable....

—¡Caramba!— pensó Desroches— ¡quien debía estar aquí, es el padre y no yo!

Se dió prisa á bajar, como un intruso que se hubiera extraviado. Albina le siguió hasta el salón, y, una vez en él, dijo Desroches:

— Conque ¿quedamos conformes? Mañana le enviaré á usted mi provinciana—añadió dirigiéndose hacia la puerta

— Cuando usted quiera. ¿Qué, se va usted ya?

Ella miró un instante, y de repente, con tono algo brusco, exclamó:

— Sí. Acuéstese [usted que buena falta le hace. Buenas noches, vecina.

Albina oyó crugir en el jardín los pasos de Desroches.

— ¡Ah! ¡qué cansada estoy!—dijo casi en voz alta— ¡qué cansada!

Recorrió con la mirada el salón como buscando un objeto que pudiera interesarle, y no encontrándolo, subió lentamente á su cuarto, hizo que su doncella la desnudara, y no tardó en quedarse profundamente dormida.

XIII

Magdalena Frémy miraba á Albina, y Albina miraba á Juan; sentados los tres sobre una extensa alfombra á la puerta del chalet, bajo la sombra de unos álamos, parecían todos muy dichosos, aunque por modo diverso.

Magdalena era una muchachuela morena y delgada, con cabellos encrespados, á pesar de todo cuidado, ojos sombríos, nariz y boca grandes, pequeña de estatura, y tan tímida que aparecía soberanamente torpe. Su traje negro acababa de darle una semejanza que no tardó Juanito en descubrir, hojeando un libro de estampas iluminadas, compuesto principalmente de aves. De repente posó su dedito sobre una página mirando con insistencia á Magdalena.

— ¡Coco!— exclamó.

— Es un cuervo, hijo mío—dijo Albina siguiendo con la mirada la dirección del dedo del niño.

— ¡Coco!—repitió Juanito— señalando con el índice á Magdalena.

No había remedio: Magdalena quedaba bautizada con el nombre de Coco. La semejanza era tan evidente, que Desroches no pudo menos de reír á carcajadas, cuando una hora más tarde fué á buscar á su sobrina. A la pobre Coco misma, aunque un tanto mortificada al principio, no tardó en parecerle apropiado, y hasta agradable semejante calificativo.

Era una buena muchacha, más vieja que sus mismos años, como acontece con los hijos nacidos de padres de alguna edad. La estrecha vida de provincia que había llevado entre su madre y el convento, donde estaba externa, junto á su padre, empleado púdante y rutinario, no le había permitido ningún goce.

La existencia misma de su tío Desroches, de quien vagamente había oído hablar como de un ser mundanal, casi peligroso, fué para ella una revelación.

Se podía, pues, tener hermosos cabellos blancos, lindos bigotes negros, aspecto espiritual, hablar de todo, decir tonterías, reírse mucho, vivir en una buena casa, donde había cuadros inconvenientes, que representaban mujeres desnudas; tocar el piano, tirar al sable, fumar todo el día, armar una zambra de mil diablos con una docena de amigos. ¡Había hombres así, y Magdalena tenía la dicha de tener á uno de ellos por tío!

¡Oh! ¡Qué buena vida pudo darse entre el chalet Frédel y la casa Desroches!

Dispuesta siempre á agradar, á prestar su ayuda, constantemente silenciosa, y recogiendo cada palabra de los demás, mientras que su pobre mamá tomaba el sol en una silla, Coco fué la más dichosa de las muchachas huérfanas.

Había llorado á su padre, tan funcionario y tan poco papá; mas su pena se aminoraba de día en día, y sólo pensaba ya en su desgracia los momentos que dedicaba al rezo.

Sin embargo, se acordaba con frecuencia de su padre, pero era para traer á la memoria las jiras campestres en que juntos habían tomado parte, los regalitos que le había hecho el día de año nuevo, ó cualquier otra cosa agradable. El buen natural de Coco le hacía evitar instintivamente cualquier recuerdo ingrato, y su modo de llevar el luto era pensando bien de las personas que había perdido.

Juan adoró á Coco que fué su caballo, su perro, su haz.

merreir, su amiga y su juguete. Coco tuvo la misión de hacer agradable la vida de aquel hombrecito, tan favorecido ya de la suerte, y la realizó con la gravedad de conciencia que la caracterizaba. Apenas reía, y muy pocas veces asomaba á sus labios una ligera sonrisa, pero en su gracioso rostro existía cierta expresión de reconcentrada felicidad.

—Ella se divierte interiormente—dicia Desroches—pues me parece que á menudo se burla de nosotros.

—¡Oh, tío mío!—protestaba Magdalena con extravagante acento champañés.

Nunca, hasta entonces, había visto la mar, pues la pobre muchacha no salió de Châlons-sur-Marne, de donde era natural. Todo le causaba sorpresa, é hizo de Albina su única confidente, no sólo porque le inspiraba confianza absoluta, sino porque era la madre de Juanito, su ídolo.

Pasó el estío. El mes de Septiembre fué tan hermoso que Albina y Desroches permanecieron en Etretat, hasta que Magdalena se vió obligada á volver al convento de Châlons.

La despedida fué tristísima. De buen grado, Coco hubiera hecho propósito de abandonarlo todo por no separarse de su Juan. Pero como no siempre puede hacerse lo que se desea, volvió á las arenosas llanuras de su provincia.

—¡Hasta el año que viene, Juanito mío!—le dijo conteniendo un profundo suspiro.

Le habían advertido que no llorase, á fin de no excitar la sensibilidad de su amiguito. Fué heroica, y no lloró hasta llegar al coche, pero una vez en él su llanto fué un diluvio.

Juan, por su parte, mostró cierto estupor al verse privado repentinamente de su compañera. Era un niño lleno de dignidad, que no perdía el tiempo en demostraciones; después de haber preguntado con gravedad por Coco, en varias ocasiones, no volvió á hablar de ella, cual si ya la

hubiera echado en olvido. Su madre, sin embargo, no se equivocaba.

—Se acuerda mucho de ella—decía Albina—y se pone triste.

En aquel infantil cerebro ocurría, efectivamente, algo extraordinario. Juan trataba de comprender las crueldades inútiles del destino, lo que era un estudio no [poco arduo para un niño de dieciocho meses.

Vuelto á París, ocuparon su atención y le proporcionaron alguna alegría varios objetos que le habían sido familiares en otras ocasiones, especialmente un caballo de madera, del que no se quiso separar después que le volvió á ver.

Andaba solo, comenzaba á hablar, y parecía tener buena salud. La llama latente en el fondo de sus oscuros ojos inquietaba constantemente á su madre, la cual se decidió á no tratar más esta cuestión, viendo que todo el mundo le reprochaba sus ridículas aprensiones, hasta la misma señora Frédel.

XIV

El invierno fué brillante; el poema sinfónico de Armor, ejecutado en un gran concierto popular, tuvo éxito, aunque inferior al de la *Reina Aurora*. Pero la naturaleza misma de la obra, no estaba creada para provocar menos entusiasmo? Tal era el parecer de Armor y de la mayor parte de sus amigos, excepto Desroches.

No vale tanto como la ópera cómica—le dijo un día con tono de profunda convicción.—Y si no pones cuidado, tu obra próxima valdrá menos que ésta. Ten cuidado, amigo mío, no trabajes bastante. Así se desciende á pasos agigantados.

Albina le escuchó y le parecía injusto. ¡Cómo! ¿Félix no trabajaba? ¡Pues si no hacía otra cosa! ¡Hasta había tenido necesidad este invierno de trabajar fuera de casa porque el ruido que Juanito producía le impedía abstraerse en sus meditaciones! ¡Desroches no era razonable! Había probado querer á Armor, pero sin embargo, esta vez se portaba mal.

El domingo siguiente Albina asistió á otra audición del poema sinfónico, pues lo había escuchado una sólo vez en condiciones de tal agitación, que no pudo juzgarlo. Sin embargo, era bellissimo, estaba segura de ello.... Acaso tenía menos originalidad que la *Reina Aurora*, pero seguramente

más trabajo. ¿Cómo había podido decir Desroches que Félix no trabajaba bastante?

Terminada la audición, Albina quiso salir; pero como estaba sola porque Félix se había ido con los artistas desde el comienzo, no se atrevió á afrontar el mal humor de las personas á quienes habría tenido que molestar. Permaneció, pues, sentada, algo inquieta, buscando con los ojos á su marido, que no podía dejar de venir á buscarla. Una voz pronunció delante de ella el nombre de Félix; puso atención y escuchó el siguiente diálogo:

—No está mal esta nueva obra de Armor —decía un caballero muy elegante á otro de aspecto huraño que se hallaba sentado junto á él.

—Hay talento en el fondo; pero yo esperaba más de él después de su ópera. Aquel *Canto de Bodas* era un derroche de ingenio.

—No se tiene en la vida dos veces la misma suerte, á menos de merecerla —respondió con una voz gruñona el huraño. —Armor ha tenido demasiada suerte, todo le ha venido muy de prisa; creyó haber llegado á la meta y se equivocó; bien está que se aperciba de ello.

—Es usted severo —dijo el otro riendo.

—Yo soy así: no me gustan los hombres que hacen obras feas, so pretexto de que el genio necesita expansión. . . . Le he guardado siempre rencor desde el nacimiento de su chico. . . . ¿No sabe usted nada? Pues mientras su mujer estaba muriéndose él se había ido á pasar el día de campo con esa tal Berrioz, que ni siquiera se mereca la cuerda con que debían ahorcarla. . . .

Albina hizo un movimiento brusco cual si fuese á gritarle: —¡No siga usted!

Sin apercibirse de nada el hombre continuó:

—Y además, pretende que todo eso le es necesario para la inspiración.

—Se va lejos por ese camino —dijo su interlocutor.

—Pues yo creo más bien que se ve uno obligado á de tenerse. . . .

—Dispense usted, señora —dijo Albina á la que estaba á su lado, tratando de abrirse paso.

Al oír esta voz conocida, el hombre huraño volvió la cabeza y se puso colorado.

Descolorida, casi sin fuerzas para sostenerse, Albina pudo unirse á Armor, que le había hecho seña para que saliese. La orquesta comenzó el prelude de otra composición, y Albina desapareció del brazo de su marido.

Aquel diálogo, sorprendido á la casualidad en medio de una gran reunión de gente, había sido para la pobre mujer un luminoso rayo que alumbró en su inteligencia algo hasta entonces confuso.

Aquel rayo de luz, fatídico como el resplandor de un relámpago, caía cruel y violento sobre hechos siempre misteriosos, mentiras mal urdidas y ausencias inexplicables. Sin duda aquello podía ser una calumnia ó simplemente un error. . . .

Algunos meses antes, Albina se hubiera resistido á creerlo; entonces no dudó un instante.

Se sintió herida en la esencia misma de su vida moral. Albina no era ya, como antes del nacimiento de Juan, un sér impersonal que se deja arrastrar por la corriente, capaz tan sólo de vivir y sufrir; tenía al presente la razón clara, el juicio exacto, y si de algo se sorprendió fué de no haber caído en ello antes, de no haber adivinado más pronto.

Un hombre enamorado de su mujer es muy diferente de un buen marido; mil delicados matices separan ambas situaciones. Cuando el amor no ha intervenido nunca, la mujer puede no apercibirse de que se le abandona; pero si fué amada en un principio, es imposible que lo dude ya.

Armor, por lo demás, era incapaz de desempeñar seriamente un papel cualquiera; no era obrar mal divirtiéndose un poco ahora que nada erojoso tenía que temer. Eso no le impedía amar á Albina, según él creía, y, puesto

que no se debe tratar á la mujer propia como á una querida, lo cual sería faltarle, un artista, un creador, un hombre de genio, en una palabra, ¿debia estar condenado á no beber nunca en la copa que contiene todos los placeres de la vida? El compositor quería experimentar todas las embriagueces: tal era su derecho. ¿Qué digo? Tal era casi su deber...

Albina comprendió vagamente todo esto; su buen sentido, su fiatura de percepción y una intuición extraña y profunda, que á veces le iluminaba, le hicieron recomponer trozos de frases, fragmentos de conducta que habian pasado sin chocarle, pero que no obstante, quedaron grabados en su memoria.

Comprendió no sólo la situación real, sino también los motivos que Félix habia podido alegar ante sí mismo para justificar sus acciones, y le juzgó como á un extraño. Recordó las insinuaciones agrídulas, los pareceres encontrados que habian precedido á su matrimonio, y de repente se sintió otra mujer, otra Albina nacida el día en que el *Canto de Bodas* cayó bajo el dominio público. La Albina del día de la boda acababa de morir; pero su agonía habia comenzado entonces.

Nadie sabe lo que el alma humana puede sufrir de un modo latente, ignorado, sin que trascienda nada al exterior, sin que ella misma parezca tener conciencia de tal sufrimiento.

Se pone uno triste sin saber por qué, atribuyéndolo á las mil pequeñas contrariedades de la vida, cuando de pronto se percibe uno de que tiene una herida profunda, incurable. Todo se revela entonces con sorprendente claridad, sabiéndose la hora, el minuto en que se ha sido herido.

Albina se sumergió instantáneamente en el abismo del dolor. Había adorado á Félix; le amaba todavía, no sólo como se ama á un marido, sino también con todo el entusiasmo que inspira una gran admiración artística, una de esas

admiraciones que, en otros tiempos, han hecho cruzarse á la puerta de la Opera puñetazos ó estocadas, según el nivel social de los entusiastas. ¿Iba todo esto á desplomarse á la vez? ¿Debería confesar que habia admirado el genio de Armor porque amaba á Félix? Y, si Félix le era infiel, ¿caería de su pedestal el compositor? No. Había amado y admirado mucho, y era también muy joven para sucumbir á la desesperación del momento. Félix se alejó de ella sin duda porque no supo retenerle á su lado. Muy enferma en un principio, abrumada por los cuidados que exigía, ¿no era natural que le hubiese peruido una vez?

El tesoro de amor que guardaba en sí, la bondad apasionada de su generosa alma, excusaban á Félix; pero nada podía disculpar á la Berrioz.

Albina se la representaba con los ojos provocativos y crueles, y el torrente de su indignación de mujer honrada barrió de su existencia aquella ignominia. ¡Félix, asociado siquiera un instante con semejante criatura! ¡Ni siquiera quería pensarlo! Ella era seguramente quien habia seducido á Armor... Todo estaba más que perdonado, olvidado cual si no existiese.

Pero, ¿y ahora?...

Luchará en silencio valerosamente contra las locuras de una imaginación de artista. La pobre, en su inocencia, desconocía el poder del vicio sobre algunas naturalezas; no sabia que su hermosura, su juventud, su pudor, todas las virtudes encantadoras que, de vez en cuando, por contraste, atraerian á su marido, eran precisamente las que le tentan alejado del resto del tiempo. Después de sus groseros caprichos, vendría á beber el néctar puro y fresco de la ternura legítima, saboreando con delicia un amor tan diferente, en el fondo y en la expresión, del que gustaba en otras partes...

Por el fondo, únicamente por el fondo casto, era por lo que Armor se unió á ella...

¡Félix Armor! Había arreglado bien su vida, y mientras su lucha, Albina guardaría silencio frente á todos. No era ella de las que comunican su dolor á oídos burlones ó indiferentes: ganadas ó perdidas, sus batallas permanecerían en secreto.

Su madre especialmente no sabría nada: la señora Frédel merecía ser dichosa, y Albina no turbaría su reposo. Además, Félix, dento de poco, no tendría pretexto para sus largas ausencias, la habitación de la isla era demasiado pequeña é iban á mudarse; habían comprado un espacioso hotel en la calle de Bolonia; allí comenzaría una nueva vida.

Era á Juan, mecido en sus rodillas, á quien contaba todo, devorando sus lágrimas mientras le dormía por la noche. En una vaga melodía le cantaba sus resoluciones, entremezcladas de palabras de ternura para el ingrato padre, tan querido.

—Tú también, cielo mío, harás llorar á las mujeres algún día—le cantaba meciéndole;—sé bueno con las que lloren, y sobre todo, hijo mío, guárdate de las demás.

Las blancas y finísimas ropas del niño fueron humedecidas más de una vez por las lágrimas de su madre; pero ni él ni su padre lo supieron nunca.

XV

L'egó Marzo con sus bruscos cambios de temperatura. Si se salía sin paraguas por la mañana, se volvía calado á medio día. Si, por la engañosa dulzura del aire á las dos de la tarde, se aligeraba uno de ropa, se hallaba transido de frío antes del obscurecer.

En uno de aquellos p'rfidos días, Juan volvió á casa tosiendo volentamente. Venía muy encendido y quejándose.

—Esto no será nada—dijo la señora Frédel, que salió al encuentro á toda prisa.

—Que no salga en ocho días—dijo el médico.

—Mi hijo no tiene remedio—se dijo Albina, mirándole con una profundidad de intuición, que le quitaba toda esperanza.

Nadie sabía como ella lo que había disminuido de peso el niño, en cuestión de dos meses. La balanza acusaba, en efecto, alguna disminución, pero ella se había anticipado á la balanza. Cuando el doctor afirmaba que, al crecer tan de prisa, debía necesariamente padecer algo, Albina sabía que no era el crecimiento lo que causaba tal cambio en la criatura, sino algún mal, tanto más temible cuanto que ella lo presentía. Pasó el acceso de fiebre, disminuyó la tos, y reapareció el apetito.

¡Félix Armor! Había arreglado bien su vida, y mientras su lucha, Albina guardaría silencio frente á todos. No era ella de las que comunican su dolor á oídos burlones ó indiferentes: ganadas ó perdidas, sus batallas permanecerían en secreto.

Su madre especialmente no sabría nada: la señora Frédel merecía ser dichosa, y Albina no turbaría su reposo. Además, Félix, dento de poco, no tendría pretexto para sus largas ausencias, la habitación de la isla era demasiado pequeña é iban á mudarse; habían comprado un espacioso hotel en la calle de Bolonia; allí comenzaría una nueva vida.

Era á Juan, mecido en sus rodillas, á quien contaba todo, devorando sus lágrimas mientras le dormía por la noche. En una vaga melodía le cantaba sus resoluciones, entremezcladas de palabras de ternura para el ingrato padre, tan querido.

—Tú también, cielo mío, harás llorar á las mujeres algún día—le cantaba meciéndole;—sé bueno con las que lloren, y sobre todo, hijo mío, guárdate de las demás.

Las blancas y finísimas ropas del niño fueron humedecidas más de una vez por las lágrimas de su madre; pero ni él ni su padre lo supieron nunca.

XV

Llegó Marzo con sus bruscos cambios de temperatura. Si se salía sin paraguas por la mañana, se volvía calado á medio día. Si, por la engañosa dulzura del aire á las dos de la tarde, se aligeraba uno de ropa, se hallaba transido de frío antes del obscurecer.

En uno de aquellos péfidos días, Juan volvió á casa tosiendo volentemente. Venía muy encendido y quejándose.

—Esto no será nada—dijo la señora Frédel, que salió al encuentro á toda prisa.

—Que no salga en ocho días—dijo el médico.

—Mi hijo no tiene remedio—se dijo Albina, mirándole con una profundidad de intuición, que le quitaba toda esperanza.

Nadie sabía como ella lo que había disminuido de peso el niño, en cuestión de dos meses. La balanza acusaba, en efecto, alguna disminución, pero ella se había anticipado á la balanza. Cuando el doctor afirmaba que, al crecer tan de prisa, debía necesariamente padecer algo, Albina sabía que no era el crecimiento lo que causaba tal cambio en la criatura, sino algún mal, tanto más temible cuanto que ella lo presentía. Pasó el acceso de fiebre, disminuyó la tos, y reapareció el apetito.

—¿Vé usted cómo esto no es nada—dijo el doctor. Albina no respondió, presentía que la vida del niño estaba herida.

Una mañana, mientras que le vestía con una ternura y delicadeza que nadie hubiera podido reemplazar, Juan, volviéndose hacia ella, le dijo con gravedad:—Coco.

En el lenguaje infantil, significa tantas cosas este vocablo, que Albina no lo comprendió al pronto; la insistencia del niño, repitiéndolo obstinadamente, le parecía tan singular que no podía explicársela.

Por fin, Juan, ya impacientado, se fué al armario donde guardaba sus juguetes, sacó, no sin trabajo, el libro de estampas, muy estropeado, lo abrió por la página del cuervo, y dirigiendo á su madre una mirada de sorprendente intensidad, como para transmitirle su pensamiento:

—¡Coco!—repitió con fuerza.

—¿Tu amiguita?—exclamó Albina en el colmo de su sorpresa. —¿Magdalena?

—Sí—respondió Juan, moviendo enérgicamente la cabeza.

¿Pensaba en ella todavía? Su madre se maravilló de la constancia de esta afición infantil, que había creído olvidada, al cabo de cinco ó seis meses de separación.

—¡Quiero á Coco pronto!—continuó el pequeño.

¡Pronto! Juan desconocía los impedimentos materiales de la vida. No había, pues, para qué explicarle las razones por las cuales no podía Magdalena dejar ni á su madre ni las clases. Se apeló á engaños, tratando de ganar tiempo, y, de este modo, se obtuvo un plazo de ocho días.

Cuantas veces volvía de paseo preguntaba por Coco, arqueando las cejas como asombrado de no encontrarla. Cuantas veces salía su madre, Juanito le daba el nombre de Coco cual suprema recomendación. A últimos de semana, los hermosos ojos del niño adquirieron una expresión de tristeza resignada, al propio tiempo que rehusaba la comida.

—Aconsejo á usted que le conceda lo que pide—dijo

médico.—No está enfermo, pero sí podría llegar á estarlo.

Consultado Desroches, zanjó al instante la dificultad, escribiendo á su hermana que necesitaba indispensablemente á Magdalena. Al tercer día, Magdalena, ya muy crecida, pero siempre semejante á un cuervo, hizo su aparición en el cuarto de Juan, que le tendió los brazos llamándole: «¡Coco!»

Pareció entonces completamente dichoso; una expresión de paz y de contento se dibujó en su rostro, y su delicada voz tomó dulcísimas inflexiones para dar las gracias á Albina. La llegada de su amiga no le hizo, sin embargo, más indiferente á la presencia de su madre, de la cual no podía prescindir ni aun por breves instantes, y su apetito no se restablecía tampoco.

Estaba alegre, con una alegría tranquila y apacible, poco natural en un muchacho de su edad, y Albina comprobaba, con creciente disgusto, que su peso disminuía sensiblemente.

El doctor no sabía qué decir; se reunieron en consulta los dos especialistas más célebres en fermedades de la infancia, pero su opinión tampoco fué concluyente: debilidad extrema, frágil vida muy peligrosa cualquier accidente; carencia de remedios activos; aire, distracción ejercicio, tratar de alimentarle á toda costa...

Cuando ambos salieron, Albina quedó, con las manos juntas, mirando al pobre niño.

Comprendía que iba á morir aquel sér encantador á quien debía los días más puros de su vida.

¡Lo había sospechado siempre, desde que nació antes de tiempo, en medio de mil angustias, y el fatal momento estaba ya presente!

Presentía que por más que hiciera no podría evitar esta desgarradora separación.

Tenia para con ella indecibles ternuras, y cuando rehusaba el alimento, le daba un abrazo como pidiéndole per-

dón por tener que desagradarla... ¿Cuántos días le tendría aún á su lado?

Estaba jugando con Magdalena, explicándole en su media lengua algo muy complicado, que ella fingía entender perfectamente, cuando, de pronto, se dejó caer hacia atrás, como fatigado, y dijo:

— ¡Mamá!

Albina le cogió en sus brazos, sin atreverse á estrecharle contra su corazón, traspasado de dolor, y furtivamente, para que el niño no se apercibiese, enjugó las lágrimas que de sus ojos brotaban. El, dichoso sobre este tibio seno, donde siempre había encontrado reposo y consuelo, se durmió un instante.

¿Qué terror infunden en las madres estos sueños de los hijos enfermos! Cada uno de ellos les parece el último en que flota la preciosa vida próxima á perderse en el éter.

Pasaron algunos días. La nieve, que cae á grandes copos, cubre aquel jardín cuyas tapias y cuyos árboles, más oscuros que de ordinario por el contraste con la blancura del suelo, semejan, fatídicos signos de luto.

En el cuarto de Albina está Juanito sentado sobre almohadas, á la orilla de la cama, jugando con las trenzas negras y tupidas de Coco, inclinada junto á él; le gustan sus cabellos frescos y suaves al tacto, y los combina de mil maneras. La paciente Magdalena le deja obrar, sonriendo cuando la tira demasiado fuerte, dichosa porque le entretiene; contenta, bien que á expensas de algún sufrimiento, pues atormenta en su alma algo del heroísmo de los apóstoles, y no le disgusta que la felicidad de su Juan le cueste á ella cierto dolor corporal.

Albina está sentada frente á ellos, sin perder el menor movimiento del niño, de quien no se separa un sólo instante; ¿quién sabe cuántos días verá todavía fulgurar en su presencia la inquietadora llama de sus oscuros ojos?

¿Y Félix, qué dice á todo esto? Está traspasado, loco de dolor, vaga por todo París, vestido con un desaliño no ha-

bitual en él, y cuando se encuentra con un amigo le estrecha en silencio la mano, separándose á poco sin haber articulado palabra. ¡Tan abstraído se halla su espíritu!

¡Pobre Félix! Incapaz de permanecer en su casa en medio de la calma aparente y necesaria de aquella vivienda muda en que hace dos años veía haciéndose mucho ruido, entra y sale, y, de cuando en cuando, tirando de la manga á la abuela ó al abuelo, siempre presentes en tan funestos días, les dice con cierta brusquedad que exige aprobación:

— ¡Mirenle ustedes! ¡Qué torpes son los médicos! ¡Este niño no está malo, sino algo delicado!

Han pasado algunos días: los caprichos de Marzo cesaron; Abril sonrió en las liras del jardín, frondosas de repente sin saberse cómo.

La hierba está esmaltada de margaritas, los árboles son nidos de pájaros, los mismos sin duda de los que Félix ha dicho que saludaban la elborada de su amor.

El sol penetra por la ventana de la alcoba nupcial, y Juan, en el lecho, apoyado sobre las almohadas, mira los insectos agitarse en los rayos de luz; ya no ríe alegremente, pero en sus labios se dibuja, de cuando en cuando, una sonrisa.

Coco está sentada sobre la cama, rodeada de juguetes con que, sin embargo, no juega, entretenida en observar la difícil respiración del niño, que en fuerza de ser difícil, pronto se extinguirá.

Juan tiene á su lado el caballo de madera, ya sin cola, casi sin patas, pero que continúa siendo su amigo, porque Juan es constante en sus afecciones.

Su abuelo ha ido á casa del doctor Archambault con objeto de hacerle volver; su abuela está allí junto á la ventana, teniendo las agujas de malla en la mano, pero sin trabajar.

Félix salió diciendo:

¡No puedo ver esto! ¡Me mata! Albina permanece allí.

aquel espectáculo la mata mucho más seguramente; pero jamás se perdonaría haber perdido un minuto siquiera de la vida de su hijo, flotando sobre el lecho nupcial, en donde apareció, hace dos años poco más ó menos.

La habitación no está triste, gracias á los pájaros, al sol, á las flores colocadas sobre el poyo de la ventana. Juan adora las flores y desea estar rodeado de ellas, pero no lo consenten á causa del olor.

Mira á Coco, y articula su nombre. Ella inclinándose, besa las blancas manitas del niño con la religiosidad que besaría en Viernes Santo los pies del Creador.

Llama á su abuela, le acaricia los cabellos, notablemente encanecidos en las últimas semanas, y con su pálida manita parece bendecir aquella frente venerable.

Después llama á papá.

— Papá viene al instante, querido mío— dijo Albina, apoyándose en la cabecera del lecho, y envolviendo al niño en una tierna mirada.

La pobre madre está siempre en pie con objeto de no hacerle esperar cuando pide algo. Tres días con dos noches lleva en pie, y nadie se atreve á decirle que se siente.

Un soplo de viento hace estremecer las hojas en sus ramas, y los microscópicos insectos se agitan violentamente en los rayos del sol.

— Mamá, ven á dormirme— dijo Juan con imperceptible voz.

Albina quiere levantarle en sus brazos; pero el niño hace un signo negativo. Se siente tan débil que teme moverse.

Entonces Albina, inclinándose sobre Juanito, le estrecha contra su seno, y acurrucándose cual si sintiera frío cerró el niño los ojos.

— ¡Qué bien se está así, sobre el corazón de mamá! ¡Es tan buena!

Hace un esfuerzo, y acercando su boquita á la mejilla de su madre, deposita en ella un beso.

— ¡Mamá, otro!

La madre le besó con ternura.

La señora Frédel es presa de un miedo espantoso.

Albina está tan pálida que parece próxima á morir. Sus ojos permanecen cerrados para contener las lágrimas, pues Juan jamás ha sorprendido una lágrima en los ojos de su madre.

Albina abre de nuevo sus ojos, de donde las lágrimas han desaparecido evaporadas al calor del amor maternal, y quiere ver á su hijo hasta el fin.

La cabeza de Juan parece sostenerse á duras penas sobre el lángido cuerpecito, y en sus ojos la inquietadora llamarada se ha extinguido. Siente su mejilla, tibia aún, el ósculo amoroso que su madre imprime, pero la respiración disminuye, zozobra, se detiene... luego se reanuda en un suspiro, mas no continúa... Juanito ha muerto. Una ráfaga de viento trae el perfume de las rosas como para embalsamar su cuerpo y perfumar su alma en el instante mismo de morir, mientras los impalpables corpúsculos atmosféricos continúan la vertiginosa danza en su rayo de sol.

La madre permanece inmóvil. Cree ser la única que sabe la muerte de su hijo y no quiere romper el encanto misterioso de su silencio, último lazo que á él le une. No pronunciará, pues, la fatal palabra; sus labios, que han recogido el postrer calor de la infantil mejilla, guardan la consagración de aquel beso. Ha muerto queriéndola, esto la tranquiliza produciéndole cierto amargo contento que saborea en su insondable dolor.

— ¡Albina!

Abrió los ojos y vió junto á sí á la señora Frédel, en cuyo rostro se pintaba exactamente la congoja de su alma. Había olvidado que tenía una madre.

— ¡Oh, si su madre debía sufrir viéndola muerta, lo que ella sufría entonces, preferiría cien veces perderla que arrojar en su alma tan bárbara angustia! Miró á la señora Frédel y le tendió la mano.

—Ven, Albina...

—Déjame un poco más—murmuró la joven.

Pero la señora Frédel es enérgica, manda y su hija obedece como ha obedecido toda la vida.

Coco llora á raudales sin escándalo. Sabe que el llanto del dolor debe ser silencioso.

El abuelo entra en aquel momento acompañado del doctor Archambault, que mira con pena el hermoso rostro adormecido del niño, cuya expresión dulce y tranquila tiene no poco de triste. Ha visto morir muchos niños, pero no tan hermoso como éste. Félix entra también.

—¡Qué, todo ha concluido ya, hijo mío!— exclamó poniéndose de rodillas junto al lecho y sollozando con el rostro oculto entre las manos.

—No estaba presente cuando su hijo nació—pensó Albina—ni tampoco cuando ha muerto.

Y sintió cierta especie de piedad por el hombre á quien, sin embargo, amaba todavía, por el hombre que ha sido padre tan poco mientras ella era madre con toda su alma. Nunca Félix llorará la muerte de su hijo como ella ha de llorarla, y no obstante, no quisiera estar en su lugar ante el mundo.



XVI

El cuerpo de Juan estaba ya depositado en el cementerio de Montmartre, bajo una profusión de blancos pétalos, caídos de un gran cerezo silvestre, y Albina se disponía á salir de la isla de San Luis.

Tenia cariño á la habitación en que había nacido el fruto de su tierno amor y le costaba no poco trabajo el abandonarle por el hotel de la calle de Bolonia; pero aquí estaría mucho mejor porque podría ir diariamente al cementerio.

Le contrariaba, á pesar de esto, alejarse del cuarto en que Juan lanzó su último suspiro; cuando sacaron el lecho le pareció que el pequeño féretro se iba por segunda vez de ella, lo cual le desgarraba el corazón.

Ya habían sacado todos los muebles, y un coche esperaba á la puerta, cuando Albina recorrió por última vez las habitaciones de la casa con objeto ver si quedaba algo olvidado.

—¡Tres años de mi vida!—pensó—tengo veintitrés.... ¡Qué vieja soy!

—¡Albina, vamos!—le dijo su madre.

¡Siempre tan fiel y vigilante la señora Frédel, pero tan cambiada de unos días á esta parte! La joven se preguntaba á veces si todavía tendría el placer de conservarla por espacio de mucho tiempo.

El hotel estaba convertido en un *maremagnum*; diríase que un cataclismo tuvo, sin duda, lugar en sus habitaciones interiores, hasta el punto de no parecer cosa hacedera el poner en orden los objetos. Coco se encontraba allí arreglando, clasificando, distribuyendo todo con una destreza extraordinaria. Siempre de negro, la pobre Coco, que todavía llevaba luto por su padre, estaba contenta, según manifestó á la señora Frédel, de poder vestir luto por Juan sin que lo pareciese.

Desroches escribió á su hermana, la cual consistió en que Magdalena quedase al lado de Albina con el fin de ayudarle en la mudanza. En el fondo, Desroches estaba orgulloso viendo que su sobrina era útil y que estaba muy apreciada por aquella familia.

—E: una chica extraordinaria—decía algunas veces con modestia, pero regocijándose íntimamente con tal idea no dudo que se podrá sacar gran partido de ella.

—Coco—debía quedarle este nombre como un recuerdo de Juan, y ella no quería oírse llamar de otro modo en aquella casa, Coco había pensado en muchas cosas; había bujías en los candeleros y hasta aceite en las lámparas; los cubiertos estaban preparados en el comedor.

Los tapiceros colocaban los cortinajes, subidos en escaleras; la hermosa cama estaba montada en aquella habitación tan pequeña, pero había otras varias espaciosas y el conjunto sería armónico. Coco también tenía preparada una linda camisa nueva, tratada para ella, pues, sin que nadie dijese nada, Coco sabía perfectamente que, en lo sucesivo, pasaría junto á la esposa de Armor todo el tiempo que su madre tuviese á bien permitirselo.

Sin embargo, á pesar de tanta previsión, en el momento de sentarse á la mesa, Albina echó de ver que se habían olvidado de hacer el asado, ni ella ni la cocinera se acordaron de semejante cosa con el desorden de la mudanza.

Ya era tarde; Félix, en su estudio tronaba contra los hombres, que no habían revisado bien los pies del piano de

cela, lo que le haría cojear hasta tanto que se le metiese una cuña; la doncella, con una bujía en la mano, alumbraba la operación en la espaciosa estancia situada al Norte, y algo sombría por la tarde.

—Voy á comprar algo para la comida—dijo Albina á la cocinera;— con eso conoceré á los tenderos de este barrio.

El apacible día de Abril terminaba en medio de un nimbo de dorado polvo; los gritos de los chicos jugando en la calle, el ruido desagradable del cuerno de los tranvías, y el rodar de los coches sobre el empedrado, daban á aquel recinto el aspecto y la animación de la ciudad, á que Albina, en la soledad de la isla de San Luis, no había tenido ocasión de acostumbrarse.

Terciando por la calle de Blanca, tomó maquinalmente la dirección que le indicaba el ruido; aunque muy cansada, necesitaba distracción exterior; durante aquel penoso día, sólo había visto y manejado objetos propios para hacerle reconcentrarse en sí misma.

El movimiento y el tumulto le sobrecogieron, cuando se vió en lo alto de la calle; aquello era un vaivén incesante de carruajes al trote largo, lavaderos, carniceros y carreteros que venían de vacío una vez terminadas sus faenas; los perros se peleaban, corrían y jugaban con estruendosa algarabía en la calle Lepic; los vendedores ambulantes, puestos en fila á lo largo de la acera de la derecha, llamaban á los transeúntes, voceando sus mercancías; al estremo de la calle Fontaine, un almacén de novedades tenía por defuera multitud de telas, á guisa de nuestras, las cuales flotaban á impulso del ligero soplo del viento, cual banderas de todos colores, las sombrillas azules, rojas y crudas, completamente abiertas y colocadas por los puños, giraban y chocaban una con otras como absurdas y gigantes casacas. A la puerta de un café, varios hombres conversaban en alta voz, tomando ajenjo, cuyo aromático olor se esparcía por el ambiente.

Albina se detuvo, miró todo esto, y retrocedió, no sin

dirigir una mirada de codicia hacia el cementerio. ¡Deseaba tanto haber ido allá! ... Pero era preciso desistir á causa de lo avanzado de la hora.

Volvió á bajar la calle de Blanca, buscando á derecha é izquierda una tienda donde poder comprar algo de comer. Pronto encontró una carnicería, donde adquirió un beefsteak que hizo enviar á su casa.

Al volver la esquina de la calle, vió en una frutería una manzana tan bien conservada, que entró en ganas de comprarlas. Mientras que la vendedora le servía, Albina miraba distraídamente las legumbres, muy bien expuestas, las frutas, rodeadas de musgo, los sacos llenos de arroz ó harina, la apetitosa manteca de vacas, distribuida en trozos cuidadosamente cubiertos de blanco lienzo.

Todo estaba muy limpio y muy agradable en esta tienda; la misma vendedora respondía á la apariencia de su establecimiento. Era una mujer de unos treinta años, fresca y sana, bastante agraciada, con rasgados ojos negros, hermosos cabellos y una bondadosa sonrisa que daba animación á su semblante.

Albina, después de haber pagado su compra, se dispuso á coger el envoltorio que aquélla le presentó, cuando quedó petrificada bajo la conmoción más violenta que jamás hubo recibido.

Un niño de dos años, vestido de blanco, con cabellos rubios ensortijados, con ojos oscuros, en los cuales fulguraba una inquietadora llama, que corcía perfectamente, acababa de aparecer en su presencia. Oculto en un principio tras una jaula de conejos, el muchacho se había levantado y ofrecía á los animalitos un puñado de hierbas.

Volvióse hacia Albina, y ésta vió entonces la viva imagen de su hijo; tenía la misma mirada, idéntica sonrisa..... Llamó á los conejos con una palabra afectuosa..... y era la misma voz.

— ¡Juan! — exclamó afablemente Albina — agarrándose al quicio de la puerta con ambas manos para no caer, para

no correr y arrebatar al niño, en suma, para no ejecutar algún acto de locura.

— No, Juana — dijo la vendedora un tanto sorprendida — es mi hija, tiene dos años.... Ven, Juana, ven aquí á dar los buenos días á esta señora.

Con el instinto propio de las madres, había adivinado la causa de la emoción de Albina, y discreta, llena de compasión, permaneció en el dintel de la puerta, teniendo á su hija de la mano, dispuesta á ofrecerla á las caricias tanto como á defenderla contra un gesto demasiado brusco.

— Juana — repitió lentamente Albina — sin apartar sus ojos de la niña. — ¿Y tiene dos años?

— El día 14 de Abril, la víspera del término — dijo la frutera sonriendo — no se olvidan tan fácilmente estas fechas.

— El día 14 de Abril... Juan los cumplía el 17.... No tenía dos años....

— Albina hablaba á media voz, como entresueños; la frutera terminó por ella, diciendo:

— ¿Hace mucho tiempo que le ha perdido usted, señora?

— ¡Quince días!... ¿Cómo se le parece! ¿Quiere usted permitirme que la mire?

— Entre usted, señora, y siéntese — dijo la buena mujer — presentándole un silla.

Albina aceptó; sus piernas temblaban tanto, que tuvo miedo de caer. Luego que se sentó, ahogando su emoción para no asustar á la niña, le tendió la mano. La fresca manita de Juana se posó tímidamente en la suya, mientras los oscuros ojos, inquietos al principio, la miraban ahora confiadamente. El contacto de aquella manita fué demasiado para la pobre madre; rompió en sollozos hasta entonces contenidos, y la frutera enjugaba las lágrimas que arrasaban sus ojos. Nadie pasaba en aquel momento por la calle.

— Perdone usted — dijo Albina cobrando valor. — Esto era más fuerte que yo. ¿Me permite usted que la bese?

— ¡Con mucho gusto! — dijo la frutera levantando ella

misma hasta los labios de Albina á la niña siempre seria, pero tranquila, que se dejó coger de buen grado.

—¿Me permitirá usted volver? —dijo la esposa de Armor — vivo muy cerca de aquí.

—¿Es usted acaso la que se ha mudado hoy? ciertamente, señora, cuando usted guste, sin reparar para ello en que no necesite usted nada de nuestra casa. Yo también he perdido un hijo.... Era muy pequeño, pero es lo mismo.

—¡Y se llama Juana! — murmuró Albina pensativa.

— Está muy delicada, señora, y la criamos con gran trabajo; el médico nos ha dicho que necesita muchos cuidados... Aunque no somos ricos, no carece de nada. Y á pesar de todo, la criaremos, porque en fuerza de quererla.... Buenas tardes, señora, hasta otra vista.

Albina había tomado su envoltorio de manzanas y se iba. Habiendo llegado á la puerta del hotel, no pudo contenerse y retrocedió de nuevo.

La frutería estaba sin luz, en la calle había aún bastante claridad; pero en la trastienda, cuya puerta quedó abierta, una lámpara alumbraba de lleno el resto de Juanita, sentada sobre una silla muy alta. Su madre acababa de destapar la sopera humeante, cuyo vapor ascendía formando caprichosos remelinos.

Con aire satisfecho, teniendo la cuchara en la mano, la niña se balanceaba de adelante á atrás, con ese lindo ademán impaciente y revoltoso de los niños que aguardan su comida.

¡Cuántas veces había sonreído Albina ante esta juguetona impaciencia, en los tiempos ya lejanos que Juan pedía su sopa! ¿No era Juan vuelto al mundo bajo otra forma la criatura que tenía ante sus ojos?

Sentía deseos de entrar y robar á la niña. ¡Debla ser para ella aquella criatura tan semejante á su hijo! ¿Había en el mundo otros oscuros ojos tan dulces, con una llamada tan intranquilizadora para una madre; otro niño tan perfecto destinado igualmente á morir un día dejando tras

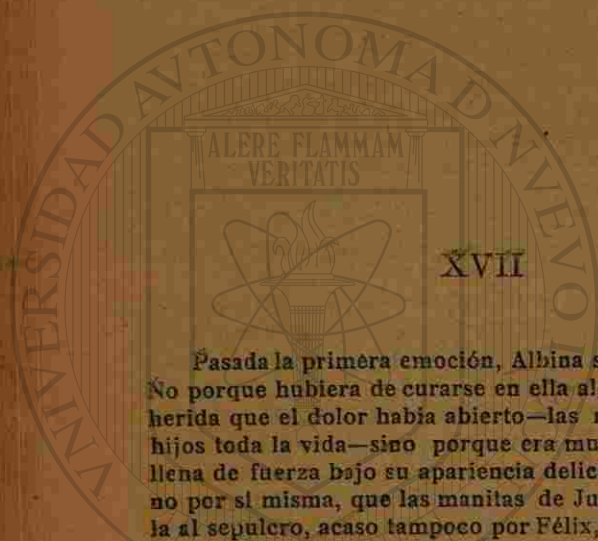
si corazones dislacerados? Esto no era posible, aquella era la misma criatura, la misma....

El padre hizo un movimiento mediante el cual pudo verle Albina. Era un hombre robusto, alto, de franco semblante y de sencillos ademanes.... Aquel niño tenía padre y madre, no era un sueño, el sueño de la madre enloquecida.... Dos robustos muchachos hermanos suyos, cenaban tranquilamente á su lado....

Albina muy preocupada, emprendió otra vez el camino de su casa.

— Juana... se llama Juana... y ha nacido el catorce de Abril... Durante aquella noche, bajo el techo de la nueva casa, tuvo un sueño singular: Juana y Juan, agarrados de la mano, subían por un camino pedregoso; eran tan semejantes que Albina no podía distinguir bien á la una del otro. lo cual no le atormentaba porque los quería igualmente. De pronto, sin saber cómo, los dos niños se fundieron en uno solo, que continuó su camino... Albina no sintió miedo porque sabía que el suyo estaba allí, en esencia cuando menos... Fué un ensueño delicioso, que lloró amargamente al despertar, pero que recordaba después con mucho agrado.





Pasada la primera emoción, Albina se hizo dueña de sí. No porque hubiera de curarse en ella algún día la profunda herida que el dolor había abierto—las madres lloran á sus hijos toda la vida—sino porque era muy joven y se sentía llena de fuerza bajo su apariencia delicada. Procuró vivir, no por sí misma, que las manitas de Juan parecían atraerla al sepulcro, acaso tampoco por Félix, cuyo amor no era bastante fuerte para sostenerla, sino por la señora Frédel, la cual siempre silenciosa, la observaba con una punzante agonía en el rostro, y por su padre que había adelgazado hasta el punto de inquietar á ambas.

¿Quién creería las manos de un niño bastante fuertes para arrastrar más allá de la vida á sus abuelos? Albina tuvo que poner mucho de su parte para conservar la existencia de los mismos, más visiblemente afectados que ella, ya que su dolor no fuese más profundo. Además, los cuidados de una nueva instalación le robaron todo el tiempo durante semanas enteras, y la necesidad de ocuparse en cosas materiales fué un poderoso lenitivo para librarla de la imbecilidad que le amagaba.

Todos los días y en cualquier tiempo, se iba al cementerio, y al volver dedicaba algunos minutos á la contemplación de Juana Maison, en casa de la atenta frutera del extremo de la calle.

Juana había sentido desde el primer día una profunda simpatía por la linda señora de negro que la besaba, y, á causa de una de esas intuiciones infantiles, tan misteriosas que es preciso admirarlas sin tratar de explicarlas, le había cobrado cariño.

A eso de las seis y media, hora en que Albina volvía de su peregrinación cotidiana, Juana tenía la costumbre de ponerse al acecho en la puerta de la tienda, sentada sobre un banquito de su exclusiva propiedad; allí esperaba su visita con una linda sonrisa de impaciencia. Al verla, agitaba sus manitas como indicándole que se diera prisa, y pocos días tardó en salir al encuentro tendiéndole sus bracitos para obtener el deseado beso.

—¡Es raro, porque no suele mostrarse expresiva!—decía la madre.—Le gusta más esta señora que amigos nuestros á quienes conoce desde que nació.

La semejanza de la niña con Juan no era sólo superficial, sino que trascendía al carácter, al modo de hablar, á los gustos y á los ademanes; Albina, á quien todo esto causó cierto sufrimiento en un principio, cual si fuese una profanación, lo encontró poco á poco motivo de singular alegría. Siempre cuidadosamente vestida de blanco, con ese gusto innato para el adorno de los niños, que es uno de los caracteres distintivos del bajo comercio parisiense, Juana era una niña notablemente hermosa y distinguida; hubiera podido nacer en un palacio sin tener que alterar nada en su persona, y los cortesanos se hubiesen extasiado con su gracia.

Albina se complacía en tenerla sobre las rodillas haciéndole hablar, para descubrir en sus ojos un destello de la expresión que tenían los de su hijo; pero Juana, aunque delicada, se hallaba á la sazón bien de salud; en lugar de la mirada investigadora del hijo de Albina, mostraba en sus ojos la bulliciosa alegría propia de la infancia; la esposa de Armor no sentía tal contraste, al contrario, pareciale á ve-

ces que el niño muerto había vuelto á la tierra y que se le veía reír como lo habiese hecho de haber vivido.

En más de una ocasión pensó á sus solas, que el encuentro de aquella pequeña era un gran consuelo de que tenía necesidad, y que la suerte le deparaba; pero, por una especie de pudor moral, quizás por temor de que la vituperasen, no habló de ello ni á su madre ni á su marido.

Aquel golpe fatal aunque previsto, abatió mucho á Félix. Durante varios días, anduvo por la casa con aspecto huraño y melancólica mirada, sin hablar á nadie, ni á su mujer, después, una mañana abrió el piano, y creó una encantadora melodía. Por la tarde, cuando Albina volvió de la calle de Boulogne, á donde había ido para preparar su instalación, la llamó y ejecutó en su presencia esta nueva obra.

—¡Es bellísima!—le dijo no sin cierta secreta amargura.—¿Has hecho eso hoy?

—Sí. Es una marcha fúnebre para un niño.

Albina se apartó sin proferir una sola palabra. Aquello era demasiado y demasiado pronto también: ¡la *Marcha fúnebre* se uniría al *Canto de Bodas* en los conciertos!

—¿No te gusta?—preguntó Félix algo amostazado.

Hacia mucho caso de sus opiniones musicales.

Ella se acercó de nuevo y posó sus delicadas manos sobre los hombros de su marido.

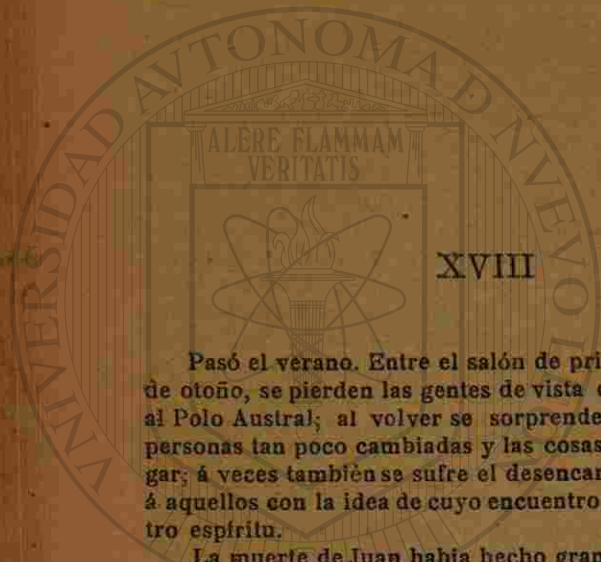
—Sí—le dijo—me parece bellísima. ¡Eres muy dichoso porque puedes trabajar, mi querido marido!... eso te distraerá... has hecho bien;—hablaba sinceramente, pero de pronto se iluminó su pensamiento: había comprendido que aquel orgulloso no era sino un niño, un niño grande que tenía á cuidado hasta cierto punto. La misma atmosfera de dolor y clemencia envolvió á los dos.

—¡Ya no somos más que el uno para el otro!—murmuró Albina sollozando.

Armor la estrechó contra su corazón; en este momento la amaba más que á todo el mundo, más que á sí propio.

La frialdad que les separaba hacia algún tiempo, se fundió como la nieve; Félix se reprendía no haber sabido participar de los cuidados de la joven madre, aligerándolos en cuanto cabe dentro del poder y del deber de un padre; esta reprensión tácita le exasperaba, pues su orgullo no admitía ninguna advertencia. A la sazón, viéndola tan dulce, tan llena de sufrimientos, tan huérfana de aquel hijo de quien, más enamorado, hubiese tenido celos, la amaba con ternura porque había sufrido, y, más que nada, tal vez porque siendo débil, sólo podía encontrar apoyo en él.

Durante algunos meses, su conducta fué muy correcta, y, sin embargo, Albina no le habló de Juana; ella era su consuelo, su secreto; no estaba completamente cierta de que existiese, y con frecuencia se preguntaba, si no era todo aquello un ensueño de su imaginación calenturienta; se necesitaba la vida de Juana, y mejor aún, la de la señora Maison, tan reposada en sus maneras, tan poseída de su papel de comerciante en su tienda, para que la joven palpase la realidad de la existencia de la niña.



Pasó el verano. Entre el salón de primavera y el estrene de otoño, se pierden las gentes de vista como para un viaje al Polo Austral; al volver se sorprende uno viendo á las personas tan poco cambiadas y las cosas en su antiguo lugar; á veces también se sufre el desencanto de no ver más á aquellos con la idea de cuyo encuentro se regocijaba nuestro espíritu.

La muerte de Juan había hecho gran ruido en el mundo artístico, y jamás algún otro féretro blanco se vió tan cubierto de coronas; mas su desaparición estaba de tal modo olvidada cuando volvió el invierno, que Albina, de luto, escuchaba con asombro cómo la preguntaban más de una vez muy inocentemente:

—¿Se le ha muerto á usted alguien?... ¡Un niño ocupa tan poco espacio en la existencia de los demás!...

Fué preciso recibir en el hotel comprado al efecto; la vida de sociedad, la vida artística sobre todo, no permiten descanso; las gentes le acosan á uno y es preciso estar siempre en la brecha; triste ó alegre, sano ó enfermo, hay que recibir y recibir con la sonrisa en los labios.

Por eso Albina llevaba por la noche su luto con traje blanco. ¿Qué le importaba, por otra parte? ¡Su pena estaba muy por encima del traje! [Luego, 'al entrar en su alcoba, cerrando los ojos en la obscuridad cuando se acostaba, sen-

tía el vacío que sobre su seno había dejado la cabeza de Juan, pareciéndole un inmenso hueco en cuyo fondo palpaba su corazón ensangrentado.

Y los meses se deslizaban todos iguales: se había tocado la *Marcha fúnebre de un niño*, obteniendo un éxito semejante al del *Canto de Bodas*. El editor de Félix le había pedido una edición á cuatro manos, fácil para los niños, que produjo mucho dinero.

Una noche, Albina se quedó en casa sola, mientras que Armor había salido; de repente se acordó cómo tres años antes, en la casa de la isla de San Luis, había pasado la terrible noche de la primera representación de la *Reina Aurora*. Ahora se encontraba bien, aunque siempre débil, y su situación actual, apenas se parecía á la de entonces. Félix entró en aquel instante, Albina le miró con extrañeza. ¿Las once? ¡Nunca volvía tan temprano! Antes que ella formulara ninguna pregunta, le dijo Félix aproximándose:

—¿Te sorprende verme ya?

La besó en la frente, miró el libro que estaba leyendo y puso el sombrero sobre un mueble.

—Me aburría—continuó—la reunión comenzó mal; estoy seguro de que será insoportable.

—¿Dónde estabas?—preguntó distraidamente Albina.

—En casa de Bordant—respondió casi entre dientes. Fuera hace frío... Aquí se está bien... Muy bien... Esto es lindo... Y paseó su mirada en derredor suyo, cual si nunca hubiera visto los objetos que le rodeaban.

En efecto, aquello era lindo. Había hermosas palmeras, raros tapices, varios cuadros firmados por nombres conocidos, en marcos cuyo oro arrojaba sobre la pintura algo de resplandor discreto de la lámpara; todo era, pues, rico y artístico al mismo tiempo que digno de él y de Albina.

—¿Es fea la casa de Bordant?—preguntó la joven, satisfecha de esta explosión de admiración completamente inesperada.

—¿La casa de Bordant? ¡Ah, sí! No, no es fea; pero ésta está mejor puesta, sin embargo.

Se había quitado los guantes y los doblaba con un cuidado, que no tenía por costumbre. Los colocó junto al sombrero y volvió al lado de Albina.

—¡Las once nada más! ¿Qué ¡vamos á hacer para acabar la noche? ¿Quieres que nos marchemos á cenar á cualquier parte?

Ella le miró estupefacta.

—¿Cenar? ¿Tienes hambre?

—No, cenar por cenar.

Se le aproximó muy de cerca besándola en el cuello como un marido enamorado.

—Hueles bien— dijo con amable tono.

—¿Yo? Creo no oler nada— dijo Albina sonriendo.

—¡Precisamente eso es lo que huele bien! Hay personas que se perfuman hasta producir jaqueca á los demás.

Habia pronunciado esta frase con cierta apariencia de rencor, que atrajo la atención de su mujer, la cual le miró más atentamente.

—¿Quieres que vayamos á cenar en gabinete reservado? Tendrá gracia, eso eso no lo hemos hecho nunca. Vamos, ven.

Le tiró de la manga como un niño mal educado, pero ella resistió riéndose nerviosamente.

—¿Ir á cenar á una fonda?— dijo— ¡para que mañana lo digan los periódicos!

—Y bien, aunque así sea— respondió Félix— puede uno estar de vena con su mujer.

Un rayo de luz iluminó la inteligencia de Albina, pero rechazó el extraño pensamiento que se le había ocurrido.

—No— dijo— una mujer que se estima no debe exhibirse por las fondas ni aun con su marido.

¡Te haces la gazmeña!— dijo Armor malhumorado.

—Tal vez; pero te digo rotundamente que no.

Félix se echó como aburrido sobre un diván. Todos los instintos de joven bien educada se revelaban en Albina contra la proposición de su marido, sintiendo rugir en su interior la cólera, próxima á estallar, cual si hubiera sido insultada.

De cuando en cuando dirigía una mirada sobre el diván, porque á pesar de todo no quería verle de mal humor. Félix se levantó al cabo de cinco minutos.

—¿Con que no quieres venir?

—No, querido Félix, y pensándolo bien tampoco querías tú que fuese.

—Bueno, pues me voy solo. Adiós.

Albina, que se había levantado, púsose delante de él.

—Marido mío, es preciso que me escuches un instante.

—¿Un espectáculo?

—No, una explicación.

—¡Lo mismo da!— dijo irónicamente.—Y bien, señora, explíquese vd.

Ejecutó con el brazo un gesto teatral y burlesco señalando una silla. Albina no hizo caso, y ambos permanecieron en pie uno enfrente de otro en medio de la casi obscuridad de la habitación, lejos de cuanto tenía apariencia de intimidad y de dulzura.

—Has vuelto tan pronto— dijo Albina con calma y firmeza— porque te han faltado á una cita.

—¿De negocios?

—No, con una mujer.

Quería defenderse gritando con fuerza, pero su mujer le interrumpió sin turbarse.

—No hagas ruido; no hay necesidad de que los criados se enteren. Te han faltado á la cita y has venido aquí despechado. No te enfades, porque á nada conduciría. Ya ves que yo no lo estoy. Ibas á cenar en la fonda con una... persona que usa perfumes tan subidos que producen jaqueca.

Félix fue á sentarse en el diván á dos pasos de allí, silbando una canción. Albina permaneció de pie en el mis-

mo sitio, imperturbab'e aunque su sér parecia hervir como el metal en el horno

—Entonces, para no perder la noche, se te ha ocurrido la idea de llevarme á cenar del mismo modo... Será muy graciosa esta idea, pero yo no puedo aceptarla.

—¿Has terminado tu novelita?—dijo Félix sin levantar la cabeza.

—Todavía no. Además, presentándote conmigo en una fonda, adonde supongo que no irías por vez primera, podías probar perfectamente la coartada, en caso de que alguien pretendiera haberte visto con otra mujer. Entonces me dirías riendo: «¡Está gracioso! ¡No te han conocido y me calumnian!» Eso, Félix, es perversidad. Podría perdonarte que me engañases, pero emplear tales medios conmigo, no puedo menos de considerarlo una grave ofensa. Ahora, sal si quieres; me darás un disgusto.

Félix se había levantado con las cejas fruncidas, dejándolo ver en su aspecto toda la cólera que le embargaba; pasó delante de Albina con el sombrero puesto.

Ella sintió desfallecer su corazón. ¡Le amaba tanto, á pesar de todo! Y como había dicho, ya no existían más que los dos... ¡Ay! Albina sólo tenía á Félix, porque éste casi no necesitaba de ella. Estuvo á punto de llamarle, mas se contuvo, comprendiendo que, si cedía, no sería más que una miserable esclava de los caprichos y de los gustos de su marido; pues sabía que, como era terco, la llevaría á la fonda por salir vencedor, pero que volvería á casa degradada ante sus propios ojos y caída de su tranquilo esplendor de mujer honrada.

La puerta del hotel se cerró haciendo un ruido sordo; Albina tendió los brazos y gritó: ¡Félix! Después cayó de rodillas llorando junto al diván en que su marido estaba sentado un momento antes.

—¡Oh, Juan! ¡Oh, Juanito, partido de este mundo! ¡Nada hay que consuele á la madre! ¡Nada hay que consuele á la esposa!

¡Es posible que las mujeres den á luz hijos para que luego les sean tan cruelmente arrebatados!

¡Cuando el marido es injusto, perverso, infiel, entonces la madre se retuerce con desesperación las manos, considerando que ya nada queda, nada absolutamente!

Había llorado y sollozado tanto, que estaba sin fuerza y sin aliento. Sentose en el suelo, apoyando la espalda contra el asiento del diván. Las ideas se ausentaron de su cerebro, en el que reinaba por completo el más desconsolador vacío. Su cuerpo estaba desfallecido con la violenta sensación de que algo había concluido; no se daba cuenta de qué, pero acaso era su amor....

Sintió que la puerta se cerraba cuidadosamente. ¿Era Armor que volvía? Ignoraba cuánto tiempo permaneció sola. El reloj dió las doce.

¡Tan pocos minutos, tal vez treinta, y en ellos no más agotó toda una eternidad de dolor! Si era él, debía levantarse y mostrarse tranquilo, á fin de que no sorprendiera sus lágrimas. A los hombres no les gustan las mujeres que lloran, había dicho su madre. Ahora no se trataba de seguir el consejo; era orgullosa y no quería que su marido comprendiese la extensión del mal que causara.

Se levantó con gran trabajo. ¡Qué cansados estaban sus miembros! ¡Cuán débil se sentía! Félix entró con arrogancia, pero algo corrido.

—¿No te has acostado?—dijo á su mujer como sorprendido de encontrarla allí.

Albina hizo con la cabeza un signo negativo, y se dirigió hacia su cuarto. Su vacilante paso impresionó el corazón de Armor, levantó bruscamente la pantalla del quinqué, y viendo pálido y contraído el rostro de la joven, corrió á su lado.

—¡Pobre Albina mía—exclamó conmovido—qué disgusto te he dado!... Pero, también ¿por qué te forjas á tu gusto historias semejantes?

Albina le tapó la boca con la mano. ¡Que no mintiese, sobre todo! La mentira sería peor que lo demás.

— Ven, mujercita mía, ven

La condujo á su cuarto prodigándole tiernísimos cuidados, y ayudola después á acostarse entre mil cariñosas palabras, pues ya sabemos que no era del todo malo.

Albina aceptaba sus atenciones con agradecimiento, pero con tal tristeza á la vez, que le pareció no haber sabido nunca hasta entonces lo que era el pesar. En su dolor de madre, había algo de augusto: en esto, sólo existía una baja amargura que casi la avergonzaba.

Cuando se acostó, pálida, con un gran cerco sombrío alrededor de sus ojos, Armor fué á apagar la lámpara de su estudio, después volvió junto á su esposa.

— Eso no iba en serio, ¿verdad?— dijo Albina.— Y bien, demasiado sabes que te quiero mucho.

Le perdonaba de todo corazón, ¡es tan cruel guardar rencor á quien se ama! ¡Quién sabe si tan sólo después de semejante prueba había querido prodigarle sus caricias!

XIX

Transcurrieron tres años, durante los cuales Félix Armor produjo muy poco: una composición para orquesta, que apenas despertó interés, algunas melodías y una media docena de trozos para piano. Se ocupaba en una pantomima para la Ópera; pero, además de no estar muy satisfecho de la música, los retrasos que debe sufrir toda obra destinada á esta escena le desalentaban á cada instante. Para trabajar con fe, necesitaba inmediato estímulo, y los trabajos á largo plazo inspirábanle poco.

En cambio, se divertía mucho con unos cuantos amigos, á quienes alegraba su buen humor.

— ¡Lástima que Armor sea un perezoso!— decía Desroches con sincero pesar.

— ¡Qué marido tan delicioso tiene usted!— decían á Albina las mujeres, bastante envidiosas de tal fortuna.

Albina sonreía, sabiendo que la primera ley de la prudencia social es mostrarse contento con su suerte; pero hubiera podido decir cuánto cuesta dentro del hogar la buena disposición de un hombre echado á perder por el éxito.

Había también cierta malicia en el fondo del empeño que ponían en alabar á su marido. Contábanse entre las mujeres algunas historias, encaminadas á probar que Armor no era apreciado únicamente por la buena sociedad; y era para ellas negocio de interés saber si Albina conocía estas

Albina le tapó la boca con la mano. ¡Que no mintiese, sobre todo! La mentira sería peor que lo demás.

— Ven, mujercita mía, ven

La condujo á su cuarto prodigándole tiernísimos cuidados, y ayudola después á acostarse entre mil cariñosas palabras, pues ya sabemos que no era del todo malo.

Albina aceptaba sus atenciones con agradecimiento, pero con tal tristeza á la vez, que le pareció no haber sabido nunca hasta entonces lo que era el pesar. En su dolor de madre, había algo de augusto: en esto, sólo existía una baja amargura que casi la avergonzaba.

Cuando se acostó, pálida, con un gran cerco sombrío alrededor de sus ojos, Armor fué á apagar la lámpara de su estudio, después volvió junto á su esposa.

— Eso no iba en serio, ¿verdad?— dijo Albina.— Y bien, demasiado sabes que te quiero mucho.

Le perdonaba de todo corazón, ¡es tan cruel guardar rencor á quien se ama! ¡Quién sabe si tan sólo después de semejante prueba había querido prodigarle sus caricias!

XIX

Transcurrieron tres años, durante los cuales Félix Armor produjo muy poco: una composición para orquesta, que apenas despertó interés, algunas melodías y una media docena de trozos para piano. Se ocupaba en una pantomima para la Ópera; pero, además de no estar muy satisfecho de la música, los retrasos que debe sufrir toda obra destinada á esta escena le desalentaban á cada instante. Para trabajar con fe, necesitaba inmediato estímulo, y los trabajos á largo plazo inspirábanle poco.

En cambio, se divertía mucho con unos cuantos amigos, á quienes alegraba su buen humor.

— ¡Lástima que Armor sea un perezoso!— decía Desroches con sincero pesar.

— ¡Qué marido tan delicioso tiene usted!— decían á Albina las mujeres, bastante envidiosas de tal fortuna.

Albina sonreía, sabiendo que la primera ley de la prudencia social es mostrarse contento con su suerte; pero hubiera podido decir cuánto cuesta dentro del hogar la buena disposición de un hombre echado á perder por el éxito.

Había también cierta malicia en el fondo del empeño que ponían en alabar á su marido. Contábanse entre las mujeres algunas historias, encaminadas á probar que Armor no era apreciado únicamente por la buena sociedad; y era para ellas negocio de interés saber si Albina conocía estas

cosas ó las ignoraba: en este caso debía ser muy necia; pues nada tan fácil como saber lo que se desea; y si no ¿por qué tenía aquel aspecto tranquilo y sonriente, que constituía la mitad de su gracia?

Los señores Frédel no se habían repuesto del golpe recibido con la muerte de Juanito; sumamente envejecidos ambos, pasaban los inviernos en el Mediodía, á causa de las frecuentes bronquitis del señor Frédel. La madre no sabía nada sobre la conducta de su yerno; viviendo como tranquilos rentistas, casi retirados de la vida, ni ella ni su marido estaban al corriente de las mundanas indiscreciones, y, hubiera sido un verdadero caso de conciencia turbar su tranquilidad. Albina parecía estar contenta; la intranquilidad que, no obstante, se descubría en ella, podía atribuirse á sus sentimientos maternos.

Al revés de la mayor parte de las abuelas, la señora Frédel no había deseado otro nieto, sabiendo que ninguno podría reemplazar al ausente, y temiendo que volviesen para su hija los sufrimientos y las angustias que habían acompañado á su primer alumbramiento. Por lo demás, cuando se es viejo y se está cansado, quiere uno suponer dichosos á los que se ama, porque un secreto instinto del egoísmo nos advierte el tormento que nos produciría lo contrario.

Sin ligarse intimamente con ninguna mujer, sin crearse ninguna de esas relaciones que exigen confianzas, la esposa de Armor tenía amigas: las unas, de mucha más edad, habían simpatizado con ella, meced á la seriedad de su carácter y á la dignidad de sus costumbres, las otras, de sus mismos años, la estimaban por sus encantos, ó bien por una semejanza de gustos, de ideas, y quién sabe, si también de contrariedades sufridas en silencio. Existen, en fin, en el grupo social de que formaba parte, mujeres que le significaban más simpatía de la que ella les mostraba, pero encontrándolas por todas partes, se veía obligada á tratarlas con agrado.

Entre las últimas, contábase la señora Dutard, casada con un músico de talento, algo mayor que Félix, muy trabajador, que daba lecciones para subvenir á las necesidades de su familia.

Clara Dutard, era una mujer morena, de andar emancipado y resuelto, bastante joven, no muy linda, pero que tenía el don de agradar á los hombres. Rodeábala siempre un grupo en el que se reía mucho y muy alto; su especialidad consistía en decir cosas enormes bajo una apariencia inocente.

Su marido las reía el primero, con aire simplón; fuera de su arte en nada estaba muy fuerte que digamos.

Las personas serias no sabían qué pensar de la señora Dutard; ¿era una desvergonzada, ó una aturdida que hablaba á tontas y á locas, ó bien una marrullera que ocultaba su juego bajo cierta apariencia de ligereza? Albina con su habitual prudencia, se reservaba su opinión, sabiendo que era de gran peso para las mujeres de su trato.

Armor hizo en su casa la presentación de su compañero Dutard, que había pedido permiso para llevar á su mujer. El matrimonio Dutard estaba en todas las fiestas, tanto mas cuanto que se invitaba á sí propio cuando se prescindía de él, haciéndolo el músico con una sencillez real, incapaz de creer en omisiones voluntarias.

Félix se divertía visiblemente con las enormidades de la Dutard, que tenía fama de ser muy ingeniosa: seguramente que, si se dice todo cuanto se piensa, á menos de ser estúpido del todo, se hace gracia de cuando en cuando. La indiferencia de su mujer por esa clase de agudezas le contrariaba un poco, por lo que solía llamarle irónicamente la señora Razón.

Pasados algunos meses, Félix dejó de extasiarse con la superioridad de la Dutard, lo cual tranquilizó á Albina; desde entonces soportó á aquella mujer con más paciencia; su buen natural la impulsó hasta dispensarle algunos cumpli-

dos, para reparar así la friedad con que la acogiera en un principio.

Bailábase una noche en casa de una de esas notabilidades del momento, y la reunión ofrecía un aspecto brillantísimo. No era una de esas fiestas obligatorias, digámoslo así, sino una reunión de confianza en que cada cual se divertía á su modo.

Albina, que había tomado parte en la diversión, descansaba en su gabinete conversando con Desroches y dos ó tres amigas más, cuando vió pasar á su marido llevando del brazo á Clara Dutard. Se acordó de repente que había olvidado preguntarle á qué hora vendría el coche, y se levantó dirigiéndose hacia él; pero como se interpusiera un grupo de gente, perdióle de vista.

Ya era tarde. Albina sabía cuán difícil es encontrar á una persona en un salón de baile, y decidió aguardar á Félix en un sitio desde donde pudiera verle pasar. De pronto oyó su voz tras sí, en un corto pasillo muy solitario, que ponía en comunicación dos piezas destinadas á guardarropa.

—Mañana á la hora de siempre—decía Armor, en ese tono de voz perfectamente inteligible que algunos toman por misterio.

—Mañana no, es jueves—respondió Clara—y tengo encima á los chicos toda la tarde. Pasado mañana si quieres, pero á las cuatro; él no sale antes de las tres y media, ¡es tan posma! ¿Serás puntual, eh? el otro día, por poco nos haces....

—Estate tranquila—respondió Armor.

El vals terminaba, las parejas se esparcieron por todas partes; Albina que en su pasmo no había vuelto la cabeza, hizo un movimiento brusco y vió á su marido acompañando tranquilamente á la Dutard, como si la trajese del buffet.

—¿Qué tiene vd., hija mía?—dijo Desroches aproximándose.—Diríase que ha visto vd. algún espectro.

—Creo que sí—respondió Albina esforzándose por son-

reír, pero sin conseguirlo.—Acabo de sufrir un vértigo.... Lléveme vd. á cualquier parte donde pueda sentarme.

Pronto le encontró un sitio; y se sentó junto á ella.

—¿No se encuentra vd. mal? ¿de veras?

—No, gracias. Estoy cual si me hubieran dado un golpe en la cabeza; esto pasará en breve.

Desroches la miró con atención, y comprendió al punto de qué género era el golpe que acababa de recibir. Veinte veces le había advertido á Armor, sin otro resultado que s fiones, porque Félix parecía de la raza de los avestruces-que, con sólo esconder la cabeza, gozan al instante de perfecta quietud; además, nunca le habían sorprendido todavía, ¿por qué no seguir así indefinidamente?

—¿Quiere vd. marcharse? avisaré á Félix.

—Aún no—dijo Albina—quisiera reponerme antes un poco.

Hizo dos ó tres profundas inspiraciones, mirando en torno suyo, y recobró su color habitual. Un gran desprecio se extendía entre ella y su marido como un lago helado; parecía retroceder por grados ante aquella superficie pesada y fría, alargándose, de esta suerte, la distancia que mediaba entre ambos. Pensaba en esto sin cólera, casi sin turbación, cuando Desroches la sacó de sus reflexiones, preguntándole:

—¿Me permite usted que la presente á alguien que estimo mucho?

—Sin duda—dijo Albina distraita, volviéndose hacia él.

—Es mi joven amigo Lorenzo Pontet; he querido mucho á su padre, suplico á usted un poco de benevolencia para con él.

Albina vió en su presencia á un joven de unos veinticinco años, de mediana estatura y muy bien puest, cuyos ojos pardos la miraban con evidente respeto y admiración á la vez.

—Los amigos del señor Desroches son nuestro, caballero—dij;—mi marido tendrá mucho gusto....

Esta frase trivial se detuvo en sus labios; ¡parecióle tan extraño hablar de su marido cuando se sentía tan lejos de él! El joven se inclinó dándole las gracias. Desroches observaba con disimulo á Albina, preguntándose cuál sería la profundidad de la herida que acababa de recibir.

—Señora—le dijo—creo que voy á buscar á Félix; usted no se encuentre bien....

—No, no, se lo suplico á usted; déjele que se divierta. Sin quererlo, había subrayado con cierta amargura esta última palabra. Desroches no insistió.

Volviéndose hacia Pontet, Albina le hizo sentarse junto á ella, y mediante un gran esfuerzo comenzó á interrogarle, como hacen las mujeres cuando quieren tranquilizar á un tímido.

Lorenzo no olvidó nunca la bondad que le dispensó aquella noche la linda Albina, mujer de un hombre célebre, tan divinamente graciosa con su vestido azul pálido, sus rubios cabellos y su correcto perfil; nunca olvidó tampoco la sonrisa de aquellos temblorosos labios, ni la bondadosa mirada de aquellos inteligentes ojos negros; no sabía lo que le pasaba, pero adivinó que se hallaba herido en alguna de las fibras más íntimas de su corazón. Por sencillo que fuese, este químico tenía ojos, y sintió compasión por aquella mujer encantadora, que á pesar de sus sufrimientos, le prestó atención á él, desconocido, torpe y vergonzoso..... Sintió una compasión eterna, que fué luego una de las grandes fuerzas de su existencia.

En aquel momento, se bailaba en ambos salones y se reía á carcajadas en el cuarto de fumar; las parejas pasaban conversando tranquilamente: los hombres, solícitos ó graves; las mujeres, desdeñosas ó coquetas; el piano, ahogado á veces por el ruido, esparcía después multitud de notas que caían como la lluvia de los fuegos artificiales; todo era allí alegre, lindo, brillante.

—¿Hace mucho tiempo que ha perdido usted á su madre?—decía Albina con la cabeza baja, mirando con tal distracción á un pliegue de su vestido, que en realidad no veía.

—Dieciocho meses. Era mi mejor esperanza....

Albina le miró con aire interrogador.

—Llegar á ser rico para que ella fuese dichosa—continuó Pontet.

—Llegará usted á ser rico..... y se casará usted—dijo la esposa de Armor.

No respondió. El sentimiento de que no se casaría, acababa de entrar en él, como un soplo de viento entra de repente por una ventana abierta.

—No será lo mismo—dijo, viéndose obligado á responder.

El vals tocó á su fin, las gentes iban y venían, Armor se aproximó muy gozoso, según indicaba su rostro lleno de animación.

—¿No bailas, Albina?

—No, estoy hablando. Desroches me ha hecho la presentación de su amigo..... Don Lorenzo Pontet, el señor Armor; los dos hombres se estrecharon las manos.

—¿Para qué hora el coche?

—Para la una.... ¡Diabló! son las dos. En fin, cuando quieras; pero está esto tan encantador esta noche....

—Aquí me quedo—dijo su mujer.—Ven á buscarme cuando gustes.

Félix estaba ya lejos; Albina le vió inclinarse ante una mujer y hablar galantemente con ella.

—¡Y decir que ahora no habrá ni una sola de la cual esté segura!—pensó la infortunada esposa, mirando en torno suyo.

Pero bien pronto se arrepintió de aquella idea injusta.

¡No! Había allí muchas mujeres de las que nunca debía sospechar, y por cierto en mayor número.

Pontet se había separado para no ser importuno; parado á cierta distancia no apartaba sus ojos de Albina, la cual respondía exactamente á todos los sueños y deseos que él se había forjado.

Era un muchacho fino, muy sensible, bajo la corteza algo dura de los que han cultivado solamente la ciencia; de origen mediano, premiado en varios concursos, tenía á la vez algo que le hacía sombriamente orgulloso y tímidamente desconfiado, á lo cual hay que añadir un corazón tierno, que no tuvo tiempo para amar; y un alma virgen que no dejó en la inevitable desilusión de los veinte años más que el sentimentalismo romántico, pero no la frescura del sentimiento, un alma hecha para el amor profundo, si bien contenida entre los límites estrechos de la aspereza de los juicios que formaba, no de los demás, si no de sí mismo.

Albina estaba muy favorecida: las jóvenes venían á hablarle y á estrechar su mano al pasar; los hombres permanecían ante ella algo inclinados respetuosamente; todos envidiaban al feliz Armor por tener una mujer tan deliciosa, diciendo muchos que Albina era un bien perdido, toda vez que su marido apenas le hacía caso, y que ella, á su vez, no hacía caso de los demás.

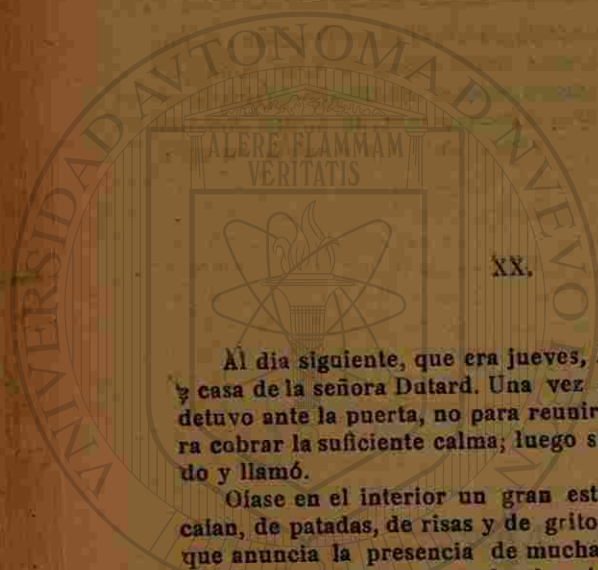
Nadie se hubiera atrevido á decirselo. Armor tiraba bien y era pájaro de cuenta; por lo demás, Desroches, sin parecerlo, era un incomparable guardián, que velaba por ella cual si le perteneciese.

Se hallaba, no sólo bajo la salvaguardia de él, sino bajo la de todos, siendo la mujer respetada y respetable entre cuantas se citaban con orgullo.

Por fin, la concurrencia disminuyó; en la sala de fumar se distinguía sobre el entarimado una roja alfombra, y cuan-

do se ve el color de las alfombras, es señal de que la reunión toca á su término. Armor vino á buscarla y la condujo á casa, donde Albina apenas hablaba, limitándose á responder sencillamente á las preguntas que aquél le dirigía; meditaba un plan que quería madurar antes de ponerlo en práctica.





Al día siguiente, que era jueves, Albina se encaminó á casa de la señora Dutard. Una vez que hubo llegado, se detuvo ante la puerta, no para reunir sus fuerzas, sino para cobrar la suficiente calma; luego subió al cuarto segundo y llamó.

Oíase en el interior un gran estruendo de sillas que caían, de patadas, de risas y de gritos, de todo, en fin, lo que anuncia la presencia de muchachos mal educados en día de asueto. Era tan grande el escándalo, que no oyeron sonar el timbre. Albina se mordió un poco los labios, y tocó más fuerte. El tumulto cesó al instante, siendo reemplazado por un cuchicheo. Una niñera, enteramente desgredada, vino á abrir.

Era la primera vez que Albina la veía, porque en casa de la señora Dutard cambiaban á menudo de criados.

—¿Quiere decirle á la señora que una conocida suya desea hablarle dos palabras?

La niñera, algo turbada, abrió la puerta y fué á dar el recado; después de un breve diálogo sosteniendo á media voz entre la niñera y Clara, ésta asomó la cabeza por una puerta que estaba entreabierta. Al ver á la esposa de Armor entró sonriente, tendiéndole ambas manos.

—¡Querida amiga, cuánto gusto en verla por aquí! Perdóneme usted mi traje, los niños ...

El traje necesitaba en verdad de excusa; era un peinador claro que en otro tiempo había estado adornado con encajes blancos, los cuales, al presente, se hallaban hechos girones. Pero la frase quedó sin concluir en los labios de Clara ante la actitud de Albina. Oíanse en el comedor las risas ahogadas y el pataleo de los niños que tornaban á sus juegos.

—Tengo que hablar á usted—dijo la mujer de Armor reposadamente.—¿Estamos solas?

Clara Dutard frunció las cejas y fué á cerrar las puertas; luego volvió algo inquieta, pero á cien leguas de sospechar la verdad.

—Señora—dijo Albina con su dulce acento—usted es la querida de mi marido.

—¿Qué horror!—exclamó Clara con un gesto de sorpresa muy natural.

La joven continuó sin turbarse:

—He oído ayer en el baile la conversacion de usted y vengo hoy precisamente porque estaba segura de encontrar á usted en casa con sus hijos, según usted había dicho.

Clara dirigió una mirada de angustia hacia la pieza próxima, donde habían comenzado á sentirse los acordes de un piano.

—No tema usted nada; su marido está allí, pero no tengo intención de decirlo; lo que quiero es hablar á usted. El señor Dutard es un hombre honrado y no debo turbar su reposo. Es también valiente, según me han dicho. ¿No ha pensado usted un momento en que su marido y el mío podían encontrarse un día, terminando esto por un desafío?

—¡Señora! ...—intentó decir Clara.

—No me interrumpa usted, se lo ruego; por lo visto no es esta la primera vez, si así fuera no tendría usted tanta tranquilidad en medio de su falta.... Rompa usted con mi marido al instante, sin explicaciones.

Clara escuchaba con la cabeza baja.

— ¿Y si no puedo?— replicó mirando solapadamente á Albina.

—Nuestros maridos se batirán y el escándalo le hará salir á usted de Paris. Adiós, señora.

Clara Dutard permanecía con la cabeza baja, como si meditase alguna traición. Albina pudo convencerse de que nada había conseguido.

—Si usted no me obedece—dijo disponiéndose á abrir la puerta—contaré su historia á todos nuestros amigos.

—Y no la creerán á usted—repuso la Dutard sin cambiar de actitud.

—¿Sí? ¿No me creerán á mí que nunca he mentido?

Clara la detuvo con un gesto.

—¡Y si nuestros maridos se baten!

—Usted lo habrá querido, con la cual sólo conseguirá deshonorarse.

Albina salía, pero Clara volvió á llamarla.

—¿Va usted á dejar de recibirme; ¿qué dirán las gentes?

—Permítame á usted que deje nuestra contienda á mi cargo. La semana próxima daré una comida á la cual no será usted invitada; esto deberá bastarle.

Albina se marchó sin mirar tras sí. En las habitaciones interiores se oía al músico trabajar en un concierto de Liszt; en otra pieza los chicos pateaban arrancándose recíprocamente los cabellos . . .

—¡Qué vida!—pensó la mujer de Armor tomando el camino de su casa.

En la esquina de la calle de Boulogne se detuvo. En aquellos días de invierno Juana estaba pocas veces en la tienda. Después de dirigir una mirada al interior de aquélla, Albina se decidió á entrar.

—¿Cómo está Juana?—preguntó á la fatera.

La mujer, levantándose, acercó otra silla maquinamente.

—Regular, señora, mu. has gracias; hace algunas sema-

que está desganada y tiene tos, la ve el médico y no dice nada, pero á nosotros nos tiene con cuidado.

La pobre mujer hacía esfuerzos para no llorar.

—¿Puedo verla?—dijo Albina.

—Sí, señora, si quiere usted molestarse en subir. No está bien puesta nuestra casa, pero la tengo limpia. Sus hermanos han ido á paseo con el maestro.

La esposa de Armor subió la tortuosa escalera que conducía al entresuelo, y empujó una puerta. El cuarto que se ofrecía á su vista no era grande, pero estaba sumamente limpio. Echada en la cama de sus padres encontrábase Juana, y una niña de la vecindad trataba de entretenerla con varios juguetes, sin conseguirlo.

Juanita, que pronto cumpliría seis años, estaba delgada pero muy linda. Sus ojos eran demasiado grandes para aquella carita, y sus transparentes manos de princesa se hallaban pálidas y empequeñecidas. Al ver á Albina hizo un movimiento para levantarse; ésta la cogió en sus brazos con indecible emoción, pensando que así hubiera estado Juan de haber vivido débil y enfermo.

—¿Me quieres?—dijo á la niña que le había rodeado el cuello con sus bracitos, estrechándola apasionadamente.

—¡Oh, sí!—respondió la pequeña agazapándose sobre su hombro.

La señora Maison las miraba sonriendo enternecida.

—Es raro que la quiera á usted tanto; no habla más que de usted, y creo que desde hace algunos días estaba disgustada porque no la veía.

—¿No la saca usted?—preguntó Albina, acariciando las piernecitas rectas y delgadas como cañas, sin indicios de pantorrillas.

—¿Cómo sacarla? ¡No tenemos tiempo! De no estar en la tienda sería otra cosa.

—¿Quién la asiste?

—El doctor Réginer . . . ¿Le conoce usted?

—Algo . . . Es una bella persona.

—Y un buen médico, señora, ¡oh, sí!

Albina meditaba, teniendo en sus brazos á Juanita, que jugaba con los azabaches de su abrigo. Miraba en torno suyo, maravillándose de no sentirse extraña en aquella habitación tan sencilla, donde todo revelaba una vida metódica y honrada. Una puerta entreabierta dejaba ver otro cuarto.

—¿Es esa la habitación de los niños?—preguntó la esposa de Armor.

—Sí, señora.

La frutera abrió de par en par la puerta; la habitación era también pequeña, pero estaba muy ordenada; varios estantes sostenían algunos libros, y de las perchas pendían, con los trajes de ir al colegio, unos cuantos juguetes, un aro, una pelota dentro de su red, y dos saquitos con bolas de cristal. Albina sintió oprimirse el corazón. ¡Dichosagentes que tenían tres hijos! Sólo á Juana amaba con toda su alma: los hermanos de ésta, saludables y robustos, únicamente le inspiraban simpatía en razón del parentesco con la pequeña.

—Vamos, adiós, me voy—dijo á la niña colocándola otra vez en la cama.

Pero Juana quiso acompañarla hasta la puerta. La señora Maison, muy conmovida por esta visita, dió las gracias á Albina con sencillez y sin frases de ceremonia.

—Volveré pronto—dijo la esposa de Armor saliendo.

En vez de ir á su casa, llamó á la puerta del doctor Régner, que aún no había terminado su consulta. En pocas palabras le explicó su objeto.

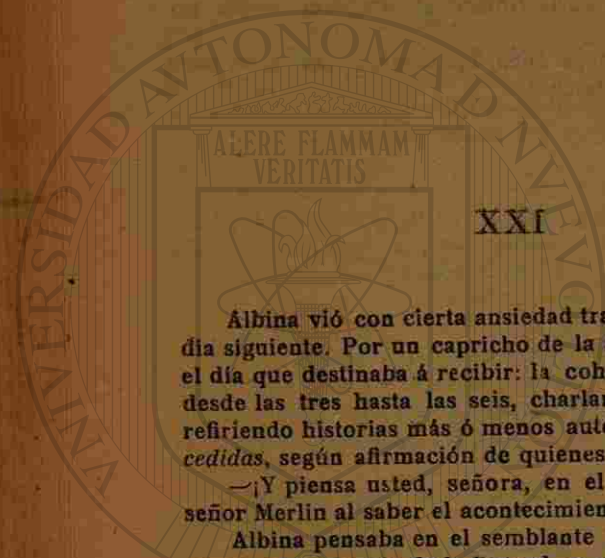
—Si es posible procurar á esta niña cualquier cosa que sus padres no puedan, yo lo haré—le dijo. ¡Sirva el dinero alguna vez para algo que no sea proporcionar cuidados!

—En ese caso—respondió el doctor—hé aquí mi prescripción: Todo el bienestar posible, sin mimo de ningún género. Alimentación un poco más escogida, que excite el apetito, paseos en coche al aire libre, y á pie luego que cobre fuerzas; y tal vez, en verano, baños de mar.

—Muy bien, doctor—dijo Albina retirándose.

Yendo hacia su casa, se asombró repentinamente de no haber pensado más en la Dutard ni en Armor, desde que entró en la frutería.

—¡Ah, si me viviese Juan, los demás se me daría poco cuidado!—pensó tristemente.



Albina vió con cierta ansiedad transcurrir la tarde del día siguiente. Por un capricho de la suerte, el viernes era el día que destinaba á recibir: la cohorte de visitas desfiló desde las tres hasta las seis, charlando á más y mejor, y refiriendo historias más ó menos auténticas, pero todas *sucedidas*, según afirmación de quienes las contaban.

—Y piensa usted, señora, en el semblante del pobre señor Merlin al saber el acontecimiento!

Albina pensaba en el semblante que su marido debía poner en presencia de la Dutard, y en lo que ésta hubiera podido decirle. ¿Habría roto bajo cualquier pretexto? ¿Le habría contado la visita de su mujer? ¿No le habría dicho nada y estarían los culpables en aquel momento burlándose de aquellos á quienes engañaban?

Dieron las seis en el reloj del comedor, cuyo timbre repercutió en todas las habitaciones de la casa, cuando Armor entró en su estudio, abandonado los viernes á Albina para recibir á sus amigos. Su aspecto inquieto y cierta sonrisa desdeñosa, anunciaron á su mujer que la explicación había tenido lugar.

Al verle, la mayor parte de las señoras se retiraron, pretextando que era tarde. Dos ó tres más atrevidas, olfateando un espectáculo de familia, se quedaron. ¿Sabrían

por fin si Albina tenfa por qué quejarse de su marido? Esto las interesaba sobremanera.

Pero Félix, por cafadado que estuviese, tenfa bastante dominio de sí mismo para evitar un escándalo; se sentó en un rincón, poniéndose á hojear partituras, y las curiosas, al cabo de cinco minutos, viendo que perdían el tiempo, se decidieron á marchar.

Cuando el ruido de la puerta aseguró á Félix que no sería interrumpido, se volvió hacia su mujer, sin aproximarse, y con voz temblorosa por la cólera, le dijo:

—¿Con qué derecho te mezclas en mis asuntos?

El ataque era por su forma tan imprevisto, que Albina quedó desconcertada; pero como tenfa clara inteligencia, se repuso al punto.

—Me parece—respondió tranquilamente—que tus negocios son también los míos; estando casados, tus asuntos y los míos son de los dos.

Félix, en un momento de mudo furor, arrugó entre sus manos algunas hojas de música, arrojándolas contra el suelo.

—¿Has cometido ayer una acción inatificable!—repuso, tratando de contenerse.—Has ido á casa de una mujer res-
etada por todo el mundo, para manchar su reputación y la mía...

Se detuvo; la cólera le secaba la garganta, impidiéndole por completo articular las palabras.

—Félix—dijo Albina más conmovida de verle en tal estado, que de las palabras que profería; sólo te pide una cosa:—no te rebajes hasta la mentira. Esa mujer ha confesado....

—¿No es verdad!—gritó el músico.—¿No ha confesado nada! ¡Tú has dicho cuanto te ha dado la gana, pero ella no ha confesado! Albina, aterrada, le miraba con extravío. Era verdad; aunque todo fuese en ella una confesión: su silencio, su actitud, hasta las pocas palabras que había respondido, Clara no confesó expresamente, luego, todo se po-

día negar. Sintió su corazón inundado por el disgusto que le causaba semejante bajeza.

Armor continuó elevando más y más el tono de su voz.

—No sé qué estupideces has imaginado, que manchas te mí nombre con calumnias de baja estofa

En esto Albina se encontraba en el pleno dominio de su razón; mostrábanse ambos demasiado necios, queriendo jugar el lance con medios tan infantiles.

—Dispensa —le dijo— ¿quieres explicarme á que obedece el escándalo que estás dando en este instante? El viernes no es día de recepción para la Dutard ni para su esposo. Si no eres el amante de esa mujer ¿para qué has ido á la cita que te dió?

Loco de furor, lanzóse Félix sobre Albina para golpearla; pero esta cambió rápidamente de lugar. Apoderándose de la mesita de té, situada junto á una butaca, Félix la tiró contra el suelo, derribando cuanto contenía; después, algo calmado con este desahogo, volvióse hacia su mujer diciéndole:

—No me irrites; ya ves que puedo ser peligroso.

Sin responderle ni mirarle siquiera, Albina salió de la estancia. En el descanso de la escalera encontró al criado, que venía atraído por el estruendo.

—Recoja usted esos trastos — le dijo— al levantarme a cabo de tirar la mesa del té.

El criado al entrar, vió junto al piano á Félix que parecía absorto en la lectura de una hoja de música. Sin decir nada lo recogió todo, y se fué á la cocina. Pero toda la casa supo que el señor había provocado un escándalo mayúsculo.

A continuación de tales escenas, lo difícil es aparentar una vida tranquila, y comer á la misma mesa sin afectar rialdad. Esta dignidad de vida, que Albina tenía en mucho, no fué respetada por Armor.

Después de la indicada escena, salió sin esperar á co-

mer; Albina comió sola; por lo noche, cuando Félix volvió, ya muy tarde, fué á acostarse en el cuarto de Coco, que se hallaba siempre dispuesto para algún amigo.

La guerra estaba declarada. Al día siguiente, por la mañana, salió muy temprano, volviendo como la víspera.

Albina se lo esperaba, inquieta por el qué dirán; pero nada hizo ni dijo que pudiera provocar un nuevo altercado. Al tercer día, mientras Félix se vestía, en el tocador, entró ella con un papel y un lápiz en la mano.

—Aquí tienes la lista de las invitaciones para la comida del día quince, — le dijo— ¿quieres ver si hay algo que modificar?

Félix tomó el papel leyéndolo con atención; cogió el lápiz y añadió por bajo: «El señor Dutard y su esposa;» después se lo devolvió, mirándola cara á cara. Albina borró con el lápiz el renglón que su marido había trazado, y dijo tranquilamente:

—En este caso, la comida no se verificará. ¿Se mandan las otras invitaciones?

—Como quieras. Ese día no he de estar en París. . . .

—Entonces es inútil invitar á nadie—repuso saliendo— la comida no tendrá lugar.

Esta determinación fué causa de mil comentarios. Desde hacía dos ó tres años, los esposos Armor daban una comida el 1º y el 15 de cada mes, desde Febrero á Mayo.

Hallábanse á la sazón en Marzo, por lo que el acontecimiento fué muy ruidoso. Las gentes se decían en voz baja primero, y muy por lo alto después, que algo grave había ocurrido en aquella casa.

La Dutard no pudo contener su despecho y habló de Albina en tales términos, que revelaban bien á las claras la cólera de que estaba poseída; pronto se notó que ambas mujeres no se visitaban y que procuraban no encontrarse en sociedad; no se necesitó más para despertar sospechas. Lo que Albina había querido guardar en secreto no tardó en ser la comidilla del día.

En sus meditaciones solitarias, Albina se había preguntado varias veces, siempre con creciente sorpresa, por qué misterio su marido, tan refinado en sus gustos, tan exigente para todo lo que concierne á la gracia y al encanto exterior de las mujeres, no se había descorazonado el primer día ante el desorden y la negligencia de la casa de Dutard.

Parecía mentira que un hombre, rodeado en su casa de delicadísimos cuidados, no se hubiese desilusionado ante aquel espectáculo tan vulgar y grosero, sin contar con los peinadores de Clara.

—Después de todo— se dijo Albina—quizás se vista de otro modo para recibirle.

Lo que más le dañaba de esta aventura no era la infidelidad, sino las circunstancias que la habían acompañado, la humillación de tener por rival á una mujer de prendas tan poco relevantes, así en lo físico como en lo moral, á lo que se unía el disgusto de vivir tan cerca; la mentida intimidad; el pensamiento de haber estrechado la mano de semejante criatura, de haberla sentado á su mesa, y la piedad por aquel pobre imbécil de marido, que reía las impertinentes ocurrencias de su esposa, no comprendiendo que el alma se degrada más fácilmente cuando el pudor ha desaparecido de las palabras.

—Sigue con ella á pesar de todo— pensaba Albina con disgusto—¡ha preferido correr el riesgo de ser descubierto á romper sus relaciones!

Se engañaba, sin embargo; tres ó cuatro días después de la escena conyugal, los amantes habían concluido:

Además de no ser la fidelidad una de las prendas de Félix, no había experimentado por Clara pasión alguna, sino un poco de atractivo sensual.

Por una contradicción muy natural, Armor, que había obrado con tanta violencia contra la intrusión de su mujer en el sagrado dominio de su libertad, no empleó menos cuando su querida habló irrespetuosamente de Albina.

Atacando á su mujer se le atacaba á él en lo que le atañía más de cerca: de modo, que después de haberse enfadado con Albina porque trató de apartarle de la querida, se enfadó con ésta porque se atrevió á hablarle mal de su mujer.

Por otra parte, Félix sólo gustaba de los placeres tranquilos, los goces turbados no eran de su agrado, y sentía verdadero horror por los amores tempestuosos. Esta era, tal vez, una de las causas que le hacían cambiar de aventuras con tanta frecuencia.

Dutard concluyó por sentirse inquietado, viendo la actitud de su mujer para con la esposa de Armor.

La historia poco verosímil, dado el carácter de Albina, de las murmuraciones de ésta contra Clara, ciertas sonrisas, cierto silencio cuando él pronunciaba el nombre de Armor, tratándole desde algún tiempo muy excitado. Vuelto suspicaz, lo que era opuesto á su temperamento, lo fué con frenesí, con el fervor propio de un neófito; espío á su mujer sin que ésta lo comprendiese; y tres semanas después de su ruptura con Armor la sorprendió con otro amigo suyo.

Esta vez la aventura tuvo una resonancia formidable. Honrado y necio, Dutard cacareó mucho su desgracia, y exigió una reparación por las armas. En su alegría de no tener por qué acusar ya á Armor, fué presuroso á suplicarle que le sirviese de testigo.

No costó poco trabajo á Félix ver aceptada su negativa, para lo cual tuvo que alegar nada menos que las malas disposiciones de Clara para con Albina, las que hubieran dado á la aceptación de Armor cierto carácter de venganza.

Aunque la razón no era de peso, el músico la aceptó. El duelo se llevó á cabo, y, como á menudo sucede, Dutard, que jamás había tomado un arma en la mano, hirió gravemente á su adversario, que tiraba bien.

La culpable había huido, los tres hijos entraron en un colegio, y Félix sentía sin notarle cierto remordimiento de

conciencia al pasar por delante de la casa en cuya puerta existía un letrero conteniendo este anuncio: *Se alquila un cuarto.* Si Albina no hubiera sido tan prudente, él mismo sería la víctima de Dutard... Bien mirado, ¿no era él quien había armado el brazo vengador del músico?

—¿Yo?— se decía al punto irguiendo la cabeza con la noble certeza de un inocente.—¡Yo, no! ¡Esta mujer era profundamente viciosa, y no he sido junto á ella, ni el primero ni el último!

Al volver á su casa la encontró más apetecible que de costumbre; mil detalles ordinariamente desapercibidos le impresionaron agradablemente; la misma Albina, vestida de blanco, con un traje de elegantísimo corte, le pareció deliciosamente linda...

¡Qué triste sería ahora la vida del pobre Dutard sin casa y sin familia! ¡Qué dichoso era él, en cambio, teniendo una mujer irreprochable, incapaz de caer en uno de esos errores tan comunes...

Verdad que había estado muy fastidiosa en su querer á, pero ¿acaso la virtud no se hace algo pesada? Veamos francamente: ¿es que Albina podría ser tan virtuosa, sin las estrechas ideas que profesaba? ¡Ya era algo no tener que temer nunca lo que le había sucedido al pobre Dutard!

Armor se ligió orgulloso del honor de su casa, muy satisfecho de su mujer, á la que se acercó con el aspecto benévolo de un rey que quiere recompensar á un leal amigo.

—Albina— le dijo —por poco mata Dutard á Rociot, que tiene herida por lo menos para seis semanas.

Ella le miró tranquilamente con un reproche en sus ojos, que su marido no comprendió.

—Me alegro de que este enojoso asunto se haya terminado— continuó Armor.—He estado algo vivo á propósito de... esa persona... no merecía la pena... pero neces mi carácter, no me gusta ver á las mujeres quere-

arme... eso las rebaja. ¿Supongo que no incurrirás en la niñería de guardarme rencor por tan poca cosa?

—Marido mío—dijo Albina con dulce acento— nunca te guardaré rencor mientras reconozcas tus faltas; pero sin culpa, por mi parte, podría llegar á no quererte...

Esta frase no había sido pronunciada para agradar á Armor, pero éste sólo había percibido de ella la música. Su mujer estaba en aquel momento mucho más hermosa que todas aquellas á quienes había amado. Besó galantemente la mano de Albina; de la mano subió á la mejilla, y se sintió lleno de satisfacción.

—Hace mucho tiempo que no damos ninguna comida— dijo en seguida.—¿Habrá lugar de hacer invitaciones para el primero del mes próximo?

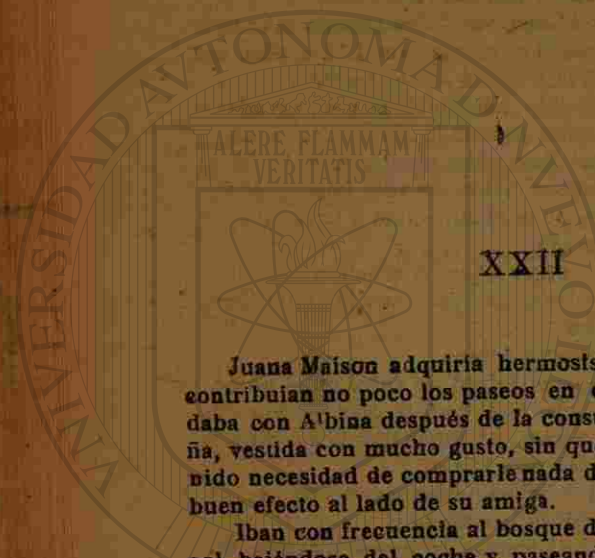
—Seguramente—respondió Albina.

Efectuóse la comida, pero Dutard no entró en el número de los convidados. Durante unos quince días, Armor paseó á su mujer por todas partes, acompañándola á multitud de diversiones, y alguna que otra visita.

—Ved á los esposos Armor haciendo las visitas de su segunda boda—dijo una señora caritativa

—¿Segunda?—replicó una amiga—si dijese usted la vigésima! ¡Y no para en esto! ¡Cada vez compone para ella una melodía! Ya habrá usted visto que de un tiempo á esta parte no publica más que trozos de escasa importancia.





XXII

Juana Maison adquiría hermostsimos colores; á lo que contribuían no poco los paseos en coche que diariamente daba con Albina después de la consulta del doctor. La niña, vestida con mucho gusto, sin que su madre hubiese tenido necesidad de comprarle nada de particular, hacía muy buen efecto al lado de su amiga.

Iban con frecuencia al bosque de Boulogne los días de sol, bajándose del coche y paseando á pie algunos ratos. Las pantorrillas de la niña se dibujaban ya á través de sus medias de lana, y su sonrisa mostraba sus diente-cillos en una boca más pequeña que en el mes de Marzo.

A la vuelta tomaba una original merienda, debida al ingenio de Albina; parábanse á la puerta de una fonda de la calle Recher, y sin entrar comía algunas ostras que una sirvienta del establecimiento le abría allí mismo.

—¡Mis ostras! ¡qué ricas! —exclamaba Juana tomándolas con gran placer, pues sentía que sus fuerzas se reanimaban. Luego daba las gracias á su bienhechora con una lluvia de besos, que así caían sobre sus mejillas como sobre su traje.

La señora Maison las recibía siempre con esta pregunta:

—¿Has sido buena?

Juana lo era siempre con Albina; fuera por la ternura que ésta le inspiraba, ó por cierta mezcla de temor y respeto, lo cierto es que no daba lugar á que tuvieran que reprehenderla.

Volvió el sol á brillar radiante en la calle de Boulogne, y pronto se vió de nuevo á Juana sentada en una sillita por la tarde á la puerta de la tienda, haciendo el papel de maestra ante algunos chicuelos de menos edad que ella.

—Tiene la manía de jugar á la escuela—dijo la señora Maison. La enviaremos el año que viene.

Albina estuvo á punto de hacer una proposición, pero no se atrevió. Sin embargo, pasado algún tiempo se decidió á ello.

—¿La enviará usted á la escuela pública?—dijo Albina á la frutera.

—Sí señora. Nuestros hijos adelantan mucho en ella.

—¿Y no preferiría usted un colegio particular donde estuviese interna?

El padre, que se hallaba limpiando la anaquelaría de la tienda, subido en una escalera, respondió al instante:

—Eso no es lo que nos conviene, señora. La escuela, como sus hermanos, es mucho mejor.

Albina comprendió que tenía razón; de buena gana hubiera costeadó los gastos de la educación de la niña, pero esto sería sacarla de su esfera. ¡La escuela como sus hermanos! Tenía mucha razón el honrado padre.

Lo que agradaba á la esposa de Armor era el modo de ser tratada por aquella familia. Desde que vivía en la calle de Boulogne, se surtía en casa de estos honrados comerciantes; cuanto le vendían era de la mejor calidad, y el precio razonable. Además, fuera de las relaciones comerciales, encontraba en ellos una dignidad y una sencillez irreprochables.

Los padres aceptaban lo que Albina hacía por Juanita,

porque no hubieran podido hacerlo por sí y comprendían que era necesario; pero su agradecimiento no era obsequioso ni familiar; reinaba, por una y por otra parte, á pesar de la diferencia de clase social, una muy sincera amistad, basada en la recíproca estimación. Nunca aquel honrado matrimonio hubiera confiado á Juana, ni por salvarle la vida, á una mujer cuya conducta mereciese algún reproche. Albina, que lo sabía, no hubiera atribuído á su obra por nada del mundo, el carácter de un beneficio; sentíase tan conmovida ante la confianza que le dispensaban, como ellos ante la bondad de ésta, y, merced á este cambio de nobles sentimientos, Juanita obtenía de ambas partes lo más hermoso que hay en la vida: el amor tierno y desinteresado.

Una mañana de Abril, algo antes de almorzar, Albina recibió el recado de que la señora Maison deseaba hablarle; la frutera solía venir personalmente á traer frutas y legumbres, pero en ese caso llamaba á la puerta del servicio, y no solicitaba ver á la señora.

—Dígala usted que suba—ordenó Albina.

Después de un discreto golpecito dado en la puerta de la alceba, apareció Juanita, trayendo una enorme gavilla de flores. La señora Maison venía detrás, sin nada en la cabeza, con un delantal blanco muy limpio.

—Buenos días, señora—dijo ésta;—mi marido ha encontrado esto por la mañana en el mercado, y ha supuesto que sería del agrado de usted; ¡le gustan á usted tanto las flores!...

Cuando Albina se disponía á darle las gracias, la mujer añadió bajando la voz:

—Nos hemos tomado esta libertad, señora, esperando que no se enfade.... Mañana es el aniversario, bien lo sabe usted.... y hemos creído que podíamos permitirnos tal libertad, después de lo que usted ha hecho por nuestra Juanita.....

Albina no comprendía bien todavía y la niña añadió:

—Hace poco que he estado con papá y mamá en el cementerio, y yo misma he puesto las flores sobre la lápida de Juanito.

Albina lo comprendió entonces; estrechó las arrugadas manos de la frutera, besándola en ambas mejillas, luego cogió á Juana en sus brazos, ocultando sus ojos anegados en lágrimas entre los rubios bucles de la niña; las flores se hallaban esparcidas sobre la alfombra.

La señora Maison las recogió, enjugándose los ojos con una punta de su delantal.

—Gracias—dijo la joven así que pudo hablar.—Voy al instante. ¿Quieres venir conmigo, Juana?

La pequeña quería siempre. Fuéronse ambas, Albina con su traje de tafetán de las Indias y su elegante sombrilla, la niña con su vestido de percal y un sombrero de paja de diecinueve sueldos: marchaban de la mano formando un extraño grupo, tanto por su belleza, cuanto por la semejanza de sus trajes.

La tumba de Juan desaparecía bajo multitud de blancísimas flores; era aquello un regio lecho formado de tuberosas, de jacintos, de lilas, de tulipanes, de todo, en fin, cuanto el Mediodía añade á la flora de París; jamás Nuestra Señora vió tantas flores á los pies del niño Jesús.

—¡Qué buenas gentes!—murmuro la joven juntando las manos.

Juana, tirándole débilmente del vestido, dijo con su fresca voz, algo ensordecida por el respeto á los muertos:

—¿Es el niño de usted?

Albina movió la cabeza sin poder hablar.

—¿Me parezco á él, diga usted?

Idéntica respuesta.

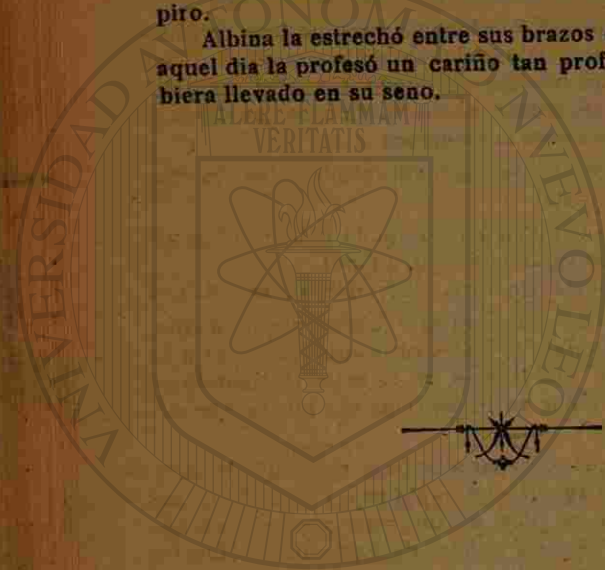
—¿Y por eso me quiere usted?

—Te quiero ahora porque eres buena y me quieres—respondió Albina muy conmovida. De repente, Juana sepa-

ró un poco las flores, y descubriendo la lápida é inclinándose, estampó en ella un piadoso beso.

—¡Hermanito mío!—exclamó por lo bajo en un suspiro.

Albina la estrechó entre sus brazos con efusión. Desde aquel día la profesó un cariño tan profundo, cual si la hubiera llevado en su seno.



XXIII

El señor Frédel había muerto de una bronquitis; quince días después siguió su esposa, incapaz de vivir sola después de haber participado de todo, durante treinta años, en compañía de aquella mitad de su alma.

Tuvo una muerte tranquila, pues Albina no le había comunicado ninguno de sus amargos disgustos, y la madre, alejada del movimiento parisiense, ignoraba los rumores relativos á Félix; la joven pues había tenido el consuelo de ahorrarse á sus ancianos padres el pesar de saber que era desgraciada.

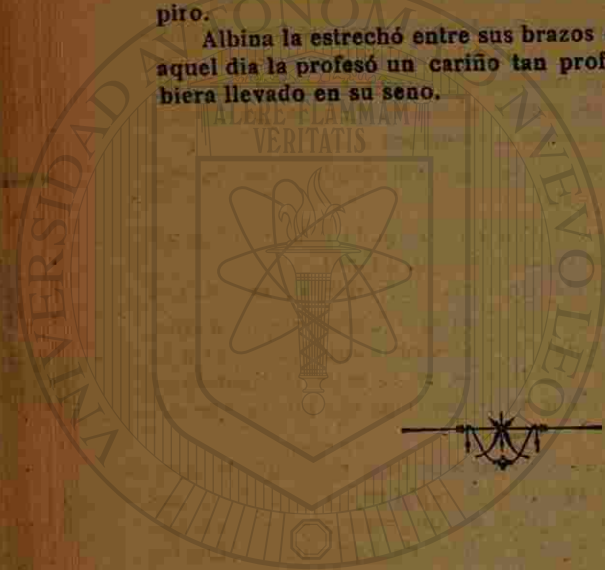
Proporcionóle cierta tranquilidad de espíritu el verse libre para obrar, cuando el silencio resignado que hasta entonces guardaba le pareciese intolerable. Más de una vez tocó á este silencio y á esta resignación de cobardía; más de una vez la amargura de sus ojos había querido asomar á sus labios, pero siempre calmó su cólera pensando en los dos ancianos, á quienes una ruptura les habría llenado de desesperación. En el pensamiento de los señores Frédel, una separación sería una catástrofe sin nombre: el escándalo, la opinión pública, la prensa....

Albina nunca pudo abrigar con sangre fría la idea de causarles semejante dolor; rechazando el ardiente deseo de ponerse en libertad, que á veces la atormentaba hasta el punto de ponerla enferma, se había propuesto no pensar en

ró un poco las flores, y descubriendo la lápida é inclinándose, estampó en ella un piadoso beso.

—¡Hermanito mío!—exclamó por lo bajo en un suspiro.

Albina la estrechó entre sus brazos con efusión. Desde aquel día la profesó un cariño tan profundo, cual si la hubiera llevado en su seno.



XXIII

El señor Frédel había muerto de una bronquitis; quince días después siguió su esposa, incapaz de vivir sola después de haber participado de todo, durante treinta años, en compañía de aquella mitad de su alma.

Tuvo una muerte tranquila, pues Albina no le había comunicado ninguno de sus amargos disgustos, y la madre, alejada del movimiento parisiense, ignoraba los rumores relativos á Félix; la joven pues había tenido el consuelo de ahorrarse á sus ancianos padres el pesar de saber que era desgraciada.

Proporcionóle cierta tranquilidad de espíritu el verse libre para obrar, cuando el silencio resignado que hasta entonces guardaba le pareciese intolerable. Más de una vez tocó á este silencio y á esta resignación de cobardía; más de una vez la amargura de sus ojos había querido asomar á sus labios, pero siempre calmó su cólera pensando en los dos ancianos, á quienes una ruptura les habría llenado de desesperación. En el pensamiento de los señores Frédel, una separación sería una catástrofe sin nombre: el escándalo, la opinión pública, la prensa....

Albina nunca pudo abrigar con sangre fría la idea de causarles semejante dolor; rechazando el ardiente deseo de ponerse en libertad, que á veces la atormentaba hasta el punto de ponerla enferma, se había propuesto no pensar en

él mientras sus padres viviesen. Ahora ya era libre; pero esta idea, como á menudo acontece, la indujo á tener más paciencia. A cada nueva calaverada de su marido, se sentía más apartada de él; el amor que la habia sostenido tanto tiempo, haciéndola sufrir tanto, cayó por fin de su alma hecho girones, pero á medida que sufría menos, las consideraciones exteriores tomaban mayor parte en sus juicios, haciéndola comprender que á pesar de todo, más honrada estaría en la casa conyugal que fuera de ella, reflexión que le hizo soportar todavía multitud de secretas humillaciones.

Coco pasaba á su lado dos meses todos los años; ésta era á la sazón una muchacha, siempre delgada y muy morena, pero fresca y casi linda. Sus hermosos ojos negros y sus blancos dientes animaban su rostro, y ya no tenia ninguna semejanza con un cuervo. Hizose muy amiga de Juana Maison, la cual también habia pasado seis semanas, las más grandes de su vida, en Etretat.

A principios de invierno, Albina preguntó á Desroches si haría bien en alquilar el hotel. Desde la muerte de sus padres apenas encontraba atractivos en aquella casa, que le traía á la memoria tristísimos recuerdos. Desroches se asombró de tal idea é hizo cuanto pudo por disuadirla de ella. ¿Qué sería de él sin la proximidad de su vecinita? En París apenas se ven las personas conocidas. ¡La vida está tan llena de toda clase de cosas! Además, los Armor eran la mitad de Etretat.

—Tomo el cumplido por mí, pues seguramente no va dirigido á Félix —le dijo Albina sonriendo.—Creo que en cuatro años no ha pasado cinco semanas en Etretat.

—Sí... ¿qué quiere usted? las representaciones de Bayreuth, las ejecuciones de su sinfonia en Alemania y en Bélgica, todo eso ocupa.

Ella sonreía con un aspecto tranquilo y filosófico, que significaba: ¡No se canse usted! Desroches se detuvo.

—Vamos á ver —dijo en una voz baja—¿es completamente imposible?

Albina nunca habia hablado á nadie de su situación; esto fué como una gran marejada que rompe todos los obstáculos.

—¿Imposible? ¡Indigno! He aquí la palabra. Corre por todas partes sin dirección fija, no haciendo del amor un sentimiento sino una diversión; vuelve, sin embargo, todos los días, pero uno cualquiera no volverá y entonces me iré yo, amigo mío.

—¡Albina! —exclamó Desroches espantado.

—¡Sí! me iré; permanezco en casa para ser respetada en ella, pero si el hogar doméstico es un albergue que utiliza cuando no sabe adónde ir, me iré.

El poeta no respondió; ¿qué podia responder? Al cabo de un instante repuso:

—Su danza pantomímica será representada dentro de un mes; esto puede ser para él un azar de la suerte que cambie por completo sus ideas y costumbres, apasionándose de nuevo por la música.

—¿La música? Ya no trabaja casi nada. Se volverá loco, loco, ¿entiende usted, Desroches? No se puede atender á la vez al trabajo y al placer, como ha venido haciéndolo de dos años á esta parte; ¡bien lo sabe usted!

Hablaba por tiempos; tenía los labios extremadamente pálidos, los ojos hundidos y toda la faz tan descompuesta, que Desroches no pudo menos de compadecerla.

—¡Qué lástima que su hijo de usted no haya vivido, Félix hubiera sido entonces otra cosa.

—¿Ha olvidado usted cómo nació y cómo murió Juan? Félix no es para la vida doméstica y hay que lamentar que se haya casado. ¡No por él —añadió con amarga sonrisa— no por él, sino por los demás.

—¡Válgame Dios, qué disgusto tengo! usted le ama todavía...

Ella le miró con cierta desconfianza; luego se echó á llorar.

—Creí que todo habia concluido —dijo con voz entre-

cortada—pero tiene usted razón, hay todavía algo... que no podré arrancar de mí sin un nuevo pesar.

—¡Hija mía, no sea usted tan dura con él y consigo misma... puede corregirse; todavía le esperan á usted días felices. Cuando tenga más edad... ¡Si supiera usted cuánto se cambia con los años!

—Cambiarán los que lleguen á envejecer, no lo dudo; pero Félix no se hará viejo. ¿Le ha reparado usted?

Desroches recordó el cambio que efectivamente había experimentado en pocos años. Sus hermosos cabellos estaban bastante encanecidos; los ojos adquirieron un brillo demasiado vivo; el color de la tez era barroso y los labios habían perdido su frescura; era verdad, la decadencia física del compositor había acompañado á su decadencia moral.

Un instante se representó el poeta á su amigo en toda la lozanía del día de su boda. ¿Qué cambiado estaba ya!

—Usted es hermosa—dijo Desroches siguiendo el hilo de su idea—y lo será siempre. Yo ya no existiré; pero otros habrá para admirarla. ¿Tiene usted muchos adoradores, Albina?

—¡Lo ignoro!—dijo sonriendo á pesar de su tristeza. Eso me interesa muy poco.

—Que yo sepa tiene usted uno y se lo recomiendo. Sea usted buena para con él... ¡Oh, no tenga usted miedo, nunca le dirá nada! ¿No acierta usted?

Albina le miraba con asombro.

—Lorenzo Pontet... mi amigo. ¿Le ha olvidado usted ya? ¡Pobre muchacho! ¡Ignora usted hasta su existencia!

—No; le veo todas las semanas; viene aquí desde hace mucho tiempo. Si Félix le visitara más á menudo, Pontet se hubiera hecho de casa..... Dígame, no es en serio lo que usted....

—¡Lo más serio del mundo! Está enamorado de usted; pero aseguro que ni él mismo lo sabe....

—¡Ah!—exclamó Albina sonriendo entre un suspiro de consuelo.

Agradábale más no tener que alejar de sí á nadie; el respeto y el afecto de cuantos la rodeaban era necesario á su vida.

—¡No vaya usted á revelárselo, porque le cansaría un disgusto mortal! Usted no conoce esas naturalezas. Lorenzo moriría de remordimientos y de desesperación si supiera que amaba á una mujer casada, y sin embargo, adora á usted.

—¿Y bien?

—Nunca le hablaré á usted de ello; pero usted puede servirse de él como de un fiel perro, y se tendrá por muy dichoso. Luego se casará y andando el tiempo llegará á comprender que estuvo ardientemente enamorado de usted; pero como esto era en el pasado no tendrá ya remordimientos y continuará adorándola. ¿Se ríe usted?

—¡Es tan gracioso lo que usted me cuenta!

—¡Le digo á usted que no conoce esas naturalezas! Es bueno y fiel como un perro del monte San Bernardo. ¿No tiene usted perro, Albina? ¿Cómo es eso?

—No lo sé....

—Quiero regalarle á usted uno. Un amigo mio tiene una perrita blanca encantadora y le pediré una de sus crías. ¿Cómo la quiere usted?

—¡Blanco!—dijo espontáneamente la joven—pero que sea perro.

—Muy bien—respondió Desroches—será usted servida. Alguien llamó ligeramente á la puerta.

—Adelante—dijo Albina.

Juana entró llevando una preciosa canastilla, regalo de la señora Maison. Desroches la miraba estupefacto.

—¿Quién es esta niña?—dijo por lo bajo á la joven.

—Mi hija; ¿no la conocía usted?

—No; pero en serio, ¿de quién es esta niña?

—Es la hija de los señores Maison, que viven en la es-

quina de la calle de Boulogne—respondió Albina.—¿Qué puede importarle á usted esto, Desroches?

—Me importa... porque tiene un parecido prodigioso con usted.

—En fuerza de amarme—respondió suspirando.—Vete, querida mía, da las gracias á tu madre.

Juana salió, Desroches, sin salir de su estupefacción, miraba la puerta que acababa de cerrarse.

—¿Qué edad tiene?

Albina se echó á reír.

—¿Va usted á creer ahora que he ocultado esta niña? tiene la edad de Juan, con una diferencia de días, y se llama Juana. La conocí cuando vine á vivir á esta casa. ¡Si la ha visto usted veinte veces!

—No me había fijado en ella. ¡Y usted tan disimulada que no me ha dicho una palabra!

—Era una idea exclusivamente mía.

—¿Qué dice Félix de eso?

—¿Félix? Le tiene sin cuidado. Se burla de lo que él llama mis pobres. Esa semejanza que usted ha encontrado al punto, le ha pasado completamente desapercibida.

—Bueno—dijo Desroches levantándose—traeré á usted el perro así que lo desteten. Pero antes es preciso que nazca.

—Gracias. ¿Cómo está su hermana de usted?

—Mal. La pobre Coco quedará huérfana uno de estos días... Adiós, vecinita; sea usted amable con su enamorado, que bien lo merece.



XXIV

Lorenzo Pontet no dejó de presentarse al viernes siguiente en casa de Albina, como lo hacía todas las semanas. Advertida por Desroches, la joven trató de observar, y, en efecto, reconoció la exactitud de su advertencia: en la discreción, en el silencio de Lorenzo, en la prontitud con que respondía á sus menores palabras, se notaba la muda adoración de aquellos cuyo amor es todavía un secreto hasta para sí mismo.

Cuando ella le hablaba, enderezábase un poco sobre su asiento, merced á la atracción que sentía, como si el rostro de aquella mujer hubiera sido un imán irresistible; la miraba con frecuencia, mas no durante mucho tiempo; la contemplación es el atributo esencial del amor consciente. De una sola ojeada, Lorenzo se cercioraba de su presencia, viendo la expresión de aquel rostro amado, y fijándose al instante en otra cosa, cual si no hubiera estado enamorado.

Albina experimentó pronto por el joven una profundísima amistad; éste, con su adoración discreta, rendíale un homenaje de que jamás había sido objeto.

Una de las cosas que más deliciosamente halagan el corazón de la mujer delicada, es el amor mudo é inconsciente de un hombre que huiría de ella si se diese cuenta de sus sentimientos. En sociedad, hay veces que un amigo se retira del círculo de sus conocimientos, dando apenas señales

de vida durante meses enteros y acaso durante años; esto no obstante, cada vez que se le ve, hállasele tan afectuoso, haciéndose recordar sin presentarse, á la manera que el sol deja sentir su calor al través de las nubes, sin ser visto.

¡Dichosa la mujer que sabe apreciar el valor de semejante deserción, y cuando la aprecia, dichoso el hombre que supo merecer el reconocimiento que va unido á tal abnegación! Entre estas personas, el tiempo se encarga de crear el encanto de las amistades sinceras, donde nada ha empañado en lo más mínimo la dignidad, y á cuyo calor nace una dicha inmaculada. Lorenzo no intentaba desterrarse, dado que no tenía noción exacta de lo que por él pasaba. Regocijábese en el actual momento con una tranquilidad infinita, encontrando á Albina hermosa, buena y conmovida en su inmerecido desamparo, que conocía por Desroches; la deseaba muy dichosa, mas preferíala infortunada, porque feliz, Armor hubiese estado siempre junto á ella.

Viéndola acompañada de Jaana, parecíale más conmovedora, más tierna, más al alcance de su afecto.

Necesitábase la severa educación y la influencia de una áspora juventud pasada en la montaña, entre una familia donde cada cual se había acostumbrado á dominar su alma y sus sentidos, para que un hombre como Lorenzo Pontet, en pleno París, pudiese experimentar y conservar tales sentimientos; pero las faltas y debilidades del prójimo tenían lugar en torno suyo sin lastimarle, como el torrente se revuelve y agita al rededor de inquebrantable roca.

Apercibióse al fin del cambio de Albina para con él aunque aparentemente fuese la misma, su voz y la manera de hablarle atestiguaban más cordialidad, y se sintió orgulloso, pensando haberlo merecido por su ilimitada abnegación. La clase de afección que por ella sentía, no era de las que aumentan poco á poco, sino que desde los primeros días le había consagrado lo mejor de su alma. Algo de más confianza, casi de ternura, se unió á la estima que mutua-

mente se tenían, constituyendo el fondo oficial de sus relaciones; por lo demás nada cambió.

A la sazón Albina necesitaba, más que nunca, hallarse rodeada de amistad, pues acababa de sufrir otra prueba más humillante, ya que no más ruda que las otras. Ciertos modales y ciertas respuestas de su doncella, linda muchacha recién entrada en la casa, le habían llamado la atención, y creyó observar en ella algunas impertinencias particularísimas, no comprendidas todavía en su catálogo de ama de casa acostumbrada al modo de ser de las sirvientes. Poca vigilancia necesitó para ver confirmadas sus sospechas. Sin decir nada á su marido, despidió á la muchacha, y el mal humor manifestado por aquélla, hubiera acabado de convenecerla si ya no lo estuviese de antemano.

Albina no dirigió un reproche, ni siquiera la menor alusión á la persona bien pronto reemplazada.

Esto era lo que exasperaba á Félix, que hubiese preferido violentas riñas seguidas de reconciliaciones próximas; pero estas reconciliaciones era precisamente lo que su mujer temía más que nada. Su dignidad y su pudor de esposa habían sufrido mucho viendo las pasajeras ternuras de su marido renacer de la dulzura del perdón; perdonábaselo todo con tal que no se aprovechase de aquel conciliador beso que le servía para prevalecerse de su derecho de esposo. Ella quería que si Félix buscaba hacer las paces fuera con sinceridad, espontáneamente y no arrastrando por el engañoso impulso de una emoción momentánea, hija casi siempre del abandono ó de la traición de alguna otra mujer.

Albina había apurado esta copa hasta las heces, pensando que su rigor pudiera provocar en su marido una sobreexcitación peligrosa, pero á la larga se había revelado su dignidad; por lo demás, Armor no era peor ni mejor; inconsciente de su estado moral lo mismo que de su decadencia física, se sumergía cada vez más en un cenagal de don-

de ella no podía sacarle y en donde debía perecer ya que lo quería. Ella se guardaría de las salpicaduras.

Después de haber sido despedida la doncella, Armor dió algún tiempo de descanso á su vida desordenada. ¿Había comprendido la avilantez de su conducta, ó era esto una causalidad en su naturaleza, feliz á pesar de todo? Dedicose de nuevo á trabajar.

A última hora se había apercibido de que su danza pantomímica debía sufrir importantes modificaciones antes de ser puesta en escena, lo cual le obligó á escribir otra vez casi todo el segundo acto en ocho días, con un numen digno de su juventud.

Esto proporcionó no poca alegría á su mujer, que tuvo esperanza de reconquistarle. No porque esperase algo del amor; el suyo estaba muerto, pensaba Albina, y reemplazado por afectuosa y profunda lástima; pero hubiera querido salvar su genio y sabía que sólo el trabajo coronado de éxito podía luchar contra los malos instintos de Félix.

Por fin se representó la pantomima, y, aunque tenía bellísimos paisajes, sufrió un fracaso mayúsculo. La opinión pública, que había perdonado todo á Félix, hasta su pereza, tuvo uno de esos cambios que parecen injustos y que en realidad no lo son tanto como parecen.

Si hubiera producido una obra excelente, le hubieran elevado hasta las nubes, pero como sólo era bastante buena, le arrastraron hasta las gemonias, haciendo así pagar al autor la defraudación de tantas esperanzas, y acaso de tantas indulgencias, que rayaban en la debilidad.

El golpe no pudo ser más rudo para el compositor. Además de que rara vez puede uno juzgarse á sí propio, Armor había puesto todas sus ambiciones en esta obra, no sintiéndose capaz de hacerlo mejor; la injusticia, en parte real, del público y de la prensa, podújele una sangrienta herida por la cual se escapó todo su ánimo de artista.

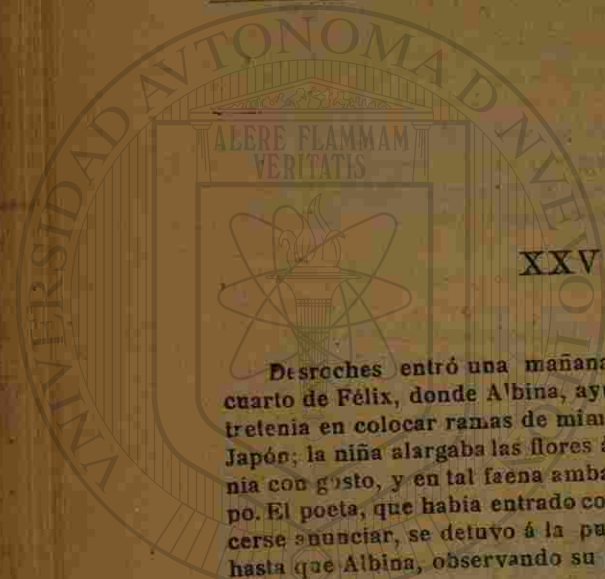
—¡Está bien!—dijo—no trabajaré más, y me dedicaré á

divertirme;—cumplió su palabra, y Albina, cansada y desligada moralmente de él, le hubiese abandonado á no sugerirle su instinto de mujer la idea de que el abandone en tan crítico momento, sería cobarde al menos en apariencia.

Aguardó... ¿qué? Lo ignoraba; lo que aguardau todos los desgraciados, una alegría ó una catástrofe que cambie el curso de la vida para mejor ó para peor, que poco importa esto con tal que el cambio exista.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DE BIBLIOTECAS



Desroches entró una mañana á eso de las once en el cuarto de Félix, donde Albina, ayudada por Juana, se entretenía en colocar ramas de mimosa en unos floreros del Japón; la niña alargaba las flores á su amiga, que las disponía con gusto, y en tal faena ambas, formaban un lindo grupo. El poeta, que habia entrado como de costumbre, sin hacerse anunciar, se detuvo á la puerta para contemplarlas, hasta que Albina, observando su presencia, le hizo seña de que entrase.

—Traigo dos cosas—dijo ocultando la mano derecha;— una noticia que luego diré, y.....

—¿Qué?

—¿No lo adivina usted? Tenia ofrecido algo.....

Juana, que habia adquirido alguna confianza con Desroches, se aproximó para ver. Un sonido extraordinario hizo zozobrarlo; después, llena de alegría, exclamó:

—¡Un perrito!

—¡El mto!—dijo Albina riendo;—ya no pensaba en él, aunque hace mucho tiempo que le esperaba; creí que habia usted olvidado el ofrecimiento.

—Los de Septiembre no eran dignos de usted; pero ahora espero haber satisfecho sus deseos. ¡Hé aquí!

Presentando su mano derecha mostró un perrito encantador, de nariz obtusa, ojos oscuros, rosadas patitas y en-

sortijada lana, que más que animal de veras parecia una obra de confitería. Juana, golpeando sus manos, saltaba alrededor loca de alegría, hasta que Desroches lo puso sobre las rodillas de Albina que se habia sentado al efecto.

—Tiene tres semanas, nunca se ha separado de su madre. Hágame usted contraer desde un principio buenas costumbres, porque es muy enojoso tener que enfadarse con ellos más tarde....

Su rostro adquirió una expresión picaresca, mientras que añadía en voz baja:—¡Como los maridos!—Albina sonrió melancólicamente; ¡el suyo no habia sido bien educado sin duda!

El animalito la miraba con mucha atención, pareciendo inspeccionar su fisonomía; después de este examen, pudiendo apenas tenerse en pie, meneó la cola y lanzó un débil ladrido de alegría, que produjo en Juana una explosión de risa.

—Está usted adoptado—dijo Desroches;—ha sido usted de su agrado, es un perrito de gusto. ¿Qué nombre va usted á ponerle?

Albina se volvió hacia Juana, que avergonzada de haber reído tanto, se levantaba del diván arreglándose el vestido como para tomar aspecto de corrección.

—¡Tom!—respondió con prontitud la niña.

—¡Vaya por Tom!—dijo Desroches;—es un nombre fácil de pronunciar. ¿Está usted contenta, Albina? ¿Ya tiene usted en qué ocuparse. De aquí á dieciocho meses me maldecirá usted á menudo, pero después... En fin, solamente un perro puede consolar á vd. de la humanidad en este mundo.

Tom, hecho una bolita, dormía sobre las rodillas de su dueña, con absoluto olvido del universo.

—Tráele leche y un poco de pan—dijo Albina á Juana, que saltó al instante.—¿Y la noticia?—preguntó á Desroches.

—Que mi hermana ha muerto; apenas me aflige esto, por-

que la vida era para ella un continuo sufrimiento; Coco es la que tiene una gran pesadumbre.

—¡Pobre Coco!—murmuró Albina. La escena de la muerte de Juan se la representó tan vivamente, que tuvo que pasarse la mano por los ojos para apartar la visión. ¡Pobre Magdalena! ¿qué será de ella?

—Esa es la cuestión precisamente—repuso Desroches. —No puedo tenerla conmigo, porque en mi vida íntima de solterón... No carece de fortuna, ¿sabe usted? No es rica, pero tiene de qué vivir, y yo la dejaré cuanto poseo... Esto, por supuesto, lo más tarde posible. Mientras tanto, ¿qué quiere usted que haga de esta muchacha? En mi casa es conveniente, pero al propio tiempo no deja de tener su contra. He pensado en una cosa que resolverá el problema.... Usted está sola todo el día, y podría tomar á Coco para que la sirviera de dama de compañía.

Desroches golpeaba una de sus manos, algo nervioso, con el guante que tenía en la otra. Albina respondió con un signo negativo, dirigiéndole una mirada que contenía todo un mundo de ideas.

—¿No? ¡Imposible! ¿Cómo no!—dijo con viveza, poniéndose colorado.

Albina repitió el mismo signo negativo, y Desroches le tendió la mano diciéndole. —Perdone usted.

Ambos permanecieron un instante silenciosos, llenos de inmensa tristeza; ella había bajado los ojos contemplando en su interior su idolo hecho pedazos, su altar destruido, el naufragio de cuanto había creído, amado y esperado. Ni siquiera podía tener en su casa á una criatura que la amaba.

—Entonces—dijo Desroches—la tendré conmigo; no será muy cómodo, pero ¡bah! todo se arregla en este mundo... ¡Pobre Coco! al menos, vendrá á ver á usted con frecuencia.

—Todos los días—respondió vivamente Albina—y todo el día, con tal que no viva aquí....

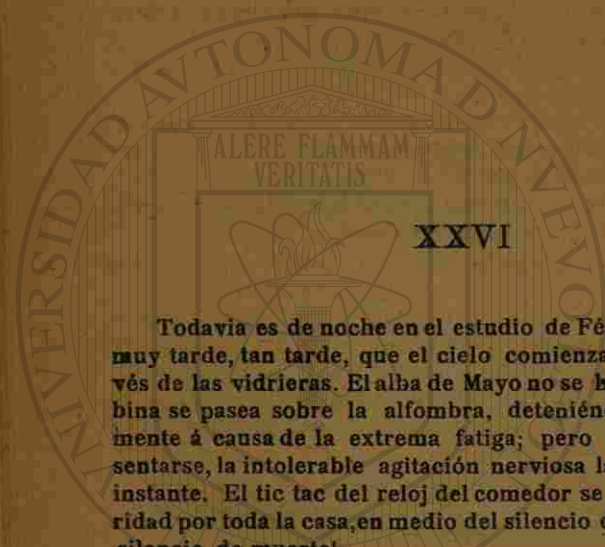
—Comprendido.

Al marcharse se cruzó en la puerta con Juana, que volvía, trayendo con la mayor gravedad del mundo un platito lleno de leche con migas de pan.

—Cuide usted bien á su roorro, señorita—le dijo al salir.

Ya en la escalera, se volvió: por la puerta entreabierta vió á Juana en cuatro pies, inclinada sobre el plato; el cachorrito bebía con avidez y Albina les miraba sonriente.

—A falta de otra cosa mejor—pensó Desroches— un perro y los hijos ajenos son ya algo!



Todavía es de noche en el estudio de Félix; esta vez es muy tarde, tan tarde, que el cielo comienza á clarear á través de las vidrieras. El alba de Mayo no se hará esperar; Albina se pasea sobre la alfombra, deteniéndose frecuentemente á causa de la extrema fatiga; pero cuando intenta sentarse, la intolerable agitación nerviosa la pone en pie al instante. El tic tac del reloj del comedor se percibe con claridad por toda la casa, en medio del silencio de la noche. ¡Qué silencio de muerte!

La mañana de aquel día levantose Félix de mal humor; un resplandor extraño brillaba en sus negros ojos, y su habitual espíritu de contradicción se hallaba particularmente sobreexcitado. Durante el almuerzo no había hecho más que impacientar á Albina con sus bromas á sangre fría, que la dejaban sin defensa. Marchose en seguida, respondiendo á la pregunta de: «¿Cuándo volverás?» con un brutal: «¡A la hora de comer, caramba!»

Pasó el día, y á las siete y media no había vuelto aún; de ordinario solía comer en su casa, encontrando la comida mejor que fuera, y por un resto de galantería para con su mujer, cuando se quedaba á comer en alguna parte, le mandaba aviso. Aquella tarde Albina le había esperado hasta las ocho en compañía de Coco, silenciosamente inquieta por semejante tardanza.

A las diez, Magdalena se fué á su casa y Albina tomó un libro. Eran las doce y veinte, cuando la joven más inquieta de lo que ella misma creía, trató de calmarse y se acostó. Félix tenía una llave; ¿por qué atormentarse por una cosa que sólo era una falta más de atención?

Dieron las dos: Albina no había podido quedarse dormida; en vano trataba de persuadirse á que Félix, encontrándose bien donde estaba, había tomado sencillamente la determinación de seguir allí; una última llamarada de su espirante ternura le inspiraba mil temores.

—¡Con tal que no le haya sucedido nada!—se decía á cada momento.

¿Quién sabe? ¡tal vez en el fondo de su alma hubiese preferido verle traer herido á saber que estaba en casa de alguna mujer!

A las tres se levantó. Tenía un ruido de oídos insoportable, las ropas le abrasaban, la calma atmosférica de la habitación le asfixiaba; encendió una bujía y se sentó en una butaca, á los pies de la cama.

No, ella no podía soportar tal inacción; aguardar inmóvil cualquier acontecimiento cruel, es sufrir dos veces. Se fué al estudio, encendió el gas y se puso á pasear por aturdir su pensamiento.

Sabía que todo concluiría así; ¿no se lo había dicho á Desroches? Sabía que Félix cualquier noche se quedaría allí adonde su locura le hubiera arrastrado, sin preocuparse de su mujer, ni de la dignidad del hogar. Ese día había llegado, ¿de qué podía, pues, asombrarse?

¡Cuánta razón tenían las prudentes amigas que, diez años antes, al ir á casarse, le hacían advertencias con palabras encubiertas! ¿Por qué no habían hablado claramente, diciendo todo lo que sabían para detenerla en el ara del altar?

¡Pobre Albina! Armor le había quitado todo: primero la alegría, después el amor, la confianza, la estima; ahora la amistad se iba también, y en su alma desierta no se alber-

gaba ningún sentimiento; sólo quedaba el sitio ensangrentado de donde arrancó sus ilusiones una á una.

De repente le asaltaba el temor de que le hubieran matado en desafío, á traición para robarle, en venganza ... ó acaso el vitriolo ... hay mujeres que no se resignan á ser abandonadas....

Paseaba febril, tropezando á veces con los muebles. La luz del día penetraba en la estancia, dando á la del gas la apariencia de los cirios que alumbran á los muertos. Apagó las luces y la habitación adquirió un aspecto imponente; jamás le había visto á aquella hora triste de la mañana. ¿Qué importaba la apariencia del cuarto?... ¡Su alma estaba mucho más llena de espantosa sombra!

Al hacer un movimiento derribó un montón de papeles de música que estaban colocados sobre una silla, y ante sus ojos apareció el *Canto de Bodas*.

Se encogió de hombros como sintiendo lástima de sí por haber amado, creído y llorado. ¡Aunque le hubieran traído moribundo no hubiera vertido una lágrima! ¡Si le hubieran matado, seguramente no sería por ella, si no á causa de alguna otra mujer.

Se echó á reír con una risa lastimera, y un débil gruñido le respondió desde el suelo; miró y vio al perro. Despertado por el ruido salió del canastillo en que dormía, dirigiéndose, vacilante aún, hacia su ama en demanda de una caricia.

Le cogió levantándole hasta la altura de su rostro, y el animalito reclinó con gusto su cabeza contra el tibio cuello de Albina.

—Un perro, no más que un perro queda en mi casa— pensó Albina. Y gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas.

Tenía frío; los ruidos de la ciudad comenzaban á dejarse sentir en las calles próximas; los pájaros piaban en los jardines que rodeaban el hotel; la noche había pasado ya; ¿qué la esperaba en aquel día? ¿Estaba viuda en aquella hora

matutina, cuando el sol naciente doraba las fachadas de las casas? ¿Viuda? Ciertamente, ¡jamás lo estaría tanto como en aquel momento!

La casa parecía caérsele encima; ¿cuándo darían las seis?... Pensaba ir al cementerio, que era un refugio en los momentos de tristeza.

Fué á su cuarto y se arregló muy despacio, á fin de hacer tiempo. Por fin dieron las seis, pero tuvo miedo de salir tan pronto; ¿qué pensarían los criados? Además, la puerta del cementerio estaría cerrada.... Se sentó, concertando en su pensamiento un nuevo plan de vida para el porvenir.

Si es que había ocurrido un accidente á Félix, su conducta estaba trazada; le cuidaría, y una vez curado, acaso cambiaría de vida.

¡Ah! el miserable amor no quería morir. Albina golpeó su corazón, que se obstinaba en esperar

Y bien, sí, acaso Félix [cambiaría si alguna catástrofe hubiese trastornado su vida; pero de todos modos, Albina sólo sería para él una hermana. No quería participar más de aquellos regresos deshonorosos para la esposa que se toma y se deja cual si fuese una infeliz que se encuentra en medio de la calle, y que debe siempre considerarse dichosa con los caprichos de su dueño.

Solamente volviendo herido, enfermo, teniendo necesidad de sus cuidados, podría vivir al lado de Armor; y no se arrepentiría de estos nuevos trabajos con tal de devolverle al arte que había abandonado.

Albina percibió en la casa el ruido del despertar de sus habitantes; entonces se puso el sombrero decidida á ir, primero, al cementerio, y después á la prefectura de policía, si al volver á casa no encontraba en ella á Félix. ¡Había condenado muy pronto al pobre hombre! ¡Era demasiado impaciente! Y se avergonzaba de haberle acusado cuando seguramente era víctima de alguna siniestra aventura.

Antes de salir, y con objeto de que supiesen adónde

iba, llamó á su doncella, que acudió asustada, á medio vestir y con los cabellos en desorden.

Las calles presentan á estas horas un extraño aspecto para las personas que no tienen costumbre de frecuentarlas; nunca se encuentran en ellas los mismos rostros, idénticos trajes, ni coches iguales; Albina llegó al cementerio algo azorada por el temor y la vergüenza que le producía la idea de encontrarse con alguien, cual si cometiese alguna falta; las mujeres de su clase no están en la calle á hora tan temprana.

El calor de los rayos del sol que alumbraban el cementerio, lleno de flores y de insectos, regeneró á Albina mientras estaba en pie junto á la lápida sobre el suelo todavía frío.

¡Cuántas flores! ¿Había allí muchos muertos que llevasen el nombre de María para que el mes de Mayo les hubiese proporcionado tantas ofrendas?

Un éxtasis bienhechor se apoderó de la joven en medio de aquella tibia atmósfera de primavera, en que la luz nacarada tamizándose á través de los últimos restos de la bruma del alba, hacia el efecto de un rosado velo; sentose luego en un extremo de la lápida, débil y sin embargo, tranquilizada por el gozo que sentía en aquella hermosa mañana primaveral.

Comenzaba el día: ella también se hallaba en la mañana de la vida. A pesar de todo, la quedaban aún días de esplendente sol, noches cuajadas de estrellas, flores en los jardines y en los prados, teniendo además á Juana, á Coco, á Desroches, á Tom, á Lorenzo Pontet y tantos otros.... Una imperceptible sonrisa se dibujó en sus labios al pensar que había confundido á Tom y á Lorenzo [en el mismo recuerdo.

Una campana que se dejó sentir en aquel instante la sacó de sus reflexiones; se levantó y apoyando afectuosamente la mano sobre la lápida, como para decirle adiós, emprendió el camino de su casa.

Al llegar á la puerta, vió venir un coche á lo largo de la calle, é instintivamente se detuvo á esperarle. El vehiculo se aproximó á la acera, y la mano de Armor abrió la portezuela.

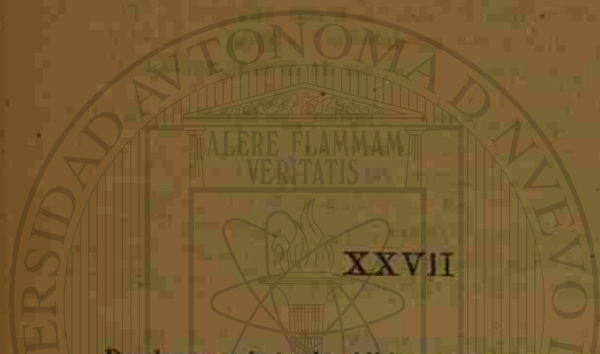
Albina se habia quedado inmóvil, petrificada en su temor, que pronto se convirtió en indignación. Félix se bajó, apareciendo con la pechera estropeada y los cabellos y la barba completamente en desorden, como un hombre que acaba de levantarse; sus facciones, los ojos hundidos y los pómulos rojos dábanle el aspecto de un hombre de mal vivir. No estaba muerto ni herido, no: estaba sencillamente derrengado.

Armor pagó al cochero y advirtió al instante la presencia de una mujer que le miraba. Llevado del instinto de los hombres de su jaez, la dirigió una de esas miradas siempre dispuestas á hacer una conquista, si la ocasión es propicia, cuando reconoció á su mujer.

—¿De dónde vienes á esta hora?—le preguntó con voz terrible, en que una horrorosa sospecha se mostraba en toda su desnudez.

Albina se estremeció como si la hubiese cruzado el rostro; pero reponiéndose muy luego, respondió con voz clara.

—Iba á buscarte á la Morgue. Félix hizo un espantoso gesto, y comprendiendo que aquel no era sitio á propósito para disputar, sacó su llave, abrió la puerta y entró seguido de Albina que no dijo ni una sola palabra.



Dos horas más tarde, Albina entraba en casa de Desroches. Con entera calma le refirió cuanto había ocurrido, sin comentarios ni reflexiones que pudiesen herir á Félix.

Si ha podido sospechar de mí una vez, ¡y en qué circunstancias! la vida en común es imposible. Veremos más tarde de tomar una resolución definitiva. Por de pronto, me voy á Étretat. No hay nadie allí en este tiempo, y estaré tranquila. ¿Quiere usted dejarme á Coco?

Magdalena saltó de gozo ante la idea de acompañar á Albina donde quiera que fuese.

—¡Y Juana!—añadió la joven.

Antes de volver al hotel se pasó por la casa de la señora Maison.

—Déjeme usted á Juana—le dijo—por seis semanas ó dos meses. Le enviaré á la escuela en Étretat lo mismo que en París. Nos marchamos al mediodía.

Los padres titubearon en un principio, pero después dieron su consentimiento.

Albina mandó hacer la maleta, y al mediodía, el tren condujo á las tres viajeras acompañadas de Tom, cuyo cuidado corría especialmente á cargo de Juana.

Félix al entrar se había acostado entregándose á un profundo sueño; cuando despertó, pidiendo el almuerzo, su-

po que la señora se había marchado. ¿A dónde? Nadie lo sabía.

Mientras que almorzaba recibió la visita de Desroches.

—He visto á tu mujer esta mañana—le dijo,—me ha dicho que pensaba ausentarse por algún tiempo, si quieres tener noticias tuyas dirígete á mí

—¿Está bien!—exclamó Armor;—¿eres tú ahora el guardián de mi mujer?

—Se guardará muy bien sola—replicó friamente Desroches;—además, le he confiado á mi sobrina. Viendo que Félix no daba respuesta alguna, su amigo añadió levantándose:

—En casa del notario encontrarás la parte de sus rentas que te corresponde.

—¿Te vas ya?—dijo Armor con tono mal humorado.

—Si, tengo que hacer. Hasta la vista.

Félix le detuvo, agarrándole por el brazo con ademán violento.

—¿Es decir que soy una bestia, un miserable? ¿Mi mujer me deja arrojándome dinero como un hueso á un perro y tú por lo visto lo hallas bien?

—Por lo que al dinero se refiere, no tienes obligación de aceptarlo—dijo Desroches con tranquilidad.—En lo que concierne á la marcha de Albina, confesarás que ninguna razón tiene para estar aquí cuando tú no estás. . . .

—Armor se encogió de hombros

—Para una sola vez que he caído en falta encuentro demasiado el rigor que conmigo se emplea. Ya sabes el proverbio: El ruin para mal hacer, disculpas ha menester.

Desroches salió sin responder. Armor dirigió una mirada en torno suyo.

El comedor estaba triste sin el lindo rostro de Albina; é iba á hacer pronto diez años que nunca se había sentado sólo ante aquella mesa. . . . ¿Sería preciso resignarse á vivir solo en lo sucesivo? Dió la media vuelta y entró en su cuarto.

—¡Y bien, sea—dijo arrojando violentamente varios objetos en el interior de una maleta;—ella lo habrá querido! ¡Me voy adonde soy bien recibido! ¡Si me agrada quedarme allí, me quedaré! ¡Seré dueño de mis acciones. No veré más caras de vinagre al volver á casa. ¡Ha hecho perfectamente bien! ¡Era lo único que quedaba por hacer, vive Cristo!

Se detuvo cuando la maleta estaba llena y fué á sentarse en una silla para reflexionar. La actitud de Desroches no le agradaba, pues veía en ella una severa reconvención; si sus amigos se declaraban partidarios de su mujer, ya estaba divertido. El discurso de su suegra le vino á la memoria haciéndole sonreír. ¡He ahí una que habría inventado sus correspondientes historias si hubiese vivido! ¡Era una suerte no tener nada que temer por ese lado.

Se vistió, y luego que hubo fumado un buen cigarro salió á la calle. Nada había cambiado en París, nadie parecía haberse apercibido de la sorprendente metamorfosis que acababa de operarse en Armor, encadenado la víspera y libre hoy... libre al menos de su mujer, pues le aguardaban otras cadenas, de las que ya arrastraba una más pesada que la que el creía, pero que no le inquietaba, sabiendo que se libraría de ella siempre á cualquier precio que fuese.

Se paseó por los Campos Eliseos, tan lindos en aquella estación del año, y á eso de las seis de la tarde, habiéndose encontrado á la mujer que deseaba ver, se fué á comer alegrememente en su compañía en el pabellón de Armonville. Ni una vez se acordó de Albina. En los hombres de la ralea de Félix, el recuerdo de una mujer amada antes, no pesa más que las hojas del año pasado al árbol que ahora reverdece nuevamente.

XXVIII

Albina trabajaba una tarde en su jardín mientras que Tom se entretenía en abrir un agujero en la arena. Juana estaba en la escuela; los gritos de los muchachos que salían de clase le anunciaban su próxima vuelta. Coco, siempre entretenida en algún quehacer útil, había ido á vigilar la limpieza de la casa de su tío, cuya llegada no se haría esperar mucho.

El mes de Junio tocaba á su fin; una calma apacible reinaba en aquel ambiente estival, que ofrecía dulce reposo al alma y á los sentidos.

Albina no pensaba en cosas tristes: la sed de la vida que había experimentado en el cementerio la mañana de su salida de París, la siguió á Etretat, en donde gustaba al presente de la paz que sigue á las grandes agitaciones de la existencia.

Esta paz era doblemente bienhechora, pues su encanto había arrojado muy lejos en un pasado nebuloso todas las duras pruebas porque Albina pasara. Pensaba en su marido con cierto disgusto, pero sin cólera. ¡Pobre Félix! se decía de cuando en cuando. Y esta misma piedad carecía de amargura. ¡Estaba tan tranquila en el chalet! A veces, si se hubiera atrevido, hubiese confesado que se encontraba hasta dichosa.

—¡Y bien, sea—dijo arrojando violentamente varios objetos en el interior de una maleta;—ella lo habrá querido! ¡Me voy adonde soy bien recibido! ¡Si me agrada quedarme allí, me quedaré! ¡Seré dueño de mis acciones. No veré más caras de vinagre al volver á casa. ¡Ha hecho perfectamente bien! ¡Era lo único que quedaba por hacer, vive Cristo!

Se detuvo cuando la maleta estaba llena y fué á sentarse en una silla para reflexionar. La actitud de Desroches no le agradaba, pues veía en ella una severa reconvención; si sus amigos se declaraban partidarios de su mujer, ya estaba divertido. El discurso de su suegra le vino á la memoria haciéndole sonreír. ¡He ahí una que habría inventado sus correspondientes historias si hubiese vivido! ¡Era una suerte no tener nada que temer por ese lado.

Se vistió, y luego que hubo fumado un buen cigarro salió á la calle. Nada había cambiado en París, nadie parecía haberse apercibido de la sorprendente metamorfosis que acababa de operarse en Armor, encadenado la víspera y libre hoy... libre al menos de su mujer, pues le aguardaban otras cadenas, de las que ya arrastraba una más pesada que la que el creía, pero que no le inquietaba, sabiendo que se libraría de ella siempre á cualquier precio que fuese.

Se paseó por los Campos Eliseos, tan lindos en aquella estación del año, y á eso de las seis de la tarde, habiéndose encontrado á la mujer que deseaba ver, se fué á comer alegremente en su compañía en el pabellón de Armonville. Ni una vez se acordó de Albina. En los hombres de la ralea de Félix, el recuerdo de una mujer amada antes, no pesa más que las hojas del año pasado al árbol que ahora reverdece nuevamente.

XXVIII

Albina trabajaba una tarde en su jardín mientras que Tom se entretenía en abrir un agujero en la arena. Juana estaba en la escuela; los gritos de los muchachos que salían de clase le anunciaban su próxima vuelta. Coco, siempre entretenida en algún quehacer útil, había ido á vigilar la limpieza de la casa de su tío, cuya llegada no se haría esperar mucho.

El mes de Junio tocaba á su fin; una calma apacible reinaba en aquel ambiente estival, que ofrecía dulce reposo al alma y á los sentidos.

Albina no pensaba en cosas tristes: la sed de la vida que había experimentado en el cementerio la mañana de su salida de París, la siguió á Etretat, en donde gustaba al presente de la paz que sigue á las grandes agitaciones de la existencia.

Esta paz era doblemente bienhechora, pues su encanto había arrojado muy lejos en un pasado nebuloso todas las duras pruebas porque Albina pasara. Pensaba en su marido con cierto disgusto, pero sin cólera. ¡Pobre Félix! se decía de cuando en cuando. Y esta misma piedad carecía de amargura. ¡Estaba tan tranquila en el chalet! A veces, si se hubiera atrevido, hubiese confesado que se encontraba hasta dichosa.

Sonó la puerta y Tom se precipitó ladrando. Albina levantó los ojos; no podía ser Juana, porque apenas acababan de dar las cuatro. Al sentir pasos de hombre sobre la arena, tuvo miedo... ¿si sería Armor? No tardó en ver con asombro á Lorenzo, que venía guiado por el perro.

—¡Usted!—exclamó levantándose sorprendida. Su labor había caído al suelo y el joven la recogió antes de responder.

—Yo mismo—contestó por fin.—cómo está usted, señora?

Había traído una silla, Albina volvió á sentarse y ambos se miraron.

—Veo con profunda satisfacción que se encuentra usted buena, á juzgar por el tinte sonrosado de sus mejillas. Ella sonrió ligeramente.

—¿De dónde cae usted, del cielo?—le dijo.

—No, del Havre—respondió sonriendo á su vez. He estado estudiando ciertos procedimientos fabriles é industriales en una gran fábrica, con los cuales hay medios de hacer una buena fortuna con poco capital. Esta mañana, viendo el tiempo tan hermoso, me propuse pasar el día á mi gusto, y he venido... á ver si Desroches había llegado ya.

—Todavía no—repuso Albina.—¿Ha estado usted en su casa?

—De allí vengo, donde he encontrado á Magdalena ocupada en enseñar á dos mujeres del país el modo de limpiar con gréda los cristales. Después he venido á ver á usted.

—¿Se quedará usted á comer con nosotros?

—Si hace usted el favor de ofrecerme hospitalidad... Mañana temprano á las seis me vuelvo á la fábrica, donde pienso pasar gran parte del verano.

—¿Tiene usted habitación?

—No, Desroches me ha dicho que me acueste en su casa cuando quiera; no faltará algún sofá.

—Se le preparará á usted cama—dijo Albina.

En aquel momento se presentó Juana que venía del colegio, y al reconocer al joven fué á darle un beso.

—Vete á decir á Coco que prepare una cama para el señor Pontet, en casa de Desroches—dijo Albina.

Juana respondió con un signo de cabeza, dejó el cartapacio y echó á correr seguida de Tom.

—Por lo visto se encuentra usted bien aquí—dijo Lorenzo.

—¡Oh, sí!

De repente, acordándose que se hallaba sola con el hombre que la amaba, se ruborizó; el joven tuvo una vaga intuición de lo que ella sentía, y también se puso colorado.

—Vive usted en familia con esas dos señoritas... eso la producirá ciertas molestias.

—¡No por cierto!—replicó vivamente Albina;—son ambas prudentísimas.

Reinaba un profundo silencio en el jardín y en sus alrededores.

Lorenzo se abandonó á la deliciosa embriaguez que le ofrecía aquel reposo y la presencia de la mujer que amaba. ¡Son tan raras en la vida estas horas, que no se debe rehusar su encanto á los desgraciados!

Albina pensaba vagamente en mil lejanas cosas que flotaban en torno suyo como los insectos de aquella tarde serena y tranquila: recuerdos de la juventud, de la infancia, el color de un vestido que tuvo, un jardín que vió un día al pasar por un camino, esmaltado de bellísimas flores cuyo aroma parecía perseguirla por todas partes.

Miró á la tapia del chalet, tapizada de embalsamadoras madreselvas... ¡Cuán lejos estaba aquel jardín! y, sin embargo, hubiera podido designar el sitio de cada flor.... Sentía sus miembros como entorpecidos por el sueño..... hizo un movimiento cual si quisiera librarse de aquella dulce modorra, y continuó cosiendo.

—¿Y Desroches, está bien?—preguntó.

Lorenzo se estremeció como el que despierta sobresaltado.

—Muy bien, es decir, al menos lo estaba cuando me separé de él.

Volviéron á quedarse en silencio; pero Albina cosía de prisa y el ruido seco de la aguja en la tela rompía el misterio de aquella entrevista al aire libre bajo un espléndido cielo azul.

Se oyó un ruido de voces á lo largo del jardín; eran Juan y Magdalena que venían.

—Ya está todo hecho—dijo la niña.—Tiene usted una hermosa cama en la habitación verde, caballero; Coco misma la ha arreglado ayudada por mí. ¡Verdad que las asistentes tenían las manos muy sucias!

Todos se echaron á reír; Magdalena se había ruborizado.

—Gracias, señorita—dijo con gravedad Pontet.

—Y además, mañana por la mañana á las cinco, le despertarán á usted y le harán café; cuando se haya usted marchado, Coco irá á recoger la llave y á ver si todo está bien ordenado; ¿no es verdad, Coco?

—Voy á ver qué nos tiene preparado para la comida—dijo la joven evadiéndose.

Desapareció por la esquina de la casa, escoltada por Juan y Tom.

—¡Qué excelente muchacha es Magdalena!—dijo Albina sonriendo.

—La quiere á usted mucho, eh?—preguntó Lorenzo con interés.

—¡Ah, ya lo creo, y yo á ella!—No he conocido señorita más excelente. Cuando vine aquí no tenía gusto para nada, además, estaba algo mala....

La mirada del joven llena de lástima se fijó en Albina; Desroches le había contado todo, y desde entonces la amaba más.

—Ella ha tomado la dirección de la casa—continuó Albina

—y nunca ha habido en mi casa tanto orden ni tanta economía. Cuida á Juana como una madre cariñosa, y en medio de tantas ocupaciones, todavía encuentra tiempo para bañar á Tom.

—Me alegro—dijo Lorenzo—que le sea útil.... los hombres no sirven para nada!

Este pensamiento, profundamente filosófico, hizo reír á ambos, después de lo cual se pusieron á conversar sobre cosas de París. A eso de las seis Albina subió á su habitación, dejando á Pontet en libertad antes de comer.

Lorenzo se fué hasta la capilla que corona el promontorio, y una vez allí, sentose sobre la olorosa hierba para gustar á sus anchas del hermoso panorama que ante sus ojos se extendía. Pero su espíritu arrullado por el movimiento de las olas, abandonó el mundo exterior para reconcentrar su pensamiento en lo que acababa de dejar.

¿Por qué había venido? Después de seis semanas de ausencia no había podido estar más tiempo sin ver á Albina, ¡hé aquí la verdad! Profundizando bien la cuestión, pudo apercibirse de que aceptó ir al Havre para estar más cerca del Etretat.

Ni tuvo la paciencia de aguardar, como otros años, á que llegada la estación oportuna, Desroches le invitase á pasar en su compañía las vacaciones; sino que salió de París al mismo tiempo que ella, no teniendo ya razón de ser su permanencia en la capital.

Notó que su amistad había hecho extraños progresos á partir de aquel momento. ¿Reconocía esto por causa el verla más alejada de su marido? ¿Qué era, pues, esto amistad? Un engaño, una mentira, un hábil subterfugio, por medio del cual había disfrazado ante todos y ante sí mismo también.... ¿qué?....

En su conciencia de hombre honrado, se operó un gran movimiento que le trastornó por completo.

El velo que durante tanto tiempo tuvo voluntariamente ante sus ojos se rasgó, y pudo ver con tanta claridad co-

mo bajo sus pies veía el mar, su amor por Albina, antiguo, fuerte y apasionado, mirándole con suplicantes ojos en demanda de perdón.

—¡Ah!—exclamó con indecible expresión de amargura —¡es preciso no volver á verla!

Apoyó su cabeza entre las manos y comenzó á examinar los sentimientos de su alma; ¿era verdaderamente culpable? ¿Era un crimen amar sin que ella lo supiese á una mujer que en realidad á nadie pertenecía? ¿A quién causaba daño, sino á sí mismo? Amaba su mal; ¿pero era en realidad un mal? Durante algunos años, este amor le había sostenido y ennoblecido... Recordaba mil circunstancias en que la pregunta: «¿Qué pensaría la esposa de Armor?» le había inclinado hacia la resolución más generosa y más heroica... ¿Debía arrancar de su vida todo esto? ¿Qué le quedaría entonces?

Sonó la hora en el reloj de la ciudad; Lorenzo volvió lentamente hacia el chalet; todo le parecía haber cambiado. El valle poco ha tan alegre, tan lleno de luz, antojábasele triste y sombrío. Al llegar á la puerta hizo un movimiento como para librarse de su fastidio; sobre todo, no debía dejar traslucir nada á la mujer de Armor, ante la cual se presentó con un aspecto tranquilo, ya que no alegre.

La mesa estaba preparada en un lindo comedor, cuyas ventanas daban al castillo de Etretat; su singular construcción mostrábase á los rayos del sol poniente, con su vestidura de hiedra, presentando un aspecto regocijador. Juana, abriendo sus grandes ojos, lo admiraba con cierto respeto; á cada bocado dirigía una mirada hacia la ventana. El blanco mantel y la reluciente vajilla prestaban al interior del cuarto cierta alegría, completada por dos jarrones con flores silvestres, colocados sobre un artístico aparador de roble.

Lo más lindo que había en el comedor eran las tres figuras femeninas: Juana con su fisonomía original é inteligente, vestida de rosa pálido; Magdalena, embellecida de pronto por no se sabe qué encanto misterioso, con un traje

negro salpicado de blancas florecillas; y Albina, envuelta en su sencillo traje color lila, que daba á su tez una frescura encantadora. Formaban un grupo delicioso para la vista, y sus semblantes, animados por la gracia y la bondad, regocijaban el corazón.

Lorenzo no pudo guardar la severa inflexibilidad de sus pensamientos á presencia de aquel encanto femenino; henchíase poco á poco su corazón en medio de las carcajadas, de las bromas inofensivas y de la exquisita dulzura de aquella original reunión, en que tres mujeres, completamente extrañas las unas á las otras, presentaban la imagen más perfecta de la familia. El también era un extraño, acogido como hermano... ¡Qué buena era Albina!

La comida terminó en medio de una atmósfera de paz y de alegría que hicieron reposar el espíritu de Lorenzo, abatido con los sentimientos que había experimentado en el muelle; Magdalena, sobre todo, estaba extraordinaria: un inagotable manantial de ideas y de palabras brotaba de ella á la menor cosa, descubriéndose en el fondo de su conversación cierta ternura que le daba un encanto invisible.

Juana la miraba extasiada, olvidándose de contemplar su adorado castillo. De repente exclamó:

—¿Pero qué tienes hoy, Coco? ¡Nunca te he visto así!

Magdalena se puso encendida como la grana y bajó los ojos. Albina había reprimido un espontáneo movimiento de reproche hacia Juana, consternada por el resultado de su observación; Lorenzo, después de haber vuelto rápidamente la cabeza para mirar á Magdalena, viéndola confusa, puso su mirada en la ventana... ¡Es tan cómodo tener á mano una ventana para disimular un movimiento embarazoso!

—Coco—comenzó Juana con tono lastimero...

—¡No la des más ese ridículo nombre!—dijo Albina impacientada; —¡ya no es tan niña! llámala Magdalena.

La joven dirigió á su amiga una mirada de agradecimiento.

to, mientras Juana se preguntaba interiormente cuál sería el motivo de cambio tan brusco. Terminada la comida se levantaron para ir al jardín, más delicioso todavía á esas horas.

Languidecía la conversación, interrumpida por frecuentes silencios. Juana, fatigada, se había sentado en un taburete, inclinando la cabeza sobre las rodillas de Albina; Magdalena daba órdenes en el interior de la casa, viniendo de cuando en cuando á sentarse junto á sus amigas para marcharse muy luego, como si se hubiera olvidado de alguna cosa.

Las sombras de la noche descendían poco á poco, invadiendo primero las grandes masas de árboles ó de tierra, y después las praderas; sólo las calles estaban alumbradas; el sereno cielo adquiría un color verdoso hacia el extremo del mar, y las estrellas despedían misteriosos fulgores; reinaba gran calma, no interrumpida por el meoer soplo de viento.

—Tengo que marcharme—había dicho dos veces Lorenzo, sin decidirse á ello.

Dieron las ánimas, y el sonoro eco se esparció por el valle, pasando sobre las colinas para ir á lo lejos á turbar el silencio de las llanuras. Cuando el aire, agitado por los sonidos, se hubo calmado como la superficie de un lago inquieto un instante, Magdalena apareció junto á Lorenzo, casi invisible en la creciente obscuridad, á no ser por los puntos blancos de su vestido.

—Ven á acostarte, Juana—le dijo. La niña se levantó, apartando de sus ojos los cabellos que le caían en desorden, besó á Albina y presentó la frente al joven.

—Buenas noches—dijo Magdalena dando un paso para marcharse.

—¿No vas á volver?—preguntó Albina.

—No... tengo que hacer muchas cosas todavía...

Buenas noches, caballero.

—Buenas noches, señorita.

Las siluetas de las dos desaparecieron entre las tinieblas.

—Me voy—dijo Lorenzo por tercera vez. Para pronunciar estas palabras tuvo necesidad de hacer un esfuerzo supremo.

—¿Ya?—dijo Albina sin moverse.—Aún no es tarde—Ella pensaba en este momento que aquel joven la amaba y que hacía mucho tiempo que en su vida monótona no había tenido un día tan brillante, tan delicioso como aquel... Sin causar daño alguno, ¿no podía detenerle un poco, instarle á que volviese, infundirle ánimo?... ¡Por tan poca cosa!... Además, Desroches le había dicho que no tendría nada que temer... y puesto que Lorenzo la amaba, se consideraba dichosa con el menor acto de benevolencia... ¿Tenía esto algo de malo? No, ciertamente.

—Tengo que marcharme... Mañana salgo muy temprano... Sin embargo, permanecía en pie delante de ella, que no decía nada deteniéndole, por el hecho mismo de permanecer inmóvil, con una coquetería casi involuntaria; Lorenzo sintió un gran calor en su pecho cual si un fuego lento durante mucho tiempo, acabase de estallar con violencia.

—Le acompañaré á usted hasta la verja—dijo Albina;—y cuando usted haya salido, la cerraré.

Ambos descendieron por el estrecho sendero donde sus vestidos se rozaban; los árboles parecían completamente negros bajo el cielo todavía claro, y la hierva despedía agradableísimo aroma. La voz de Lorenzo dejase sentir dulce y tierna.

—Este día ha sido delicioso—dijo;—uno de los mejores de mi vida.... Se lo debo á usted.... Se encuentra usted aquí sola.... ¿No hay nada en que pueda servirle?

—Nada—dijo Albina moviendo la cabeza.

—Quisiera poder ser útil á usted.... No permanecer completamente extraño, ya que es usted tan bondadosa para conmigo.

—No me es usted extraño—dijo lentamente la joven;— hace mucho tiempo que su amistad se agita en torno mio siéndome muy grata.

—Gracias—dijo muy bajo Lorenzo. Habían llegado á la verja. Albina halló dificultad en abrir la puerta, por lo cual hizolo Lorenzo.

—¿Volverá usted pronto?—dijo Albina.

—¡Cuando usted quiera!—respondió el joven muy conmovido.

—Entonces cuando usted quiera—repitió Albina sonriendo.— Buenas noches.

La verja se cerró produciendo un crujido seco: Lorenzo hubiera permanecido allí mirando á Albina retirarse, pero como ella no se movía de aquel sitio, emprendió su camino volviendo á cada instante la cabeza hasta que al cabo de un momento percibió el vestido claro de su adorada que subía hacia el chalet.

—¡Dios mio cuánto la amo!—dijo deteniéndose, porque el violento latido de su corazón le ahogaba.— ¡Es tan buena.... tan afectuosa!....

El horror de esta pasión por una mujer casada, intentó abrirse paso en medio de la impetuosidad de sus sentimientos; pero lo rechazó diciendo:

—Más tarde, más tarde pensaré, sufriré y lucharé....

Ahora no puedo.... la adoro.

Una vez llegado á casa de Desroches, entró, encendió una bujía y subió la escalera que conocía palmo á palmo. La puerta de su cuarto estaba abierta, y por ella salía un aroma que le agradó tanto más, cuanto que era para él una sorpresa; al dejar la bujía sobre la cómoda, vió una magnífica rosa colocada en un vaso de agua.

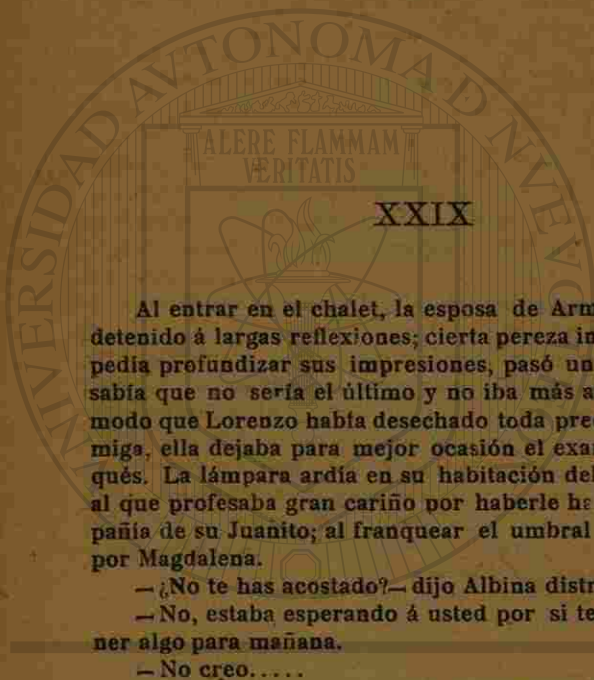
Un libro nuevo se hallaba cerca sosteniendo encima un precioso cuchillo para cortar papel; sobre el tocador había preciosas toallas bordadas, las mejores de la ropa blanca de Desroches, y una pastilla de finísimo jabón, sin estrenar, demostraba una solicitud á la cual no estaba acostumbrado.

—Magdalena es la que lo ha arreglado todo; ¡qué gentil es!.... y estaba linda esta tarde.

Su intimidad con Desroches habíale proporcionado siempre ocasión de tratar muy de cerca á la joven, por quien sentía verdadero cariño, sin darle importancia alguna. Pronto comprendió que la esposa de Armor debía haberse ocupado mucho de Magdalena, pues en ocasiones ambas tenían los mismos gestos é idénticas inflexiones de voz, como personas que se aman y que viven estrechamente unidas. El lindo cuadro de los tres rostros reunidos se reprodujo en su pensamiento.

—Nadie comprenderá jamás el bien que esta mujer derrama á manos llenas—se dijo.

Vuelto á su única preocupación, trató de dirigirse reproches, demostrándose su propia inmoralidad.... ¡Trabajo perdido! su fantasía se negó absolutamente á representarle otra cosa que no fuera la imagen de la mujer querida, bajando por el sendero junto á él, más bien adivinada que vista entre las sombras bajo los corpulentos árboles. Durmiese al cabo mecido blandamente por un sueño indéciso, en que flotaban rizadas olas azules que semejabán caprichosamente la figura de Albina.



Al entrar en el chalet, la esposa de Armor no se había detenido á largas reflexiones; cierta pereza intelectual le impedía profundizar sus impresiones, pasó un agradable día; sabía que no sería el último y no iba más allá. Del mismo modo que Lorenzo había desechado toda preocupación enemiga, ella dejaba para mejor ocasión el examen de los porqués. La lámpara ardía en su habitación del piso primero, al que profesaba gran cariño por haberle habitado en compañía de su Juanito; al franquear el umbral fué alcanzada por Magdalena.

—¿No te has acostado?— dijo Albina distraidamente.

—No, estaba esperando á usted por si tenia que disponer algo para mañana.

—No creo.

Ambas estaban muy cerca de la lámpara; Albina levantó los ojos hacia el rostro de su joven amiga y una idea singular surgió en su mente á la vista de aquel rostro transfigurado de pronto.

—¿Te has divertido mucho hoy con las dos mujeres en casa de tu tío?

Magdalena se sonrojó y sus ojos revelaron una tímida alegría.

—Ocurrió un incidente muy gracioso— contestó;— cuando más engolfada estaba en mis faenas, mauchada de yeso

por todas partes, pues lo tenía hasta en los cabellos y en los ojos, llegó el señor Pontet sin que nadie le oyese. Las mujeres se asustaron tanto, que bien creí iban á dar la voz de: «¡Ladrones!» Entonces nos reimos mucho.

Albina la miraba con atención, mientras todo un mundo de ideas confusas giraba en su cerebro.

—¿Pusiste todo lo necesario al arreglar su habitación?

—¡Oh! Si. con Juana. Espero que no falte nada.

Magdalena permaneció con los ojos bajos, dibujándose en sus mejillas una rosada aureola y en su boca una sonrisa que iba y venia como el rayo del sol á través de las hojas de una sombría alameda.

—Dime, Magdalena ¿quieres mucho á Lorenzo Pontet?

—¡Oh! sí.

Este grito ahogado se escapó de los labios entreabiertos, y Magdalena rodeó con sus brazos el cuello de Albina, ocultando su rostro en el seno de ésta, mientras lanzaba un profundo suspiro.

—¡Hija mía!— dijo la joven muy conmovida, abrazándola estrechamente.

Una duda formidable surgió de repente entre ambas.

—¿Y él?— añadió con severa entonación.

—¿El? ¡Ah! creo que no se cuida para nada de mí. ¡Soy tan fea! ¡En el fondo, por más que se haga, será siempre Coco!

En sus anegados ojos, en sus labios suplicantes, había una indecible bondad, una tristeza resignada que inspiraba ternura.

—¡Hija mía!— repitió Albina— ¡pobre Coco! ... ¡Pero yo te quiero precisamente porque eres Coco, y si te conocieran como yo!

Dirigió una mirada por toda la habitación; hacia algunos años que la cuna de Juan había desaparecido, pero para ella Juan estaba siempre allí.

—Tienes ese nombre porque te lo puso Juan; por lo del más eres linda, Magdalena.

—¿Yo?— exclamó con incredulidad.

—Mírate

El espejo reflejó sus dos imágenes tan disemejantes: la una rubia y blanca; la otra morena y amarillenta.

—¿Ya vez que eres linda! ¡No seas vanidosa, Coco, porque no te querré!

Ambas reían con una risa próxima al llanto, y Albina enjugó los ojos de su amiga.

—Vete á la cama y no sueñes con nada. Las señoritas bien educadas nunca se forjan ilusiones.—La despidió con un beso, y después de cerrar la puerta se volvió al balcón. La noche estaba sombría y calurosa; ligeras nubes, semejantes á trozos de tul negro, ocultaban de cuando en cuando el resplandor de las estrellas; las madresevas y las rosas, perfumaban el ambiente con su delicado aroma. Albina recordó cómo Félix había saltado un día por aquel balcón, y todas las debilidades, todas las contemplaciones de las últimas horas se desvanecieron ante la realidad de la existencia del marido.

—¿Qué oficio tan feo he desempeñado hoy!—pensó;— trataré de ver mañana más claro.

Al día siguiente por la mañana, Albina vió con toda claridad; su alma, enemiga por naturaleza de los subterfugios, le había indicado la solución de la dificultad: escribió á Desroches interesándole para que no retrasase su llegada, y, ocho días después, su antiguo amigo se presentó en el chalet.

—Espero —le dijo— que me devolverá usted á Magdalena, pues declaro que me es imposible vivir más tiempo sin ella.

—Sin embargo, cuando se case, tendrá usted que acostumbrarse á vivir sin ella —replicó Albina.

—¿Casarse Coco! En fin ¿por qué no? Eso me parece enteramente chocante á primera vista, verdaderamente no hay razón.... ¿Qué! ¿tiene usted algún partido para ella?

—Tal vez; ya nos ocuparemos de eso más tarde.

—¿Misteriosa!

Daba vueltas alrededor de ella como si tuviera que comunicarle algún secreto; luego de repente le dijo:

—¿Ha tenido usted noticias de Félix?

—No.... ¿Por qué?

—Por saberlo. Podía haber escrito á usted aunque sólo fuese por galantería.

—¿Por qué ha de ser galante?— preguntó Albina.— Cuando no hay nada que decirse es más preferible el silencio.

Desroches, que continuaba inquieto como acosado por alguna idea, se decidió por fin á hablar.

—Perdone usted una pregunta menos indiscreta de lo que parece. ¿Tiene usted contrato matrimonial?

—¿Sin duda!

—¿Conoce usted las cláusulas?

—Separación de bienes. ¿No sabe usted que dejo á Félix la cuota necesaria para completar la mitad de nuestra renta total con lo que él posee?

—Habla usted como un notario, y obra usted como una mujer de talento, lo que es usted. ¡Vamos, tanto mejor!

—¿Por qué?

—Porque sin la renta que usted le da, Félix.... En una palabra, se ha comido cuanto tenía.

—¡Ab!— exclamó Albina algo sorprendida.... —Antes no era malgastador.

—¿Cree usted eso? ¿Acaso un marido como el de usted cuenta á su mujer en qué gasta el dinero? Era económico para su casa, tal vez avaro, pero lo hacía por tener más dinero en el bolsillo. Además.... En fin, ya habrá tiempo de verlo.

—¿Estimaría más oír hablar claro, Desroches!

—Tiene usted razón. Y bien, esté usted dispuesta á recibir uno de estos días alguna linda sorpresa. Su fortuna

de usted está á salvo: sí, ahora lo recuerdo. ¡Bien sabían los padres de usted dónde les apretaba el zapato!

—¿Cree usted que ha contraído deudas?—dijo Albina—sin alterarse.

—¿Que sí lo creo? ¡Sí! tengo razones para creerlo... en fin, vivir para ver... ¿Ha vuelto por aquí mi amigo Lorenzo Pontet?

En los labios de Desroches vagaba una ligera sonrisa: creía firmemente en la virtud de Albina; pero acaso hubiera querido tornar algo aquella hermosa serenidad que guardaba tan poca relación con lo que veía en otras partes.

—Ha venido y debe volver—respondió con gravedad Albina—¿su posición es bastante buena, según creo?

—No es mala; gana cuando menos siete ú ocho mil francos, y como le salga bien el negocio que trae entre manos, será rico. ¿Le gustan á usted las personas ricas?

—Tienen cosas muy buenas—replicó ella riendo. Cuando escriba usted á su amigo Pontet, dígame que venga. Es demasiado raro.

—¡Está bien!—respondió Desroches retorciéndose el bigote.

XXX

Algunos días más tarde, Lorenzo vino á ver á su amigo; desde su última visita á Etretat había reflexionado mucho, luchando no poco y sufrido regularmente. Su sufrimiento era meaos agudo que si hubiese tenido otra educación y otro carácter. Este estóico estaba endurecido á la desgracia y como nunca había esperado cosa alguna, nada tenía que sentir.

Lo que más le afligía era reconocer su propia debilidad, habiéndose dejado evncer por una pasión culpable en el más amplio sentido de la palabra; guardábase rencor á sí propio, por no haber sido bastante fuerte y listo para haber comprendido lo que experimentaba, cuando aún podía combatirlo. Albina continuó siendo para él lo que siempre había sido: el sér encantador y puro, la mujer por excelencia.

Se presentó ante ella con tranquilidad: su secreto sólo le pertenecía á él según creía; nunca se había descubierto, y por consiguiente, no tenía motivo para enrojecer en su presencia. Además, hacía dos días que se encontraba otro hombre. Albina le recibió con la misma calma aparente, aunque su espíritu estaba en realidad turbado, pues el sólo pensamiento de que había deseado un instante conservarle junto á sí, le inspiraba ahora al hallarse frente á él un

pudor singular, del que sin embargo, Lorenzo no pudo apercibirse.

—Tengo buenas noticias que comunicar á usted —dijo á Albina:— el éxito ha coronado mis experimentos, y tiene usted á usted si á un hombre célebre, con la celebridad que trae consigo el descubrimiento de un color; se dirá al rojo Pontet como se decía el pardo Van-Dyck, aunque no sea enteramente lo mismo.

—Me alegro mucho —respondió Albina;— ahora espero que se hará usted rico.

—¡Oh, ciertamente!— tanto más, cuanto que me encontraré rico á poca costa.

—Y bien—dijo Albina—pesando sus palabras con extrema circunspección, no hay que esperar más.... Debe usted casarse.

El joven se estremeció y no pudo menos de mirarla con sorpresa. ¿Por qué le hablaba en tales términos?

—Debe usted casarse, amigo mío—continuó la joven;— un hombre no adquiere la plenitud de la consideración social hasta que tiene mujer; los hijos vienen después á consolidar el edificio.

Lorenzo había bajado los ojos; en el salón, abierto por tres de sus extremos, oíase el zumbido de algunas abejas, que revoloteaban sobre los ramos de rosas; el joven escuchaba la voz de Albina, que le parecía venir de un abismo insondable.

—¡Y es usted—murmuró—la que me dice eso!

Ella quiso comprenderle de la manera que más la convenía.

—¿Porque mi vida de casada no ha sido feliz?—respondió;— en un principio tuvo momentos de dicha.... y, además, ¡tantos matrimonios se llevan bien!.... Sobre todo, aunque no se sea tan feliz como siempre se anhela, es un deber casarse.... La sociedad se compone de matrimonios.... usted, que comprende tan bien el deber....

Por fin calló, una indefinible expresión de reproche en

los ojos de Lorenzo, detuvo las palabras en sus labios. Quedaron silenciosos. El viento agitaba dulcemente las cortinas de las ventanas.

—Verá usted lo que es la vida en familia cuando se trabaja y se ama—repuso Albina.

—¿Quién me querría?—dijo muy bajo Lorenzo, presa de una tristeza sin límites.

—¿Quién? ¡mire usted en derrador! La sociedad está llena de juveniles corazones, de muchachas desinteresadas.... dispuestas á querer.... á quererle á usted si consiente en ello.

—¿Desea usted que me case?—dijo Lorenzo sin mirarla.

Sacó fuerzas de flaqueza para responderle, porque la pena de aquel hombre la afligía sobremanera.

—Sí, lo deseo.

La miró entonces cara á cara, y pudo comprender que ella sabía su secreto. Albina no bajó los ojos, dejando leer en ellos todo el reconocimiento, toda la ternura que experimentaba por el hombre que se había consagrado á ella durante dos años.

—Yo conozco quién es muy digna de pertenecer á usted —replicó Albina después de un instante:— si usted la demostrase algún afecto, se consideraría dichosa consagrándole su vida, porque es la abnegación misma.

—¿Magdalena?—dijo Lorenzo.

—Sí, Magdalena; con ella sería usted dichoso seguramente.... ¿Sabe usted de dónde proviene su apodo?

El joven hizo un signo negativo.

—Mi hijo la dió ese nombre.... La queria mucho.... ella estaba presente cuando murió.... es todo lo que me queda de él.—Procuró contener las lágrimas que acudían rápidamente á sus ojos, y el joven inclinó la cabeza en señal de homenaje al niño muerto.

—Si la hubiera usted visto con Juan—continuó Albina

así que pudo hablar—sabría usted lo que vale, y eso que era una niña.... Ahora ya es una mujer.

El recuerdo de la rosa, colocada en su cuarto de la casa de Desroches, acudió á la mente de Lorenzo, y el perfume de aquella hermosa flor parecía que flotaba en torno suyo.

—Si usted lo desea—respondió—me casaré con ella.

Albina le dirigió una mirada de gratitud. El joven replicó:

—Pero no todavía.... Déjeme usted algún tiempo para irme acostumbrando.

La mirada tornose grave en sus ojos y su semblante adquirió una extraña expresión de dolor.

—Y para merecerla también—continuó Lorenzo:—á una mujer de corazón semejante, debo entregarle una alma honrada, recta....

—¿La tiene usted!—exclamó Albina.

—....Desligada de toda otra preocupación—concluyó el joven.—Déjeme usted todavía algún tiempo.

—Confío en usted—dijo ella profundamente conmovida.

Se habían levantado; por primera vez, Lorenzo tomó la mano de la joven y la llevó á sus labios, mirándola cara á cara. Ella leyó en sus ojos que la obra del sacrificio comenzaba, sin lo cual aquel hombre no se hubiese atrevido á buscarle la mano, para él entonces más sagrada que nunca.

XXXI

Septiembre tocaba á su fin. Albina pensaba volver á París; pero aún no había decidido nada acerca de su nueva instalación. La separación definitiva, sencilla durante el verano, aparecábase ahora en toda su importancia real.

Era preciso elegir entre conservar para ella el hotel, ó dejarle allí y buscar otra habitación; en este caso, ¿qué de sufrimientos la esperaban al sacar los muebles, los libros, los cuadros y todo, en fin, cuanto había constituido la vida de ambos é iba á convertirse en dos vidas separadas para siempre!

Esto era lo que prolongaba la permanencia de Albina en el chalet, donde no tardaría en encontrarse completamente sola, si permanecía más tiempo. Las clases de Juana se reanudaban en la semana siguiente. Desroches volvía de caza reclamando á su sobrina, ocho días más, y se quedaría sola en el desierto Etretat, donde el violento aire Norte comenzaba á soplar, cubriendo el suelo de multitud de hojas secas. La idea de pasar allí el invierno no la espantaba, sin embargo; ¿pero y la sociedad?

¿Qué dirían las gentes de semejante destierro? ¿Le creerían voluntario? ¿Le creerían inocente? Consultado Desroches sobre el particular, declaróse partidario de la negativa; no creía en la caridad mundana, y exigía el re-

greso de Albina, como el de un soldado bajo la bandera de que no tiene derecho á desertar.

Entretanto, la joven retrocedía ante la terrible prueba de la instalación. Félix no había dado otra señal de vida que sus visitas á casa del notario, y el mismo Desroches no sabía dónde buscarle para terminar el convenio de separación, cuando una mañana recibió Albina una carta del agente de negocios de la familia llamándola á París con premura. Partió al instante, sumamente intranquila, acompañada de sus dos amigas.

El asunto revestía gravedad; el hotel acababa de ser embargado á instancias de los acreedores de Armor, por una suma inferior á su justo precio, pero muy superior á la mitad de que él era poseedor. Albina telegrafió á Desroches para que viniese, lo cual hizo éste sin pérdida de tiempo. Después de haber consultado con varios letrados, Albina resolvió pagar las deudas y hacerse dueña del inmueble, cosa que le crearía una situación excelente. Armor, no sólo no poseería ya nada, sino que vendría á ser deudor de su esposa; mas como había aceptado la pensión que ésta le señalara, la cuestión carecía de importancia.

Todo se arregló sin escándalo, concluyendo por hacer que Félix dejase su vivienda, empresa sencillísima, pues él mismo declaró estar harto de París, así como que pensaba ir á Roma para recordar las impresiones de su juventud, y quizás para recobrar la inspiración que parecía haberle abandonado por completo.

Albina tuvo que adelantar el dinero para este viaje; sentía cierta amarga complacencia velando por su marido desde lejos y proporcionándole medios de vivir; no le profesaba ya afecto alguno, ni siquiera estima, pero conservaba esa sollicitud casi maternal que tienen las mujeres por aquellas personas que les están confiadas. Prometió á Félix, por medio de Desroches, que la pensión le sería pagada en cualquier parte que estuviera, á condición de que diese sus señas ocho días antes de la fecha del pago.

—De este modo—decía Albina—sabremos siempre dónde se encuentra.

Ahora que se veía libre de los disgustos á causa de él sufridos, se interesaba más, y hubiese querido estar segura de que nunca sufriría hambre ni sed....

—¡Qué absurdo!—decía Desroches conmovido, retorciéndose el bigote.—Es usted muy ridícula!

Pero sentía deseos de abrazarla viendo su bondad.

Albina iba, pues, á volver al hotel donde había pasado, aguardándole, aquella terrible noche.... La emoción sería violenta sin duda, y necesitaba prepararse en calma.

Magdalena y Juana permanecían en París; Albina se volvió á Etrétat.

El tiempo estaba apacible, por excepción, al día siguiente de su llegada; la casa parecía desierta con la sola criada que retuvo á su servicio. Quiso dar un gran paseo, y seguida, ó más bien precedida de Tom que olfateaba activamente senderos imaginarios, atravesó el pueblo en dirección al muelle. Apenas puso el pie sobre la montuosa senda situada entre las desiertas casas de campo encerradas en sus cercas de madera, cuando vió á Tom echar á correr ladrando.

Por más que le llamaba no venía, y se decidió á seguirle para saber lo que ocurría, no tardando en ver al perro que volvía alegre saltando al rededor de Lorenzo Pontet.

—Me he tomado la libertad de silbar á Tom—dijo el joven casi sin aliento;—el coche del Havre entraba en el pueblo al pasar usted. Dentro de dos horas me marchó y necesito hablar antes con usted.

Albina le miró con curiosidad.

—¿Sabía usted por Desroches que yo estoy aquí?—le preguntó.

—Si, me lo telegrafió, recomendándome que la visitara porque está usted sola.

Albina comprendía, en efecto, que se hallaba sola con

él en aquel apartado lugar, de donde Octubre había arrojado las últimas aves de paso.

—Muchas gracias—contestó con cierta frialdad—¿Quiere usted ir al chalet ó prefiere acompañarme en paseo?

—Como usted guste.

—Entonces, continuaremos—dijo siguiendo su camino.

Lorenzo apenas podía hablar por aquella pendiente cuesta, y ambos marchaban silenciosos.

Ni una ráfaga de viento dejábase sentir sobre la mano, bajo aquel cielo azul, velado por una ligera bruma.

Cuando llegaron á lo alto, se detuvieron.

¡Qué aspecto tan encantador ofrecía la mar vista desde aquella altura! Aparecía enteramente tranquila; sin duda sus aguas chocaban en el fondo contra las rocas; pero desde aquel sitio no podían verse sus movimientos.

Albina se sentó sobre una piedra. Lorenzo hizo lo mismo, guardando una respetuosa distancia. Desde la cresta de la colina mirábales, inmóvil, un pastor, mientras aparentaba su rebaño. Tom se había echado entre ambos y aspiraba el ambiente de la mar.

Una red de telarañas se posó á poca distancia sobre un matorral de juncos.

—Parece un velo de desposada—dijo Albina señalándola.

—Es verdad—respondió Lorenzo, y luego añadió:—He venido á decir á usted una cosa.

La joven aguardaba algo inquieta.

—¿Recuerda usted el proyecto de que tiene hablado? Después de reflexionarlo, dire á usted que si todavía insiste...

Se detuvo, mirando fijamente á Albina, que le hizo señal de que continuase.

—...Si todavía insiste usted, estoy dispuesto á obedecerla.

—¿Sí?—exclamó interrogándole más con la mirada que con la voz.

—Dispuesto á obedecerla.

—¡Me alegro mucho!—repuso la joven, y bajó los ojos notando que dos gruesas lágrimas de ignorada causa empañaban sus pupilas. ¿Lágrimas? ¿Por qué? ¿No estaba en realidad contenta? Sin embargo, una tristeza incomprensible mezclábase con su alegría, tal vez porque iba á romperse el invisible lazo de una afección no confesada, no aceptada, pero existente.

—Si usted está contenta yo también lo estaré; pero ahora que he obedecido á usted, es preciso que le diga otra cosa.

Albina escuchó sin mirarle, algo sobresaltada, y, sin embargo, satisfecha porque adivinaba que Lorenzo no quería causarle pena alguna.

—¡He obedecido á usted, porque es muy buena! usted sólo desea el bien de todos cuantos la rodean. En un principio me pareció extraña la idea... un poco cruel. No pensaba en casarme cuando usted me habló de ello, y, sin su consejo, probablemente no lo hubiera hecho nunca; pero ahora comprendo que es por mi bien aunque antes no lo hubiera comprendido, y diré á usted por qué.

Ella lo sabía, y casi sentía deseos de decirselo; pero, privarse de la alegría de oírsele, era inútil sacrificio; por lo que calló, dejando que continuase.

—He tenido por usted un afecto que yo tomaba por veneración, por amistad, por todo en fin, cuanto hay de hermoso y bueno en este mundo... Me equivocaba, era un sentimiento diferente... ¡Oh! no se enfade usted, se lo suplico. ¿Cree usted que trato de ofenderla?

No, ella no lo creía, y escuchaba con la cabeza baja.

—Era, ¿por qué no decirlo? era amor. Yo no lo sabía, pero adoraba en usted. Cuando me aprecié de ello, mi alma estaba invadida por completo. Entonces me habló usted de casarme con Magdalena. Yo no podía hacerlo en el momento. ¿Comprende usted ahora por qué no podía?

Ella hizo un signo afirmativo.

— Luego— añadió el joven siempre grave, sin que nada, á excepción del ligero temblor de su voz, revelase su profunda emoción— luego lo he pensado, comprendiendo que tenía usted razón; que el matrimonio es el refugio contra todos los azares de la vida; que usted era muy buena, estimándome lo bastante para confiarme el destino de una joven á la que tanta amistad profesa, y que esto me aproximaría á usted todo lo posible; más aún de lo que mis ambiciones se hubiesen atrevido á desear....

Al llegar aquí, se interrumpió. Tom le miraba atentamente, cual si no quisiera perder ninguna de las palabras que salían de su boca, y Albina no decía nada.

— Entonces he purificado mi alma— dijo continuando el hilo de su discurso;— he arrancado de ella cuanto no debía permanecer, dejando tan sólo, créame usted, lo que no es más que ternura y respeto. Lo demás, ha desaparecido.... no sin trabajo... pero puedo asegurar á usted hoy que mi corazón se halla libre de todo sentimiento culpable y prohibido.... A pesar de esto, creo que la amaré siempre más que á nadie en el mundo.... pero con un amor santo.

--No más que á su mujer— dijo Albina en voz baja.

--No se—respondió;— haré todo lo posible.

--Y lo logrará usted.

Tom no se fijaba ya en Lorenzo, estaba examinado un punto blanco que se distinguía en el mar, y era una vela.

--No me ha respondido usted nada á propósito de lo que acabo de decirle.... ¿Me perdona usted?— dijo Pontet sin mirarla.

— Le doy las gracias— contestó la joven sin mirarle tampoco. No se atrevió á hacerlo sospechando que el llanto iba á escaparse de sus ojos.

— ¡Me da usted las gracias!— exclamó levantándose deslumbrado.

Su amor no estaba todavía bien extinguido, un soplo le hubiese reanimado, más Albina permanecía insensible.

— Yo soy el que profesaré á usted eterno agradecimien-

to. Mi madre y usted son las que me han conducido á feliz término en medio de las escarpadas rocas de la vida.

— Su mujer de usted continuará nuestra obra— respondió Albina, fortificada de pronto por el pensamiento de aquella madre austera, que parecía sonreírle desde el fondo de un cielo lejano, mucho más lejano que el horizonte; y entonces verá usted que el hombre está sostenido por una cadena de corazones femeninos que le acompañan desde la cuna hasta el sepulcro. ¡Dichosos los que se someten á tan dulce cadena!

Albina se levantó muy cansada, sin haber hecho ningún esfuerzo, y ambos permanecieron frente á frente.

— Señora— dijo Lorenzo— ¿me permite usted que bese otra vez su mano? Esto servirá para bendecirme en mi nueva vida.

— Sea usted dichoso— respondió ella teniéndole la encantadora mano, que el joven llevó con verdadera devoción á sus labios.

Ambos descendieron lentamente por el muelle, en silencio. ¿Qué hubieran podido decirse? Al dar la vuelta al primer sendero. Lorenzo se detuvo.

— ¿No viene usted al chalet?— preguntó Albina.

— No. Prefero volverme á pie. El coche me alcanzará en el camino.

— ¿Me autoriza usted para que hable á Magdalena?

— Ciertamente; usted lo hará mejor que yo. Espero ser un buen marido, pero no aceptaría á expresárselo en este momento.

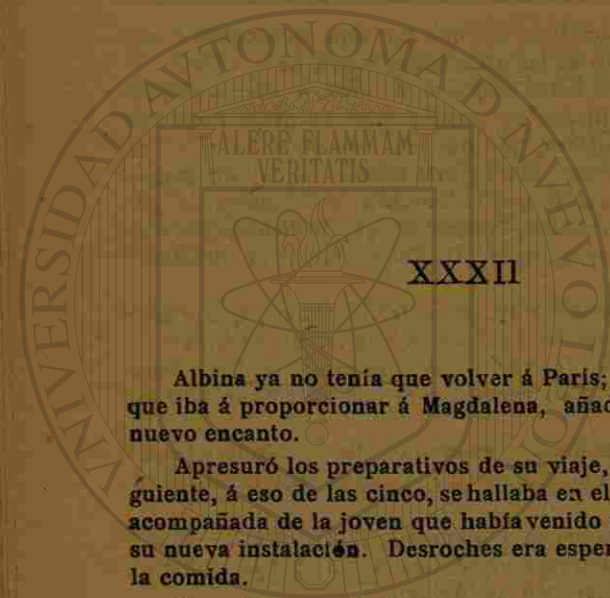
— Se lo diré en esta misma semana. ¿Cuándo volverá usted á París?

— Mañana.

— Ya le escribiré á usted. Hasta la vista.

Lorenzo dirigió á la joven una profunda mirada, llena de gravedad, casi protectora, aunque sumisa.

— Hasta siempre— dijo alejándose sin volver la cabeza.



XXXII

Albina ya no tenía que volver á París; la idea del gozo que iba á proporcionar á Magdalena, añadía á su vida un nuevo encanto.

Apresuró los preparativos de su viaje, y el domingo siguiente, á eso de las cinco, se hallaba en el estudio de Félix acompañada de la joven que había venido para ayudarla en su nueva instalación. Desroches era esperado á la hora de la comida.

Cuando los cortinajes estuvieron colocados, y las flores de otoño puestas en lindos vasos japoneses, Magdalena retrocedió para juzgar de lejos el efecto total del decorado, confesando que era el más lindo de cuantos habían dispuesto sus manos.

—¡Te perfeccionas!—le dijo Albina sonriendo. Desde luego se te puede expedir patente de aptitud como ama de casa.

—Ya es tiempo—respondió la muchacha;—¿sabe usted que estoy en visperas de hacerme una solterona? ¡Tengo muchos años!

—¿Qué edad tienes?

—Voy á cumplir veintitrés. ¡Lo que se llama ser una vieja! Creo—añadió con melancólica resignación—que hu-

biera hecho una excelente tia; y precisamente por eso no tengo hermanos ni hermanas.

—Tendrás algo mejor que sobrinos: hijos que hallarán en tí una mamá sorprendente. ¡Hace tiempo que has dado pruebas de ello!

—¿Cuándo?—preguntaron los asombrados ojos de Coco, al propio tiempo que su boca.

—Con Juan—respondió Albina—atrayéndola dulcemente hacia sí para que se sentase en el diván. Desde entonces Coco, te he debido siempre algo, y sería para mí gran satisfacción el poder dártelo.

—¿Usted?—¡Usted me ha proporcionado constantemente mil indecibles alegrías!—exclamó la joven abrazando á su amiga.

—Todavía no... Dime, hija mía, ¿conservas siempre la misma afección por Lorenzo?

Coco inclinó su frente.

—He hecho todo lo posible—pero sin conseguir nada. ¡Bien decía yo á usted que he nacido para solterona! Tengo todos los caracteres del cargo, incluso la desdichada inclinación... En el fondo, esto no me causa tristeza, créo más bien que me acompaña.

—¿Quieres casarte con él?

Coco dió un salto en su asiento.

—¿Con quién?

—Con Lorenzo Pontet.

—¿Yo?

—¡Evidentemente! ¿Qué hay en ello de extraordinario?

—¿Yo?—repitió frotándose los ojos y mirando estupefacta á su amiga.

—No he comprendido—continuó en medio de su asombro—¿ó es que quiere usted reirse de mí?

—Lorenzo me ha encargado que te pregunte si quieres ser su mujer—repuso Albina sonriendo, sin poderlo remediar, ante este modo de recibir una proposición de matrimonio.

— ¡Que si quiero! ¡Ya lo creo que quiero! Diga usted, ¿es de veras? ¿No es un sueño? ¿Sería usted capaz de burlarse de mí?

— Nada más verdad; él mismo te lo dirá muy pronto; vendrá con tu tío á comer.

— ¡Oh, querida mía!— y se arrojó en brazos de Albina, estrechándola con efusión.

Todo el ardor de su naturaleza, ahogado por una educación austera, se desbordaba en exclamaciones de alegría.

— ¡Me imagina usted vestida de desposada? ¡Coco de desposada! ¡Pareceré una mosca en leche! ¡Tan negruzca y tan fea! ¿No le parezco fea á él?

— Ya te tengo dicho que eres linda, ¿necesito repetírtelo?

— ¡Oh! ¡qué feliz le haré!— exclamó la muchacha, juntando las manos en un éxtasis.— ¡Voy á proporcionarle una vida lina de atractivos!

Juana entró, trayendo un cesto de uvas para postre; apenas hubo dejado su encargo junto á Albina, cuando Magdalena la arrastró por toda la habitación en medio de un vals vertiginoso.

— ¡Sabes que me caso, Juana! Me caso con Lorenzo.

Terminada la frase, se detuvo sin aliento. Juana, cuyo principal atributo consistía en una imperturbable sangre fría, respondió arreglándole las mangas del vestido.

— Hace mucho tiempo que debía habértelo propuesto; no te ocupabas más que de él cuando venía.

— Magdalena — le dijo Albina sin poder contener la risa— temo que esta pícara no tome en serio tus palabras.

Así que Lorenzo entró, cuando se hubo acercado á Magdalena, Albina le dijo con su linda sonrisa:

— Puede usted explicarse ahora, caballero, tiene usted alguna probabilidad de ser comprendido.

Nadie hubiera sospechado que aquella señorita, ruborizada y grave, sentada junto al hombre que le hablaba con tanta seriedad, acabase de realizar aquel loco baile.

Juana, apoyada en las faldas de Albina, sobre las cuales tenía un álbum de fotografías, hallábase con la cabeza baja, sin mirar á la enamorada pareja á la que, sin embargo, debía ver perfectamente, pues dijo á Albina muy quedo:

— ¿Es que todas las señoritas ponen un semblante tan simple cuando las piden por esposas?

— Hija mía, ya lo sabrás algún día por tí misma— respondió Albina.

La boda tuvo lugar tres meses después, en pleno mes de Enero, en la iglesia de la Trinidad. El templo estaba lleno de gente, fué aquella una solemne ceremonia, en que Juana, vestida de blanco, desempeñaba las funciones de madrina con asombrosa calma.

Todos alabaron mucho á Desroches por haber dotado generosamente á su sobrina, y no menos alabanzas alcanzó Albina, gracias á la cual se llevó á cabo el matrimonio. La esposa de Armor estaba bellísima y elegantemente vestida; á cuantos le dirigian preguntas relativas á su marido, contestábase con exquisito tino.

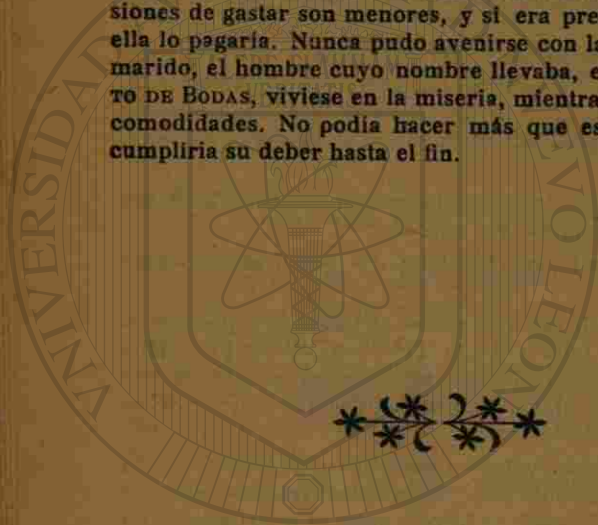
— Se encuentra en Italia trabajando. Roma tiene siempre atractivos para los antiguos pensionados.

Habíase acostumbrado á responder vulgaridades con una graciosa sonrisa, y á no comprender las indirectas de las mujeres, ni las galanterías de los hombres, despertadas por la desaparición de Armor. Se cuchicheaba mucho alrededor de ella:

— ¡Ha pagado las deudas de su marido! . . . — ¡Para librar-

se de él! — ¡Ha hecho bien, — decían unos. — ¡Ha hecho mal! — opinaban otros.

Albina sabía que había hecho bien, y eso la bastaba. Armor habitaba en un país donde la vida es fácil y las ocasiones de gastar son menores, y si era preciso pagar más, ella lo pagaría. Nunca pudo avenirse con la idea de que su marido, el hombre cuyo nombre llevaba, el autor del CANTO DE BODAS, viviese en la miseria, mientras ella gozaba de comodidades. No podía hacer más que esto por él; pero cumpliría su deber hasta el fin.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXXIII

El nuevo matrimonio se había establecido en la calle de Blanca, muy cerca de Albina, porque Magdalena declaró no poder vivir sin la sombra de la casa de su amiga. Lorenzo no se negó á ello; veíanse todos los días, y en este amable consorcio desaparecieron las asperezas de su antigua pasión, no quedándole ya en su dicha de recién casado más que lo que debía durar tanto como su vida, la veneración tierna y profunda por la que hubiese sido el inmenso amor de su existencia.

Magdalena vivía feliz, esparciendo en torno suyo ese encanto particular de las mujeres dichosas. Juana, siempre bien recibida, repartía sus ocios entre ambas casas, mostrando marcadísima preferencia por la de la esposa de Félix. Magdalena y Pontet parecíanle bien; pero Albina estaba muy por encima para ella, lo cual se hubiera adivinado con sólo ver los besos de amiga que depositaba en la cabeza de Tom.

Con todo, era frutera hasta la médula de los huesos; ayudaba á su madre en las faenas de la casa, y continuaba sus clases como otra cualquiera.

— ¡No sé cómo tiene tiempo para todo lo que hace! — decía la señora Maison, verdaderamente asombrada.

— Es que nunca me divierto en paseo — replicaba la mu-

chacha.—El gran peligro de esta educación mixta, lo que Albina había temido varias veces por ella, desapareció para siempre; Juana, por un misterio de su feliz naturaleza, se aficionó sin perder la afición á las humildes ocupaciones de su familia; quería mucho á la señora de Armor, y las horas que pasaba en su hotel eran las más hermosas de su vida; pero cuando su madre la necesitaba por cualquier motivo, acudía presurosa, sin titubear lo más mínimo.

—¿Quieres almorzar conmigo?

—No puedo, papá está de camino.

Y era asunto concluido, sin la menor sombra de segunda intención. Por eso Albina, aunque sintiendo que no le hubiesen confiado por completo la niña, queríala más, así como también estimaba á sus padres, cuyo tacto supo producir tan admirables resultados.

Tom había adquirido una gran importancia en la vida de su ama; según iba perdiendo sus primeras gracias, mostraba cualidades más sólidas; la sobriedad, la probidad canina, que consiste en no tomar lo que no se debe, y, sobre todo, una abnegación por Albina, que revestía un carácter conmovedor. Con los ojos fijos en los de su dueña, hasta cuando se le creía dormido, parecía vivir de ella más que del aire y del alimento; así que ella le tenía un cariño singular, á pesar de la rara apariencia de este animalito, que debiendo mostrar los signos exteriores de un perro de aguas, su pelo, en lugar de ensortijarse, tenía un aspecto musgoso, enteramente extraordinario.

—¿He sido yo quien ha dado á usted ese perro?—dijo un día Desroches. Tom le acogía con toda amabilidad, agitando alrededor de él con unos movimientos de cola y de orejas que nada tenían de perro de aguas.

—Demasiado lo sabe usted!—respondió Albina riendo.

—¡Eso nunca ha sido un perro de aguas! ¡Su madre me ha engañado! Yo tenía confianza en ella... ¡Será preciso no tener jamás confianza! Le daré á usted otro legítimo; es-

te me humilla; ¡es feísimo! ¡Un perro amarillo! ¡En la vida se ha visto un perro de aguas amarillo!

—No—dijo Albina—no quiero otro. Coavengo en que no es de aguas y en que tiene color amarillo; pero, además de hacerme gracia su rareza, le quiero por sus buenas cualidades, y nunca podría ser reemplazado en mi corazón.

Tom, que sabía todos los asuntos de la casa, y que comprendía perfectamente el francés, colocó su cabeza entre las rodillas de Albina, para darle gracias.

—Vea usted qué hermosos ojos tiene, negros, inteligentes... ojos de ser humano....

—Usted está llena de indulgencia para la humanidad. Albina; yo no la concedo tanto honor: los ojos de Tom son mejores que los de los hombres que conozco; se parecen á los de usted.

—¡Se parece á mi Tom! ¡Juana también!... ¡Esto me crea una familia!—suspiró Albina.

Después de un momento de silencio, Desroches añadió:

—Tengo noticias de Félix; ha conseguido hacer representar la *Reina Aurora* en Milán.

—¿De veras? ¡Me alegro mucho!—dijo la joven.

—Ha obtenido un gran éxito como compositor y como hombre... Además me escriben que se encuentra muy fatigado.

—¿Enfermo?—preguntó Albina.

—No, precisamente, pero podría llegar á estarlo. Si estuviera gravemente enfermo ¿iría usted á cuidarle?

—Si supiera que no tenía á nadie á su lado, iría seguramente.

—Esté usted tranquila; las personas con quienes se junta de ordinario, no se apresuran, en caso de enfermedad, más que para tomar las de Villadiego cuento antes. ¡Ya sabe usted que no está por las relaciones prolongadas!

Albina nada respondió; parecía estar muy preocupada

mientras Desroches hablaba. De repente mirole cara á cara y exclamó:

—¿Está enfermo... ¡dígame usted la verdad!

—¡No, se lo juro á usted! Si supiera que estaba malo, se lo diría sin pérdida de tiempo.

—¡Se lo ruego á usted!— dijo ella con los labios temblorosos y faltándole poco para llorar.

—Veamos, Albina, francamente; ¿le ama usted todavía, á pesar de todo?

—No sé si le amo, pero la idea de verle malo, abandonado y triste en país extranjero, me causa gran pena.

—¡El corazón de las mujeres es insondable!— dijo filosóficamente Desroches levantándose;— cree uno haber llegado hasta el fondo, cuando todavía queda... abismos de piedad... y de perdón.

—De piedad, sí, de perdón, no. Al menos no como usted lo entiende.

—¡Sea! Con tal que Armor cuente con la piedad de usted la relevo de lo demás. No merece el amor de una mujer como usted. Me marcho.... ¿Para cuándo tendrá un niño Magdalena? A mí no me hablan de estas cosas; pero á usted se lo dicen todo. Casi estoy celoso.

—Magdalena dará á luz para Navidad.

—¡Como pasa el tiempo! ¡Ya me voy haciendo viejo, en cambio usted nunca envejecerá; sus rubios cabellos no se tornarán blancos.

Llegó Navidad, y Magdalena tuvo un niño; cuando Albina entró en el cuarto de la joven madre para darle un abrazo, Lorenzo la puso su hijo en los brazos diciéndole:

—Se llamará Juan y le querrá á usted mucho.

XXXIV

Pasó un año más: los veranos en el chalet y los inviernos en París, habíanse sucedido con perfecta regularidad, y Albina se acostumbró tan bien á su vida de medio viuda, que casi tenia relegados al olvido sus anteriores pesares. Entre Juana que crecía y se afirmaba más y más, y el lindo grupo de la familia de Lorenzo, veía pasar los días llenos de cuidados y preocupaciones, no dejándole tiempo ni para pensar en sí misma.

Sus amigos, cuyo número crecía de año en año, formaban en derredor suyo una especie de batallón, consagrado á defenderla contra las inevitables calumnias de los que no la conocían.

Así pasaba su vida, evitando en cuanto le era posible dar pábulo á la malignidad, y sólo deseaba que nadie se ocupase de ella.

El destino habia decidido otra cosa. La empresa de la Opera Cómica, no habiendo hallado el éxito que buscaba en una obra que acababa de poner en escena, se decidió á presentar de nuevo al público la *Reina Aurora*, cuya triunfal aparición, doce años antes, habia consagrado el nombre de Armor. Cuando Desroches lo supo, escribió á su amigo para que viniese á dirigir los ensayos de esta repetición, casi tan importante como el estreno puesto que se trataba

de presentar la obra con diferentes artistas, ante un público renovado por completo.

Félix no respondió, habla salido de Milán sin comunicar sus planes, y después de varias tentativas infructuosas Desroches tuvo que renunciar á sus investigaciones; de suerte que la *Reina Aurora* se representó sin que el músico diera señal de su existencia. Las cartas podían no haber llegado á su destino; pero los periódicos se esparcen por todas partes. ¿Era posible que Félix no leyese ni siquiera un periódico?

Albina, sumamente nerviosa, no quiso asistir á esta representación; y su ausencia fué comentada como una prueba de indiferencia, por la linda colección de enemigos que se crea toda mujer un poco reservada.

Aunque lo hubiera sabido, no habría hecho caso alguno; pero nada llegó á sus oídos gracias á los buenos amigos. Para cortar de raíz todas las suposiciones, Desroches tomó el partido de decir que Armor, á quien detenía en Italia un importantísimo trabajo, había delegado en él la dirección de los ensayos.

El éxito de la obra fué esta vez mayor todavía que su primera representación; ciertas formas que entonces parecieron demasiado nuevas, hallábanse á la sazón adoptadas, y el entusiasmo fué unánime.

Albina lo comprendió así por el número de visitas que se vió obligada á recibir.

—¿Pero por qué no ha venido su esposo de usted?— le preguntaban todos.

—Nadie tiene derecho á mirar con tal indiferencia su propia gloria. Escríbale usted que venga á saborear su triunfo.

Albina sonreía, respondiendo siempre la frase concertada entre ella y Desroches. Por aquella temporada el CANTO DE BODAS, bajo una cubierta orleada de rosas, se vendía á millares, siendo entonada hasta por los cantores callejeros.

Cierto día, Albina recibió un telegrama expedido en Italia.

El director del Hospicio de Bolonia advirtió á la familia del compositor, que éste se encontraba en su establecimiento, desde la vispera, atacado de una parálisis parcial. Habían hallado las señas entre los papeles que Armor llevaba encima en el momento del ataque, ocurrido en un café.

Llamado al instante Desroches, encontró á su amiga paseándose por el despacho de Félix, como en la mañana de aquella noche cruel que había abierto un abismo entre ella y su marido. Sin proferir palabra, Albina le alargó el papel azul.

—Allá me voy— dijo Desroches después de haberlo leído;— partiré esta misma tarde.

—Partiremos juntos— exclamó ella.

—¿Usted, hija mía? No, usted debe aguardar aquí— la contestó mirándola con profunda compasión.

—¿Por qué? Mi deber es estar á su lado cuanto antes.

—¿Y si no la quiere ver? ¿Y si en el estado en que se encuentra la presencia de usted le enfureciera? Corremos un gran riesgo. Por su interés y el de usted, Albina, quédese en París que yo prometo traerle.

Albina ocultó el rostro entre sus heladas manos.

—Yo se le traeré— insistió Desroches.

—¿Vivo ó muerto?

—Vivo ó muerto, palabra de honor.

Ella titubeó un instante y dijo por fin:

—Váyase usted, pero envíeme noticias sin pérdida de tiempo. Si preguntase por mí no deje usted de decirme lo para que vaya.

—Si, si, pierda usted cuidado.

Partió Desroches, y al cabo de dos días interminables, Albina recibió un telegrama que decía: «Le llevo vivo.»

¡Vivo! ¡Esto ya era bastante!

Albina preparó la casa para recibirle, rehaciéndose de

la emoción que le producía sacudimientos nerviosos. Iba á entrar en su casa, en el hogar que voluntariamente habia abandonado hacia dos años, y adonde volvía vencido por la vida.

¿Por la vida? ¡No! Por la que él habia llevado.

La vida, por cruel que sea, respeta siempre á los que la respetan y no la piden una suma de gozes superior á la que debe dar. Si Armor volvía destrozado por el engranaje, es porque se habia dejado coger. También Desroches era un vividor; pero la edad respetó en él la fuerza y la inteligencia, porque amaba más que su placer, dos cosas: el arte y la bondad.

Por fin llegaron; del coche que le conducía bajó un hombre encorvado, maltrecho, vacilante, un parálítico, en una palabra, apoyado en un bastón que apenas podía manejar. Albina bajó á la puerta, le ofreció el brazo, y sostenido por ella y empujado por Desroches fué como pudo Armor entrar en su casa.

Después de haber subido con supremos esfuerzos la escalera que daba acceso al estudio, cayó desfallecido sobre el diván, sin fuerzas y casi sin aliento. Era aquel diván el mismo donde Albina habia llorado tanto la noche en que su marido se marchó furioso porque no quiso acompañarle en reemplazo de la desgraciada que no asistió á la cita.

Félix no lo recordaba, no recordaba nada. Debilitado por las sacudidas del viaje, su cerebro enfermo sólo percibía sensaciones vagas; recibía en aquel momento una confusa impresión de objetos conocidos en otro tiempo, y el rostro de su mujer recordábale ideas, penosas sin duda, porque de vez en cuando la dirigía una mirada humilde.

Albina le contemplaba anonadada por aquel decaimiento, mayor con mucho de lo que habia podido imaginarse.

—Armor, hay que llevarte á la cama—dijo Desroches con autoridad.—Necesitas reposo.

Félix lanzó un gruñido indistinto; en el estado de desfa-

llecimiento en que se encontraba repugnábale cualquier esfuerzo.

—¡Vamos, levántate!—replicó su amigo tirándole por los brazos.

Armor obedeció al impulso que recibiera y se halló en pie; vacilante y apoyado fué hasta la habitación de Albina, que sería también la suya; entre los dos lograron desnudarle y meterle en la cama, pues él, como cuerpo inerte, permanecía enteramente pasivo; sólo sus ojos, á intervalos, atestiguaban que conservaba todavía parte de su inteligencia.

Una cucharada de un preparado calmante hizo que Armor no tardara en dormirse. Cuando su respiración fué regular, Desroches se separó del lecho é hizo seña á Albina para que le siguiese al despacho.

—¡Oh! ¡esto es espantoso!—exclamó ella bajando la cabeza con desesperado ademán.

—Es una ruina—respondió Desroches.—Usted me habia dicho: Vivo ó muerto, y yo no he querido dejarle morir allá lejos en un hospital extranjero.

—Ha hecho usted bien—le contestó estrechándole la mano convulsivamente.—¿Pero no hay esperanza alguna?

—Es cuestión de semanas; quizá de días.... El cuerpo está más arruinado si cabe que la inteligencia.

—¿Pero cómo le ha ocurrido esto? ¿Dónde? ¿en qué circunstancias?

—No me lo pregunte usted. El director del Hospicio sabia pocos detalles que comunicarme... Cuanto menos hablemos de ello, será mejor. ¡Vamos, Albina, crea que era usted más fuerte!

—¡Ah!—exclamó dejándose resbalar hacia atrás, de suerte que hubiese caído, á no ser por Desroches que la sostuvo;—es que le he amado tanto! ¡Si no le hubiera yo abandonado no sucedería esto!

—Se hubiera usted muerto hace mucho tiempo; y él no estaría mejor. Tenga usted energía y destine un criado pa-

ra que abra la puerta, porque van á venir muchas visitas. Ella le miraba inquieta.

— Es preciso que sepan que está aquí— continuó Desroches— y, sobre todo, tenga usted valor. En estos momentos defiende usted su propio honor y el de su marido.

— ¡Comprendo— dijo Albina irguiéndose— y doy á usted un millón de gracias!

Cuando se corrió la noticia de que Félix había vuelto á su casa, víctima de un ataque de parálisis, la emoción fué muy grande en el mundo artístico y literario. Según Desroches había anunciado, menudearon las visitas.

Una consulta de los médicos más versados en esta clase de padecimientos, vino á confirmar la opinión del doctor Boulogne.

Como Albina no recibía á nadie, excepción hecha de Lorenzo, Magdalena y Juana, púsose una lista en el portal, que no tardó en llenarse de ilustres firmas. Desroches se encargó de los asuntos exteriores y los desempeñaba admirablemente.

Una noche, pasados quince días de su lúgubre llegada, Félix, acostado, parecía dormir entre las sombras del cortinaje de la cama. Albina apenas apartaba de él su mirada, pero en aquel momento, muy cansada, se apoyó sobre la mesa, bajando la cabeza; una emoción súbita la hizo levantarla.

Félix la miraba con sus ojos negros, reanimados por un momento con una pasajera llamarada. La miraba con tal intensidad, que Albina se levantó inclinándose sobre él. En aquella mirada mezclábanse el dolor y la tristeza con la desesperación propia de quien no puede expresar su pensamiento...

— ¡Esposo mío!— dijo Albina en voz baja mirándole con ternura.

El hizo un movimiento con la mano derecha que le quedaba libre, y su mujer se aproximó más aún.

— ¡Esposa mía— balbuceó con voz ronca— perdóname!

Pronunciaba con extrema dificultad, pero las sílabas percibíanse bien distintas.

— ¡Te perdono y te amo, Félix!

Este grito supremo, expresión real de toda su existencia, salió de su boca con la sinceridad de su voto.

— ¡Bésame!

Esta fué la última palabra que había pronunciado Juan al morir, y también la última de su padre en tan supremo instante. Albina besó con ternura la frente y las mejillas de Armor, que parecía dormir, estrechándole la mano.

A poco más de media noche su respiración se hizo difícil, y, después de algunos esfuerzos, durmióse para siempre.

Por la mañana, Desroches encontró á Albina junto al lecho, según costumbre. Ella sola había preparado á Félix para su último reposo, y le miraba con infinita dulzura; su semblante demostraba una serenidad que llamó la atención de su amigo aun antes de saber el fatal acontecimiento.

— Ha muerto amándome— dijo Albina; ya estoy tranquila.

Las exequias fueron magníficas. Todas las notabilidades de París, y una multitud inmensa de medianías, deseosas de exhibirse, acompañaron el cadáver al cementerio Mont'martre, donde la tumba de Juanito se abrió para recibir á su padre.

Albina iba entre el fúnebre cortejo, no habiendo querido renunciar á tributar á su marido público testimonio de cariño. Algunos se lo criticaron, otros no lo concedieron, su admiración, y la mayor parte la acusó de haber querido producir efecto.

Terminados los discursos y cubierta la lápida con multitud de coronas, bajo un cielo primaveral, Albina se volvió á casa. Desroches no pudo acompañarla por tener que ir á preparar la gloria del muerto, es decir, á llevar á los periódicos el texto de los discursos y los nombres de las

celebridades que asistieron á la ceremonia. Magdalena, que criaba á su hijo, volvió á su casa acompañada de Lorenzo, quien, por un sentimiento de delicadeza, no quiso quedarse solo con la viuda.

Albina muy enlutada, se sentó en una butaca, la cabeza de Tom descansaba entre sus rodillas. El estudio de Félix recibía por las vidrieras un reflejo de sol, despedido por la casa de enfrente; las plantas verdes, las telas suntuosas y los candelabros que habian formado una especie de capilla ardiente, reflejan por todas partes la claridad.

La viuda meditaba. Su dolor, aunque profundo, no era muy vivo; después de tantas sacudidas participaba en algo de la impresión de un navegante arrojado en pais desconocido; al salir de una horrible tempestad, ya es algo sentir tierra firme bajo los pies. La gran cuestión era que Félix antes de morir se hubiese reconciliado con ella, de otra suerte, hubiera sufrido mil veces más y hasta el fin de su vida.

El compositor habia partido en toda su gloria, incensado, celebrado, cantado por mil voces; la *Reina Aurora*, orlada de negro, figuraba en los carteles de la *Opera Cómica* para aquella misma noche, y Albina sabia qué ovación se tributaria al autor, una vez bajado el telón ... Armor tuvo suerte; en lugar de arrastar una vejez miserable, quizás vergonzosa, desaparecía del mundo en medio de su apoteosis.

¿Y ella? Quedaba sola á los treinta y dos años, desengañada del amor y del matrimonio. ¡No volvería á casarse! ¡Ni siquiera la quedaban hijos que animaran la inmensa soledad en que se hallaba!

El recuerdo de Lorenzo acudió á su mente. Habia tenido esta flor en la mano, esta antorcha para alumbrar su vida; y, voluntariamente, rechazó ambas cosas ... ¡El sí que sabia amar! ¡Y se le habia dado á Magdalena! ... No lo sentía, sin embargo, eran dichosos; y, en otro caso, menos satisficha de su conducta, no se hubiera atrevido á imprimir

en la frente del moribundo aquel beso que era la gloria de su conciencia.

Los sonidos de un organillo, dejáronse sentir desde la calle. Era uno de esos organillos italianos que producen enorme estruendo. Comenzó una melodía ... Albina tapóse los oídos con las manos, mientras que Tom indignado, lanzaba aullidos lastimeros. Era el *Canto de Bodas*, el himno de su pudor, el precio de su virginidad; Armor le habia vendido con objeto de ganar algún dinero, quién sabe si para renunciar las vergonzosas caricias de alguna prostituta. ...

Por fin logró imponer silencio á Tom, cegándole en brazos. En un principio tuvo intención de haber despedido al músico ambulante, mas pronto renunció á ello. Con el perro en las rodillas, reclinada la cabeza sobre su mano, escuchó, sintiendo indecible amargura, el canto que para ella habia sido la más alta expresión del amor nupcial. Aquella máquina destrozó hasta el fin la melodía, con la indiferencia que la rueda de molino pulveriza el grano. — ¡Hé aquí mi vida! — dijo Albina. — ¡La historia de mi amor, comenzada en el éxtasis y terminada en la calle!

Presa de indignación se habia levantado é iba á comenzar el febril paseo de sus tormentosos días, cuando un golpecito dado en la puerta la detuvo.

Era Juana vestida de negro, pues la buena de la señora Maison quiso hacerla llevar luto, aunque sólo fuese unos días, por el marido de su amiga. Semejante á una estatua de Tanagra, en su elegancia natural Juana tenia en brazos al hijo de Magdalena, un robusto niño, mofetudo, sonrosado, grave, que apenas vió á Albina agitó sus bracitos con un gesto de alegre impaciencia.

Tom corrió á su encuentro haciéndoles fiestas, y á poco Albina tenia sobre sus rodillas al perro que buscaba el infantil rostro, y al niño que evitaba, sin enfado, aquellas caricias familiares con exceso. Juana, sentada en un taburete á los pies de su amiga, ordenaba aquel juego, impi-

diendo así que degenerase en querrela. Lorenzo y Magdalena entraron casi á la vez, seguidos de Desroches, que traía las manos llenas de periódicos.

—Tenga usted—dijo—aquí está cuanto se ha escrito de él desde ayer; ni una nota discordante. ¿Está usted contenta?

Albina le estrechó la mano, dirigiéndole una expresiva mirada, y su amigo la contempló con ternura.

—¡E tá usted muy delgada y de mal color! Felizmente el estío está próximo, y con su sol, revivirán las rosas de las mejillas de usted como la de los jardines. ¡Ha sufrido usted demasiado, Albina, y me opongo absolutamente á que tome ni una dosis más de semejante veneno! De este modo, entre todos llegaremos á proporcionar á usted la alegría que necesita. Todavía es usted joven y tiene derecho á ser feliz....

—Mi felicidad—dijo Albina lentamente estrechando contra su seno al nuevo Juanito, que dormía entre las patas de Tom—mi felicidad, Desroches, ¡sólo puede ser ya la de los demás! Pero tiene usted razón; esto me tiene reservadas muchas satisfacciones.

FIN.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

